



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

CAMPUS IZTACALA

SUBJETIVIDAD Y DESEO EN EL NIÑO
DE LA CALLE



U.N.A.M. CAMPUS
IZTACALA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A :
CLAUDIA OLIVIA CENICEROS DORANTES

LIC. JESUS NAVA RANERO



EDO. DE MEXICO

1995



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNLAP CAMPUS
ESTACIA

SUBJETIVIDAD Y DESEO
EN EL NIÑO DE LA CALLE

A José, Silvestre, José Luis, Martina,
José Antonio, Ramón, Jorge, Miguel
Angel, Salvador, Verónica, Rogelio,
Horacio, Maribel, Jaime, Daniel,
Ignacio, Diana, Yazmin, Víctor, Alberto
y Sandra, por regalarnos parte de
su valioso y apreciable tiempo, porque
para ellos está dedicado este trabajo.

INDICE

IZT.

Introducción	5
------------------------	---

Primera Parte (Marco Teórico)

I. Edipo como mito	7
II. Edipo en la tragedia	18
III. Edipo y el Psicoanálisis	29
IV. El Edipo estructura en Lacan	73
V. El niño de la calle: un a-bordaje re-flexivo	93

Segunda Parte (Metodología)

VI. Consideraciones Epistemológicas	108
VII. De la descripción y los procedimientos	116

Tercera Parte (Conclusiones)

VIII. Viajeros en el tiempo	118
---------------------------------------	-----

Referencias bibliográficas y notas	148
--	-----

INTRODUCCION

La presente investigación aborda un fenómeno social que lentamente a hecho presencia en el mundo, sobre todo en aquellos países cuyos escenarios visten de pobreza, injusticia y hambre. Se trata de los niños de la calle, personajes singulares que apuestan sin titubear su deseo de ser y existir, en un espacio por cierto hostil.

El itinerario llevado a cabo para configurar parte de este gran mosaico que representa la realidad del niño callejero, es evidentemente extenso.

Como cimiento teórico-metodológico se parte de la línea Psicoanalítica, aclarando de antemano que no se trata propiamente de un trabajo psicoanalítico. Siendo que la idea de la investigación apunta específicamente a indagar sobre el "deseo" del niño que vive en la calle, la vía regia para hacerlo es aquella que da cuenta del Edipo, aporte teórico gracias al cual, es posible hablar de la subjetividad.

En la primera parte se realiza un recorrido diacrónico en torno al concepto psicoanalítico del Edipo. Para ello, se recuperan los elementos míticos y trágicos que en cierta forma posibilitan el entendimiento del término, para así ubicar su inédita aparición y consecuente transformación dentro de la obra freudiana. Además, dichas elaboraciones se ven enriquecidas con los planteamientos que Lacan hace respecto al Edipo, considerándolo como una estructura intersubjetiva.

El marco teórico cierra con un capítulo en donde se recuperan los diferentes rostros que la infancia a mostrado a través del tiempo, desde la Edad Media en donde se carecía de tal representación, hasta nuestros días. Dicho trayecto, además de mostrar esta metamorfosis, permite introducir la reflexión en torno a lo que hoy en día entendemos por "niñez" y la manera en que se estigmatiza al niño callejero al no cumplir con el ideal que socialmente se le impone. Dentro de este contexto, se mostrarán algunos de los aspectos desoladores bajo los cuales se desarrolla esta sintomática concepción de la niñez, así como también la manera en que se ha tratado de abordar el fenómeno, tanto las Organizaciones Gubernamentales como las no Gubernamentales, sobre todo en los cuatro

primeros años de la década de los 90's.

La parte metodológica, que se incluye en la segunda parte, abarca algunas consideraciones epistemológicas que sirven de cimientos en lo que respecta a la forma de proceder dentro de la investigación. Es aquí donde se cuestionan algunos de los conceptos que conforman el proceso de investigación tales como ciencia, saber, verdad, sujeto que conoce, objeto de conocimiento, etc. El capítulo siguiente destacará de manera breve algunos aspectos y detalles que se sucedieron en la investigación, tales como las técnicas e instrumentos utilizados, el lugar en el que se desarrolló el trabajo así como su duración y algunas características de los niños que participaron.

La tercera y última parte muestra algunos fragmentos de las charlas que se grabaron con los niños de la calle. Las temáticas que se abordaron tienen que ver con la institución, las drogas, las relaciones con el otro, la policía y la calle. En cada uno de los temas se buscó transitar el hablar (lo que dijeron literalmente) al decir (eso que se dice sin saberlo), en la idea de averiguar cuál es el lugar que su deseo ocupaba dentro del discurso.

Lo anterior quiere decir que en la presente investigación más que corroborar se busca el indagar, investigar, explorar, preguntar, siempre preguntar y volver a interrogar sobre aquello que se estudia. Por tanto, resulta indispensable que el momento de concluir se tome aquí como la apertura hacia nuevos cuestionamientos. Valdría la pena recordar en cuanto al deseo que "...si el deseo es indestructible, se presenta como ese abismo infinito de lo inalcanzable. La estructura del deseo está hecha de una paradójica imposibilidad, de un aproximarse que es un ausentarse del propio objeto del deseo que está siempre más allá...".

I. EDIPO COMO MITO

"Desde luego, siempre que se suscita la cuestión de qué "es" el mito existe el peligro de confundir cuestiones de hecho con estrategias definitivas. Si la verdad es en última instancia más importante que sus medios de expresión, el fin de una buena definición es disipar en lo posible algunas de las nubes que la ocultan. Es cierto, y de hecho constituye una parte indispensable de nuestra tesis, que el mito implica un modo de conocimiento, y si se ignora este aspecto epistemológico primario surge la tendencia a confundir el mito con el folklore o con la ideología".

P. WHEELWRIGHT *

Para abordar el tema "Edipo como mito", se hace necesario navegar en cuestiones que tienen que ver específicamente con el mito. No es la intención realizar todo un análisis respecto a éste. Sin embargo, el trabajar algunos puntos mínimos necesarios no estarán de más para ubicar la importancia y los ecos que el mito establece al dar cuenta del origen y finalidad del mundo, así como también, vislumbrar la trascendencia que tiene el Edipo mito en elaboraciones posteriores, no sólo en el campo literario, sino en la teoría Psicoanalítica misma.

El remontarnos a las formas de existencia del hombre primitivo o arcaico, nos proporciona elementos clave para configurar la inauguración del mito. El hombre arcaico mantenía con la naturaleza una relación especialmente estrecha, quizá de allí la necesidad de explicarla. Su mundo circundante lo podía sorprender y extrañar en cualquier momento (ya sea por

la aparición de un trueno, el anochecer, los sonidos que algún animal emitía, etc.), en él no había la posibilidad de diferenciar el acontecer de fenómenos físicos regidos por leyes y lo que correspondía esencialmente a lo subjetivo, esto es, el hombre arcaico en un primer momento, carecía de ideas o pensamientos que le permitieran explicar los acontecimientos que la naturaleza le presentaba. Siendo que esa realidad se intentaba representar bajo esta confusión, en donde se daba una oscilación de lo animado con lo inanimado, el mundo se fue habitando por "presencias" o "seres espirituales" que encarnaban ya sea en la vegetación, en animales o fenómenos naturales, los cuales representaban una influencia ya sea positiva o negativa en su existencia. En breve, estaríamos hablando de la necesidad del hombre por concebir y comprender al mundo, a costa de proveer almas a todo aquello que formaba parte de su existir cotidiano. Freud al respecto, menciona que estas "intuiciones básicas" hechas por el hombre arcaico, representan la primera cosmovisión de la humanidad, esto es, un primer sistema de pensamiento -manejado como omnipotente- para dar cuenta del universo (1). Es precisamente en los momentos de este quehacer reflexivo, donde el hombre arcaico elabora representaciones e ideas para explicar sus experiencias en un mundo para él "presencial", en donde se inauguran los primeros estadios del mito, conocidos también con el nombre de "mitoide". De manera clara, Wheelwright nos explica:

"Un mitoide, es un mito incipiente, más exactamente, una situación problemática que puede, al ponerse en marcha la fantasía de un narrador, desarrollarse en mito, es decir, en un relato en el que intervienen ciertos seres personificados y trasmundanos que andan por ahí concediendo bienes o jugando malas pasadas, y cuyas actividades vienen a ilustrar, aunque sea de manera oscura, algún aspecto de la naturaleza íntima del mundo".

(2)

Como podemos apreciar, esta necesidad de narrar y relatar las experien-

cias que se suscitaban en su entorno, experiencias empapadas y matizadas de atributos correspondientes sólo al hombre, establecieron los cimientos para la configuración de un mito. Es a partir de esta atmósfera presencial, que el hombre arcaico se interesa por descifrar y desentrañar el lenguaje de la naturaleza, la verdad recóndita que presentaba su mundo, tarea que constituía un desafío importante en tanto que allí se jugaba su bienestar. Podemos decir que es gracias a esta predisposición por dar cuenta de las experiencias vividas, que el mito nace, encontrando las condiciones propicias en una matriz lingüística, en el campo del lenguaje que incluye la utilización de las palabras (sintaxis). De esta manera, el mito nos acerca a una forma original de concebir el mundo, en él se reúnen el pensamiento, la imaginación, el sentimiento y el lenguaje, de tal suerte que la interacción de estos cuatro factores nos transportan a una verdad a la que poco le importa la demostración de su decir. El mito nombra una realidad, la cual conserva su naturaleza, aunque no se tengan medios para corroborarla.

Si estas son las condiciones bajo las cuales puede emerger el mito ¿cómo lo definiríamos? Son innumerables las fuentes a las que podríamos acudir para dar cuenta de lo que el mito significa, sin embargo, esto no quiere decir que todas ellas puedan hablar de lo que en esencia representa. Basta con pensar las ocasiones en que utilizamos el término; muchas de las veces es para tomarlo como sinónimo de falsedad. Pensando en correr con mejor suerte, si consultamos sus raíces griegas, lo que encontramos es que *mythos* refiere a fábula, leyenda (3) y en otras fuentes sólo se agrega el término de historia. Algunos autores sencibles a esta situación, nos alertan desde un principio -al leer un libro sobre el mito- que:

"...hablar del mito es exponerse desde un comienzo a una serie de malentendidos".

(4)

Aún más, figuras importantes en este ámbito, como lo son los antropólo-

gos, dedican en sus textos amplios apartados en los que se indica la manera errónea en que el mito es considerado y las consecuencias al tomarlo como "algo que no tiene realidad concreta" o "algo fantástico".

Si el mito no es

"...ni una mera narración, ni una forma de la ciencia, ni una rama del arte o de la historia, ni un relato explicativo".

(5)

ni tampoco refleja

"...tentativas de explicación de fenómenos difícilmente comprensibles: astronómicos, meteorológicos, etc."

(6)

entonces ¿qué es? Para acudir a un mejor entendimiento del mito, proponemos realizar un breve recorrido a través de algunos géneros literarios, en la idea de sacar a la luz las diferencias existentes entre leyenda-mito, cuento-mito y literatura religiosa-mito. Quizá el arribar a dichas desigualdades nos permitan ubicar en una justa dimensión lo que el mito significa.

La relación que se crea entre el mito y la leyenda guarda escasas semejanzas. Se podría decir que una de ellas tiene que ver, respecto a los personajes, en que el mito y la leyenda se cuenta con nombres y familias definidas. Podríamos agregar a esto, que se hace referencia al pasado, sin embargo, -es aquí donde iniciamos con las diferencias- en el mito se trata de un pasado mucho más lejano, de un tiempo digamos "particular", del que se hablará más adelante. En la leyenda es posible combinar verdad y fantasía, realidad histórica y ficción novelesca, pero el mito, empero, está más allá de la mezcla de dichos elementos,

en tanto que no premedita un decir ni pretende adornarlo. Además, si acudimos a las raíces latinas de leyenda, encontramos que viene de *legendus*, gerundivo de *legere*, leer (7), lo cual nos indica que, más que representar una obra que se narra por medio de la palabra -como sucede en el caso del mito, cuya circulación se lleva a cabo verbalmente-, lo hace mediante la acción de la lectura, principalmente.

En cuanto a la relación mito y cuento, en éste último los personajes están privados de una personalidad propia y en el momento de recurrir al "Erase una vez..." se manifiesta la no determinación de un tiempo, es decir, el cuento refiere a un tiempo inexistente debido a que no es muy importante señalar una ubicación temporal específica. En el mito el tiempo sí hace presencia, aunque de manera muy particular, dejando en la memoria de la gente los ecos siempre vivos del pasado. Acentuando un poco más las diferencias entre mito y cuento, Bettelheim explica que el primero incluye personajes (héroes sobrehumanos) que ante los oyentes exigen una especie de imitación y/o superación (8). Se trata de una serie de demandas que estos héroes piden a los mortales y que en el cuento no se exigen. En cuanto a los conflictos internos que se expresan dentro de una trama determinada, al mito poco le importa presentar sugerencias para la resolución de los problemas. Por su parte, el cuento hace más terrenales a sus protagonistas, más cotidianos ante nuestros ojos, además, proporciona cierta seguridad al lector, en términos de ofrecer esperanzas hacia el futuro y la promesa optimista de un final feliz.

Hagamos una última diferenciación, el mito y la literatura religiosa. En el caso del mito, no representa, en lo absoluto, el monopolio de ningún grupo social específico. No es privilegio de ninguna agrupación, por tanto, la circulación del mismo no es restringida, obstaculizada ni prohibida, todo lo contrario, su naturaleza ofrece las posibilidades de llegar a él. En cuanto a su credibilidad, encontramos que la literatura religiosa exhorta a una rígida fe en sus textos, mientras que en el mito se funda una flexibilidad que, de manera muy especial, no rompe ni se aleja de la esencia que lo conforma.

El mito, como se puede apreciar, guarda un lugar bastante específico dentro del género literario narrativo y aun cuando bien podría merecer

un lugar importante dentro de la literatura, es lo que a fin de cuentas, menos trascendencia tendría para sus verdaderos fines y propósitos. Si el mito no es una leyenda, ni un cuento, ni un texto religioso, entonces, ¿cuáles son sus características específicas? A partir de lo anterior, podríamos decir que éste nos transporta a una primera realidad lejana, que rebasa en mucho los tiempos que una leyenda pueda tener. Aun así y bajo una singular elasticidad narrativa, el mito resiste a las alteraciones que se vayan sucediendo sin por ello, modificar su esencia. Lo anterior nos conduce a pensar que la narrativa mítica, abarca un sentido bastante amplio que rebasa los límites de aquello que se relata, es decir, encontrándose en el lenguaje -nacido de una matriz lingüística- va al mismo tiempo más allá de él. Pero, ¿cómo es que el mito puede ir más allá del lenguaje?, ¿no es precisamente este "ir más allá", el que inicia o refuerza una serie de confusiones, en donde la narrativa mítica se toma como incierta y confusa? Ya se había mencionado el carácter peyorativo en el que puede ingresar el mito, por ejemplo, al pensarlo como "impreciso" o "indemostrable". Dichos adjetivos serán los que nos permitan transitar por dos líneas, en la idea de seguir configurando la naturaleza del mito. Primeramente, habría que hablar sobre el lenguaje que envuelve al mito, para saber el porqué, calificarlo de preciso o impreciso es algo tramposo, inclusive innecesario. En su libro "Metáfora y realidad", Wheelwright elabora un concepto muy particular sobre el lenguaje, el cual vincula más tarde con el mito (9). Para él, el significado del lenguaje no se circunscribe a un conjunto de sonidos articulados con los cuales el hombre se manifiesta o expresa. En él se engloba no sólo el lenguaje verbal, escrito y hablado, sino todos aquellos elementos de la experiencia humana que sean utilizados para "significar" inclusive algo más. Independientemente de la manera en que algo sea designado, el lenguaje tiene como meta el comunicar, sin embargo, a la vez que nos permite "utilizarlo" para concebir y referir la realidad, paradójicamente se establece una "dependencia" en cuanto a él, en esta necesidad de confirmar que, aquello que se quiso significar, es. Irónicamente, los significados se tornan burlones ante nosotros y sobre todo ante aquellas personas que tienden redes para atraparlos o utilizan varas para medirlos. Si en la utilización del lenguaje, se puede significar

algo más, entonces es difícil evitar lo inevitable, empero, eso no quiere decir que todo lo que se dice es impreciso en el sentido de lo confuso. Al comunicarnos, no estamos muy seguros de haberlo dicho "todo con certeza", asimismo, en ese decir se puede significar algo más. Es aquí donde iniciamos el desarrollo de la segunda línea, afín a la anterior, que corresponde a la posibilidad o no de demostrar lo que el mito articula en su discurso. En el hombre -continuando con los planteamientos de Wheelwright- existe un anhelo por acceder a la verdad, de allí la creación de sistemas de lenguaje cerrados, pero igualmente, hay un ansia de espíritu por sobrepasar lo que pretende ser obvio, una necesidad de navegar y conquistar rutas inéditas a partir de la imaginación. Esto último refiere a un lenguaje abierto que, aun cuando puede tender a la vaguedad y flaccides, puede ser tenso y vivo (10). Ahora bien, hablar de un lenguaje vivo implica la búsqueda inagotable del hombre para dar cuenta de su naturaleza compleja, se trata de un esfuerzo por acudir a un lenguaje adecuado en el amplio sentido de la palabra, y no a la conclusión de significados que acaben por exterminarlo semánticamente. Además, se necesita de un lenguaje vivo -y juguetón- para emprender la difícil tarea de acariciar las verdades vivas de la experiencia humana, aunque sea fugazmente. Refiriéndose a la búsqueda de la verdad, Wheelwright comenta:

"No se ha supuesto siempre, ni siquiera usualmente, que la verdad haya de ser exacta. "La naturaleza gusta de ocultarse" dice Heráclito; Nietzsche expresa virtualmente la misma idea al sugerir que "acaso la verdad sea mujer", y Lao Tse comienza su enseñanza declarando que la realidad (Tao) susceptible de ser conceptualizada no es la realidad esencial".

(11)

Los planteamientos anteriores sobre las características del lenguaje y las propiedades del lenguaje tensivo-vivo, nos permiten vincularlo

con el mito: tanto en el lenguaje tensivo como en el mito, se puede concebir una riqueza semántica, además, en ambos existe la necesidad de dar cuenta de la realidad, independientemente de que ésta demuestre que es verdadera. Existe, asimismo, una característica más dentro del lenguaje que el mito incluye en su naturaleza. Ante la pregunta ¿cómo comprender que la versión de un mito no pierda su esencia con el paso de los años?, se hace necesario arribar a la temporalidad del lenguaje. Lévi-Strauss elabora una serie de planteamientos, en los cuales, ubica al lenguaje en un par de niveles: el de la lengua, con un sistema temporal reversible (transformable pero en equilibrio) y el habla, cuyo sistema temporal es irreversible (el sentido que se da es único) (12). Al mencionar que el mito va más allá del lenguaje, el autor lo ubica en un tercer sistema temporal, llamado también "estructura permanente" o "doble estructura". Define así este tercer nivel en tanto que incluye en él las propiedades de los dos sistemas temporales ya mencionados, esto es, el mito nos hablaría de acontecimientos lejanos, sin embargo, esta realidad ya acontecida, al momento de acudir a ella, impregna y matiza el presente de tal suerte que el futuro se puede ya vislumbrar. Lo anterior implica que, la historia relatada en el mito, aún cuando corresponda a un pasado remoto, está dotada de una eficacia permanente, la cual nos transporta a una eternidad del decir en donde presente, pasado y futuro convergen, de ahí que el mito, sea cual sea su versión o traducción, conserve su valor y trascendencia. Confirmando esta estructura histórica-ahistórica, tenemos que:

"El tiempo mítico-religioso se situá por fuera del tiempo cronológico, es propio de la eternidad, por ello es un tiempo fuera del tiempo, es la no duración (...)".

(13)

El mito, sumergido en esta pasada realidad viviente que nunca deja de existir, establece una especial atmosfera en donde la resonancia de su discurso permite recordar, reconstruir y revivir algo que tiene

que ver con nosotros mismos, algo que nos penetra existencialmente, al tiempo que se afirma y conserva en el mañana. Es precisamente esta característica temporal del mito, tiempo que transgrede al tiempo, la que nos traslada a su funcionalidad. Malinowski al respecto comenta que:

"El mito cumple en la cultura primitiva (no sólo en ella) una función indispensable: expresa, exalta y codifica las creencias; custodia y legitima la moralidad; garantiza la eficiencia del ritual y contiene reglas prácticas para aleccionar al hombre. Resulta así un ingrediente vital de la civilización humana".

(14)

El mito, independientemente de la versión que se utilice para relatarlo, independientemente de la traducción por la que tenga que pasar, independientemente del transcurso de los años, nos hace llegar una verdad a la que no tenemos más remedio que atrapar en el alma, en tanto que ésta tiene algo que ver en nuestra existencia. Se trata de un legado al que pocos se pueden sustraer.

Uno de los mitos que es conocido por un número importante de personas -¿casualmente?- es el de "Edipo". Aun cuando dicho mito llega a las comunidades salvajes en su forma viva, no es requisito necesario formar parte de ellas para acceder a la esencia de su lógica. El tema que el mito de Edipo guarda en sus entrañas es el de la prohibición del incesto, situación que se consuma a pesar de que se tomen todas las precauciones para evitarlo. Tomando en cuenta las características del mito ya mencionadas, es posible entender el porqué la supuesta "originalidad" de una u otra versión es algo superficial y sin trascendencia. Lévi-Stauss a partir del análisis de los mitos, señala que no existe una versión "verdadera" que contenga la información fundamental (15). No se trata -advierte- de buscar, dentro de las varias interpretaciones que se den, la que sea perfecta, ¿cuáles serían los criterios para decidir por la

mejor? De allí que la Antropología Comparatista se meta en laberintos sin salida al buscar una versión supuestamente original. En el caso del mito de Edipo, éste no escapa a las múltiples variaciones que se pueden presentar; si acudimos a la tragedia, encontramos desde interpretaciones homéricas hasta la versión del mismo Sófocles. Esto implica que se debe entender que no hay deformaciones ni buenas o malas interpretaciones, ya que toda modificación pertenece al mito. Las variaciones también se pueden hacer presentes, específicamente en el manejo de las identidades, es decir, en algunos mitos aun cuando no se habla textualmente de Edipo, Yocasta o la Esfinge, se hace de manera indirecta, utilizando otros nombres. Para ilustrar lo anterior, presentamos el siguiente mito edípico:

"Los indios iroqueses y algonquinos relatan la historia de una joven, expuesta a los asedios amorosos de un visitante nocturno, en quien ella cree reconocer a su hermano (...). Acusado formalmente por ésta, el hermano revela que tiene un sosia, o más exactamente un doble: porque entre ellos el lazo es tan fuerte que cualquier accidente que le sobreviene a uno se transmite automáticamente al otro: ropas desgarradas, herida en el rostro... Para convencer a su hermana incrédula, el joven asesina ante ella a su doble, pero al mismo tiempo pronuncia su propia sentencia de muerte, puesto que ambos destinos están ligados.

La madre de la víctima querrá, en efecto, vengar a su hijo, ella es una poderosa hechicera, señora de los búhos, y hay un sólo medio de engañarla, que la hermana se una al hermano, haciéndose éste pasar por el doble al que ha matado; el incesto es tan inconcebible que la anciana no podrá sospechar la superchería. Los búhos no son tontos y denuncian a los culpables, que sin embargo consiguen escapar".

Sin mucha dificultad, se identifica el incesto como tema principal. Los hermanos representan al personaje de Edipo y Yocasta que encontramos en la tragedia griega; el hermano y su doble personifican a Edipo creído muerto pero viviendo en otro reino; en cuanto a los búhos, que en los algonquinos exponen enigmas al héroe, encarnarían a la Esfinge. Aunado a esto, encontramos que en el mito los personajes principales se ven inmersos en situaciones dramáticas, irremediablemente inexorables, aún cuando las advertencias a evitar lo inevitable se encuentran en el interior de la trama. Así, el mito, sea cual sea la versión a la que se acuda, representa una narración primordial y fundamental que nos transporta a una temporalidad acronológica, donde la esencia de su verdad nos envuelve el alma para, desde allí -desde un acto consumado-, hablarnos de un destino del cual no somos tan ajenos; el estremecedor impacto que el mito crea ante nuestro ser es prueba de ello. Hablamos entonces, de un destino que se presenta impetuoso y que ante un desenlace indeseado, reclama la permanencia de una nueva condición del existir, exigencia que al admitirse nos translada a un compromiso donde el orden trae como recompensa el continuar existiendo. En la idea de puntualizar lo anterior, Alvarez señala que:

"El mito traspasa todo lo estético (...) y se dirige a nosotros a regiones que, parafraseando a Kierkegaard, son de temor y temblor, de estremecedora ética, regiones que comprometen nuestra existencia en su totalidad".

(17)

Hablar del mito, por tanto, será hablar de un discurso que articula, a partir de un lenguaje mágico, presente-pasado-futuro, vaivén temporal en donde se transmite un mandato -prohibición del incesto en el caso del mito edípico-, una advertencia que debe, al ser escuchada, velarse, respetarse, grabarse en la existencia. Mito, lugar en donde la verdad aparece esbelta, efímera.

II. EDIPO EN LA TRAGEDIA

"Como siempre, la tragedia está anclada y enraizada en un trasfondo mítico. Del mito tradicional se nutre la acción trágica. Los hilos fundamentales de su trama proceden del esquema transmitido por el relato legendario. (...). En este doble aspecto de fidelidad y libertad interpretativa se encuentra uno de los méritos de la sabiduría trágica. Cada dramaturgo recuenta, a su manera, el mito".

C. GARCIA *

Haciendo alusión a las características que refieren al mito, fue posible entenderlo como una narración del pasado que guarda un lugar especial en la memoria de la humanidad. Básicamente su circulación es a partir de la palabra, esto es, al mito se le escucha, además, su esencia misma se conserva aun cuando los decires que lo interpretan lo matizan con diversos colores. Gracias a esto, el mito como el viento, puede arribar a cualquiera de nosotros, es un legado universal que en nuestro recuerdo encuentra abrigo. A partir de las peculiaridades que el mito conserva, de su riqueza narrativa, algunos géneros de la literatura han encontrado en él un campo fructífero para seguir dando cuenta, muy a su manera, de las peripecias que acontecen al hombre.

La tragedia es uno de los géneros literarios que se nutre del mito, encontrando en sus temas la materia prima para crear, de manera muy particular, obras dramáticas de inquietante belleza. El origen de la tragedia se puede rastrear en ciertos ritos antiguos, en los cuales, los hombres establecían contacto con las fuerzas divinas que, de alguna manera, disponían sobre la existencia de la humanidad. Los que participaban

en dicha ceremonia, en donde danza y canto se combinaban, se disfrazaban de distintos animales para nutrirse y absorber la vitalidad de los dioses, los cuales asumían infinidad de formas que no se limitaban a la fauna. Gracias a la realización de dichos rituales, el hombre accedía a los secretos de la naturaleza que los dioses conservaban ambiciosamente. Al encarnar a las divinidades, vía la personificación de animales que intervenían en una danza coral, el hombre aprehendía de alguna manera la supremacía de un saber que éstos preservaban. Con el transcurso del tiempo, estas ceremonias fueron perdiendo sus objetivos, y cuando el culto al dios Dionisos hizo acto de presencia en la Grecia del s. VIII, se originó una nueva situación. A partir de la articulación de este par de sucesos, danzas y cantos quedaron inmersos dentro de la devoción que se practicaba hacia Dionisos, de tal suerte que el dios de la vida se transformó en la venerada figura en torno a la cual se realizaban las danzas corales. Durante los ritos a Dionisos, los participantes se disfrazaban de chivos o machos cabríos que representaban a los espíritus que habitaban en la tierra. Se trataba de una celebración en donde era posible acceder a las verdades que la naturaleza guardaba con tanto celo, así como también, las vicisitudes y peripecias inherentes dentro de la existencia humana. Es precisamente a través de este devenir de ciertos rituales arcaicos que los temas míticos se fueron transmitiendo. En dichas ceremonias el mito encontró un vehículo eficaz para difundir su decir, aun cuando éste fuera decorado magistralmente desde la tragedia. Continuando con la ceremonia realizada al dios Dionisos, ésta recibió el nombre de "ditarambo". Bajo la influencia creativa de los griegos, el ditarambo como canción danzada espontánea e improvisada, se transformó en todo un coro dramático. Si anteriormente la celebración de este rito no contaba con lineamientos estrictos, ya que se realizaba de manera sencilla y natural, poco a poco se llevó a cabo en él una metamorfosis que terminó por darle una nueva estructura, la cual nos remitiría a la génesis de la tragedia.

Dentro de los personajes que contribuyeron a la nueva configuración del llamado ditarambo, se encuentra el poeta Arion de Lesbos, quien introdujo el coro cíclico en el cual intervenían cincuenta personas. A Téspis se debe la aparición de un actor que dialogaba con el corifeo

(quien guía o dirige al coro) y que además formaba parte de la acción. Gracias a Coirilo se realizan algunas modificaciones en el vestuario y en los movimientos del coro; en cuanto a Frínico, este incrementa y enriquece los textos, en cuyos temas, a parte de los religiosos, se suman los de tipo histórico. Los cambios también alcanzaron al jefe o director del coro, quien poco a poco vino a ocupar el lugar de un personaje recitante que acompañaba al coro o lo hacía a contrapunto. Las representaciones llegaron a tener tal organización que la mímica también dejó de ser espontánea, dándose un gran peso al contenido conceptual que se cantaba en cada acto. Ya no se podía hablar -por tanto- de un personaje único y la tragedia, concebida como tal, se divide en episodios que culminan en los "estásimos" o danzas cantadas por el coro. Notamos de esta manera, toda una transformación, un calidoscopio de circunstancias y momentos que dieron paso al nacimiento de la tragedia:

"...la canción dionisiaca primitiva va dando paso a la tragedia clásica y ésta, al ensanchar su contenido conceptual con el enfoque de nuevos temas, se convierte en un instrumento a través del cual sus autores examinan y comentan otros problemas, sin ceñirse solamente al aspecto religioso, como en los comienzos".

(1)

La aparición evidente de la tragedia como tal, se ubica en la representación realizada por Tespis (535 a. C.) durante el festival que celebraba a Dionisos. En dicho acontecimiento fue posible vislumbrar una cantata dramática que se traducía a un drama sencillo y elemental. En contexto histórico-político-social bajo el cual podemos ubicar el florecimiento de la tragedia se remonta a la Atenas del s. V, tiempo en que gobernó Pericles. Jefe del partido Democrático, hombre justo, hábil, inteligente y talentoso, Pericles instauró el llamado "Siglo de oro" en Atenas, momento durante el cual se consolidó la supremacía y el predominio de esta región, no sólo a nivel político y militar, sino también en distintas

áreas del arte. A partir de una estabilidad económica, de un período de paz, Pericles se dió a la tarea de impulsar y apoyar a los artistas, tanto extranjeros como nativos, transformando a Atenas en el corazón mismo de la cultura. Asistió y respaldó el Teatro, la Escultura, la Poesía, la Arquitectura, Filosofía y, claro está, la Literatura Dramática que alcanzó el título de excelencia. En este clima de paz y prosperidad, los atenienses hicieron suyo el gusto y placer por la Literatura, no sólo como un arte a disfrutar en el momento de tener contacto con ella, sino como un importante medio de expresión en donde se reflejaba la intimidad del ser, en donde se incluían, por supuesto, sus padecimientos y sufrimientos.

Una de las tragedias más trascendentales, que ante su lectura no deja de hacer presencia al estremecer nuestras entrañas, es la que aborda el tema de "Edipo". La magnitud de su valor no radica en la originalidad de su obra, debido a que, como ya mencionábamos, el personaje es adoptado y adaptado desde el mito, transportándose hasta los escenarios de la antigua Grecia gracias a la tragedia. Además de ser un personaje mítico, es posible dar cuenta del Edipo en la undécima rapsodia de la "Odisea"

(2). Asimismo, son varios los autores que retoman al afanado personaje para desarrollar, muy a su manera, parte de su obra, desde Homero hasta Séneca y Estacio. De entre los grandes escritores griegos que hicieron de aquel mito edípico una verdadera joya de la Literatura Dramática, se encuentran Esquilo y Sófocles, de los cuales, daremos algunos datos importantes (3).

En lo que respecta a Esquilo (525 - 456 a. C.) su obra se compone de un total de siete tragedias de las cuales "Los Persas" constituye un trabajo aislado y "Las Suplicantes", "Prometeo encadenado", "Los Siete contra Tebas" y "Orestíada" se refieren a trilogías de las que solamente se conservan las tres piezas de ésta última ("Agamenón", "Las Coéforas" y "Las Euménides"). Esquilo trabajó el tema de Edipo en una trilogía que incluía a "Los Siete contra Tebas" y "Layo", sin embargo, de esta obra únicamente se conserva la ya mencionada. Se puede decir que Esquilo es el primer gran dramaturgo de la Grecia antigua. Las contribuciones realizadas en la estructura de la tragedia se vieron reflejadas en la aparición de un segundo actor, transportándose lentamente

el interés que el coro brindaba, al desarrollo del diálogo entre los personajes. Su obra está matizada e impregnada de un acentuado pensamiento religioso el cual se expresa en imágenes vivas. El tema del rescate de la sangre, de fuerzas divinas que piden la muerte de vengadores que se convirtieron en asesinos, en pos de resarcir las culpas de sus antecesores, representa un motivo que aparece en la obra trágica del autor, donde el infortunio y la desgracia de los hombres se transmite bajo la claridad de un lenguaje desesperadamente poético. A propósito de esta sujetación de delitos alimentados por la realización de crímenes pasados, Bicecci comenta que hijos y nietos son los que reciben los efectos y las consecuencias de los delitos que cometieron sus antepasados (4). Aclara que los personajes que han heredado sanciones familiares no cargan precisamente con una "culpa". Se trata más bien de una necesidad de venganza que empuja al hombre al abismo del crimen:

"...el espíritu de venganza, enviado por el destino, incita a estos pobres tarados que son los hombres, con crímenes hereditarios a obrar mal. Los dioses juegan con los hombres dentro del horizonte griego, juegan y se divierten a costa de sus pasiones y sus debilidades y ese momento de posesión y de locura por el que pasan, ellos no tienen cómo evitarlo, es un impulso divino el que los manda en los actos más bajos o en los crímenes".

(5)

Es precisamente dentro de la atmósfera de los clásicos griegos que los héroes de la tragedia tienen como característica el pasaje al acto. La culpa -continuando con Bicecci- se ubicaría más como una creación judeo-cristiana cuyo resultado sería la inhibición del acto. Lo anterior no significa que, ante el crimen realizado, no exista una condena a pagar, la hay, pero es más fuerte la necesidad de venganza que el evitar aparecer como un criminal; se trata de una acción infalible a la que el hombre se somete sin importar las consecuencias. La obra de Esquilo,

por tanto, se tiñe de un espíritu de venganza donde el crimen reivindica el derecho de las almas que fueron ofendidas y humilladas. La justicia es un deber, una exigencia que se consuma vía el crimen.

Otro de los grandes personajes en la tragedia griega es Sófocles (495 - 406 a. C.), nacido en Colono, Atenas, en el seno de un hogar acomodado. Su padre, un industrial fabricante de armas llamado Sófilo, brindó a su hijo una enriquecedora formación que abarcaba varios campos. Dotado con el talento y la destreza en el arte de la declamación y el canto, Sófocles colaboró en diversas conmemoraciones, sobre todo aquellas en las que se festejaban las victorias militares. En lo que respecta a su vida personal, se unió en matrimonio con Nicostrata con quien tuvo un hijo llamado Yofón, el cual se interesó -al igual que su padre- en el arte dramático. Tuvo un segundo hijo ilegítimo, producto del amor que profesó a una mujer llamada Teoris, a la que amó más que a su esposa. Ese hijo fue llamado Aristión, el cual heredó de su padre no sólo la hermosura, sino también el interés y apego a las obras trágicas. Cuando Aristión fue padre, puso a su hijo el nombre de Sófocles, en honor a su padre. Siendo que el abuelo dedicó y procuró hacia su nieto ilegítimo un gran afecto, se suscitaron una serie de problemas motivados por los celos de su hijo Yofón. Ya en una edad avanzada, Sófocles fue acusado de inepticia senil por parte de la familia legítima para despojarlo de sus bienes, sin embargo, gracias a la lectura que él mismo diera a algunos fragmentos de su obra "Edipo en Colono", fue posible no sólo desechar dicha acusación, sino pensar a Sófocles como un gran escritor que, pese a sus 89 años, era poseedor de una gran capacidad intelectual. Gracias a su nieto Sófocles, la tragedia de "Edipo en Colono" recibió un premio y fue representada cuando el gran poeta ya había muerto.

Hablar de Sófocles escritor, implica referirnos a un gran poeta-dramaturgo que a temprana edad vino a desplegar una serie de dotes y virtudes, que vendrían a ubicarlo en un lugar muy especial dentro de la literatura de la Grecia antigua. Recibió por parte de Esquilo algunas pinceladas de su obra, en términos de escenificar brillantemente las miserias y sufrimientos del hombre y las relaciones de impotencia que éste entablaba con los mandatos divinos. Fue a la edad de 27 años cuando es reconocido como un gran dramaturgo al vencer en una contienda de corte poético

a nada menos que Esquilo. La totalidad de su producción oscila entre un poco más de un ciento de piezas dramáticas de las cuales únicamente se conservan siete tragedias. Aun cuando su carrera de escritor inició desde su juventud, las obras de mayor riqueza y fecundidad las realizó a una edad madura, alrededor de los 50 años en adelante. Ubicando cronológicamente las tragedias que aún se conservan, tenemos a "Ajax" (442 o 443 a. C.), "Edipo rey" y "Antígona" (430 a. C.), "Traquínias" (420 a. C.), "Electra" (418 - 410 a. C.), "Filoctetes" (409 a. C.) y "Edipo en Colono" (407 - 408 a. C.) (6). La mayoría de los temas que Sófocles retomó para crear sus obras ya habían sido abordados en otros momentos. En los aspectos formales de su obra, realizó algunos cambios técnicos como el aumentar a tres el número de personajes para más tarde, contar con un equipo mayor. Amplió el campo de la acción dramática y fue de su mayor preferencia la elaboración de dramas aislados o en una sola parte que la trilogía. A pesar de las modificaciones que Sófocles realizó en el campo del arte dramático, se mantuvo dentro de los lineamientos que su misma disciplina le iba dictando. De esta manera, aquellos temas poco originales, en sus manos se transformaron prácticamente en trabajos inéditos, reestructurados gracias a una serie de colores, metáforas e imágenes que nos transportan a un sinfín de rostros que puede adoptar el proceder humano ante diversas y difíciles circunstancias.

De entre las obras que aún se conservan de Sófocles, la tragedia de "Edipo rey" representa una lectura clásica, celebrada en todos los tiempos. A continuación presentamos, en la idea de ilustrar aunque sea de manera breve, la tragedia de Edipo, desarrollada en forma cronológica:

"Respondió el oráculo divino a Layo, rey de Tebas que no debía tener hijos, aunque tanto los anhelaba. Si llegaba a tenerlos, un hijo sería su propio matador y se uniría en maridaje con la madre. No hicieron caso Layo y su mujer de tal oráculo. Les nació un niño y, para evadir el destino, mandaron que fuera arrojado a la montaña de Citerón, con unos ganchos atravesados en los pies, como se suele hacer con los carneros, o las piezas de caza.

La orden fue cumplida. Pero el pastor encargado de hacerlo, tuvo piedad del infante y lo regaló a otro pastor. Era éste de Corinto y regaló la criatura a Pólipo, rey de su ciudad, el cual, sin hijos hacía tiempo, anhelaba tenerlos. Lo crió como suyo con grande amor y, en recuerdo de su aventura le puso el nombre de Edipo, o sea "pies hinchados". Acaso el nombre mismo movió su propia curiosidad y la ajena. Un día oyó decir que no era hijo de Pólipo, sino un recogido (...). No pudo quedar tranquilo hasta no ir a Delfos a consultar el oráculo. Nada le respondió al punto preguntado. En cambio, le anunció que mataría a su padre y se uniría con su propia madre. Para evitar ambas monstruosas ocurrencias huyó a Corinto y vagó a la ventura. Llegaba cerca de Tebas cuando en un camino se encontró con el rey Layo y por altercado de cesión de paso, hubo una lucha que terminó con la muerte de este rey. Siguió su camino el joven y en él topó con la Esfinge, la venció en la solución de sus enigmas y la mató. Librada Tebas de este monstruo, hizo rey a Edipo y lo movió a casarse con la reina viuda Yocasta. Se cumplió así el oráculo en todo.

De la unión incestuosa nacieron dos varones: Eteocles y Polinice, y dos mujeres: Antígona e Ismene.

No tardó en correr el rumor de haberse realizado la profecía. Hizo el rey por saber la verdad. La descubrió al fin. El, desesperado, se sacó los ojos; su madre y mujer, se colgó de una viga de su cámara nupcial".

(7)

Aun cuando Sófocles era un continuador de Esquilo, y no desconocía la idea de la venganza heredada de generación en generación, proponía la imposición de un destino que conduce la vida y las acciones de seres que se descubren indefensos ante mandatos infranqueables:

"...hay un impulso en la vida interior que lleva a cumplir ese mandato, y el sufrimiento y la perdición son impuestos por oscuros decretos del destino. En ese punto, sólo los caracteres trágicamente absolutos pueden vivir un destino trágico. Hay un oscuro poder que empuja a los hombres al sufrimiento y que lleva a esa unión entre el dolor y la falta".

(8)

El personaje de Edipo en la obra de Sófocles, conjuga un calidoscopio de temperamentos, de entre los cuales se destaca su ingenua nobleza contrastada con cierta violencia, vanidad y orgullo. Siendo un gran hombre, virtuoso además de audaz y vigoroso, se apodera de él una gran desgracia imposible de interrumpir o demorar, aun cuando al parecer, se daba una falta de motivos que justificaran ese infortunado proceder. Es precisamente en este vaivén, de una vida que poco a poco se torna estable y segura, a la transformación de una realidad que lo somete al infortunio y la catástrofe, que la obra guarda un sello esencialmente trágico. Los mandatos divinos se acompañan y alimentan en ocasiones, de la soberbia y vanidad humana, combinación que trae como resultado la persistencia del dolor, el suplicio y el lamento de los hombres. Se trata de un destino implacable y cruel, en donde no existe otra salida que la humillación y el sufrimiento. Se vislumbra en la obra de Sófocles, una gran preocupación por el hombre y su acontecer en los momentos difíciles de su existencia, preocupación que constituyó la materia prima para sus elaboraciones poéticas, porque en este proceso de dar cuenta de lo humano, lo hizo en tal forma que, enalteció y resaltó la desgracia de los hombres de una manera emotiva y conmovedora. Solamente siendo poeta, se puede imprimir en una obra trágica la verdadera naturaleza del sentimiento en el incierto acontecer diario, es decir, la vida misma. Coincidiendo con la opinión que Bowra tiene respecto a Sófocles, tenemos que:

"Era, ante todo, un artista, pero un artista que sabía bien que su arte no hallaba camino cerrado, y para quien las discordias que superan al intelecto humano todavía pueden resolverse en el corazón".

(9)

Para Aristóteles, la obra dramática "Edipo rey" no sólo tenía una función catártica, representaba además el claro ejemplo de la "verdadera tragedia" en cuyos motivos se reflejaban no sólo temas que incluían el dolor y la calamidad humana, sino aspectos ideológicos, religiosos y morales.

Los estudiosos de la obra de Sófocles, concluyen que éste tuvo el don de elevar a una categoría enteramente humana lo que con anterioridad se trataba de un relato legendario, arraigado en el mito. Entregó y empapó a los personajes -en esa lucha apasionada con la vida- de una energía y corpulencia que solamente el alma puede advertir. Quizá de allí el especial sentir que provoca ante nuestro ser -después de tantos siglos- el relato de "Edipo rey", momento durante el cual pareciera ser que se produce un viaje hacia aquel pasado distante o por el contrario, aquellos años se trasladan al presente para vivir muy de cerca ese dolor y desdicha, producto de consumir, sin saberlo, un mandato divino: el matar al padre y desposar a la madre. Al tener contacto con la tragedia se accede al infortunio que invita a la complicidad, prueba de ello resulta ser el impacto que ante nosotros suscita, creandose una "impresión" inevitable.

Podríamos decir que las representaciones de la tragedia realizadas en la Grecia antigua, en donde el público se transformaba en un personaje más, han quedado como un recuerdo y una prueba de aquellos años de esplendor. Sin embargo, aún en nuestros días, la tragedia de "Edipo rey" continúa reactivando los sentimientos de cuantas personas se acercan a ella, en tanto que dicha obra contiene algo que conmueve y que difícilmente representa algo ajeno a nosotros mismos. Edipo, personaje accesible, protagonista modesto que ante su representación -sea ésta en la escena o mediante la lectura- nos cede los infortunios de su exis-

tencia, es una figura que trasciende su propio papel:

"El protagonista de **Edipo rey** es mucho más que el sujeto del mito, incestuoso y parricida, es ese rey justo e inocente, a la vez policía, juez y culpable, de esa intriga que se desenvuelve como una novela policíaca perfecta en unas horas, delator y verdugo de sí mismo, en esa anagnórisis retardada por la maestría dramática de Sófocles".

(10)

Los protagonistas de la tragedia fueron finalmente, algo más que personajes lejanos a la naturaleza de lo humano. Quizá brindaron la oportunidad de escenificar, en el hombre mismo, un sinfín de formas de ser que no necesariamente habrían de aparecer incompatibles, inconciliables.

III. EDIPO Y EL PSICOANALISIS

"Inadvertidamente el psicoanálisis se ha complicado en la difusión de un mito simplón donde coexisten la madre abnegada y el hijo que la adora, allí donde el padre resulta ser el rival y el separador de una relación que de otro modo sería de completud ideal".

N. BRAUNSTEIN *

Hablar del "complejo de Edipo" dentro de la teoría psicoanalítica, refiere a un concepto central, eje que en su devenir -en su irremediable transformación- articula y vigoriza las formulaciones de lo inconsciente. Llamado "fenómeno transitorio universal" o "cambio de rumbo inaugural y decisivo" (1), el complejo de Edipo nos presenta el sendero a transitar para advenir como sujetos, se trata de un momento fundamental en la estructuración subjetiva que da paso a nuestra estancia dentro de la cultura. Definir de una manera tan breve un concepto que soporta y articula la teoría psicoanalítica, resulta un tanto peligroso y más cuando su devenir dentro de los planteamientos freudianos a sido objeto de una maduración especial. De lo anterior se desprende la necesidad de vislumbrar el nacimiento del concepto complejo de Edipo así como también el posterior desarrollo que se fue suscitando a lo largo de la obra freudiana.

Dentro de los trabajos realizados por Freud, resulta imposible el poder ubicar un texto que concentre de manera definitiva las teorizaciones elaboradas en torno al complejo de Edipo. De allí quizá, el origen de muchas desfiguraciones y malentendidos, sobre todo cuando las personas que inician en este tipo de lecturas, quieren adelantar algunas conclusiones y certezas que en la mayoría de las veces, representan más bien una caricatura, producto de una acción precipitada.

Acceder a una lectura honesta del concepto, implica realizar un viaje diacrónico a través de la obra freudiana. Se le puede encontrar explícitamente abordado y otras veces haciendo presencia aún bajo su ausencia, esto es, se trata de un concepto primordial que sin la necesidad de ubicarlo textualmente se encuentra allí, quizá dándose por supuesto, pero siempre realizando un giro inaugural en la teoría psicoanalítica.

Uno de los primeros contactos que Freud tuvo con la tragedia de "Edipo rey", se ubica en la correspondencia que estableció con Emil Fluss, amigo de la infancia. Hacia 1873, a la edad de 16 años, Freud comenta a Emil que el examen de griego había contemplado algunos versos de la obra de Sófocles, que por cierto, conocía con anterioridad (2). Fue a mediados de 1896, momento durante el cual Freud contaba con 39 años, cuando una serie de circunstancias van dando paso al descubrimiento del complejo de Edipo. A través de la correspondencia que Freud mantenía con su amigo Fliess (junio de 1896), le llega a comentar que su padre se encontraba en un estado de salud bastante delicado. Tres meses después, Freud anuncia de manera breve a Fliess la muerte de su padre Jacob, el cual contaba con 81 años. La desaparición del padre vino a sacudir y evocar una serie de recuerdos y sentimientos por parte de Freud:

"Lo estimaba mucho y lo comprendía perfectamente, y, gracias a esa mezcla en él de profunda sabiduría y de fantasía ligera, desempeñó un gran papel en mi vida. Estaba sobreviviéndose a sí mismo desde hacía tiempo, pero a causa del hecho de la muerte resurge todo el pasado. Me siento ahora completamente desamparado".

(3)

Después de haberse realizado el entierro del padre, Freud tuvo un sueño en el cual aparecía en un letrero la frase "Se ruega cerrar los ojos" o "Se ruega cerrar un ojo". Al realizar el análisis de dicho sueño, Freud cae en la cuenta de un doble significado: el cumplir con los muertos (especie de culpa en la que se quiere reparar una falta) y al mismo

tiempo no darle tanta importancia al acontecimiento. Fue así como, a partir de este episodio tan lamentable, acudieron a Freud una serie de sentimientos arraigados en la infancia que ventilaron -para su asombro- cierta culpabilidad con respecto al fallecimiento de su padre. Una vez analizado dicho sueño, la tarea de rastrear e indagar el verdadero significado de los sueños, peculiar forma de expresión, paso a un lugar significativo en el quehacer realizado por Freud (4). De esta manera, a partir del duelo que iba elaborando, realizaba a la par un intenso trabajo psíquico al autoanalizarse. De los sueños que Freud analizó y que le permitieron llegar a conclusiones, digamos sorprendentes, tenemos los cuatro sueños de Roma, sucedidos en el mes de enero de 1897, sueños en los que tuvo la oportunidad de recordar una serie de acontecimientos vividos en su infancia, y que tenían que ver con sentimientos ambivalentes en cuanto a sus padres. Aún cuando Freud todavía no establecía la relación que existía entre ese sentir del niño con respecto a sus progenitores y lo acontecido al personaje de la tragedia griega, se iba gestando poco a poco dicha noción. Prueba de ello, la correspondencia con Fliess:

"...en la histeria, discernio al padre en los elevados requerimientos que se ponen en el amor, en la humillación ante el amado o en el no-poder-casarse a causa de unos ideales incumplidos".

(5)

Había algo, en la relación que algunas de sus pacientes establecían con sus padres, que coincidía consigo mismo, en ese trato especial y estrecho que se mantenía con alguno de los padres, en tal caso con el del sexo opuesto.

El análisis de sus sueños continuó en ese año; de febrero a mayo de 1897 trabajó con los sueños "Tío de barba amarilla", "Vía...Secerno", "Hella" y "Subir las escaleras desvestido". Las conclusiones a las que llegó en ese momento, tenían que ver con varias situaciones: los afectos

de hostilidad hacia un personaje X, el displacer que Freud sintió hacia Fliess (producto de una necesidad especial que éste sentía por el reconocimiento de sus elaboraciones), sentimientos hipertiernos hacia su hija Matilde y la inhibición ante el incesto. El análisis de dichos sueños fueron retroalimentados con una serie de recuerdos de su niñez en Freiberg, concluyendo sus significados en diciembre del mismo año. Fue en ese momento que Freud descubre el "complejo de Edipo", que por cierto, todavía no lo llega a designar como tal (6). En su correspondencia con Fliess (31 de mayo de 1897), comenta el sueño "Hella" y en el Manuscrito N de alguna manera concluye sobre los sueños analizados, lo siguiente:

"Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante en la neurosis. (...). Estos impulsos son reprimidos en tiempos en que se suscita compasión por los padres: enfermedad, muerte de ellos.(...). La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo.

Parece como si en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre".

(7)

Sin duda, el arribar a este tipo de conclusiones no representaba una tarea fácil para Freud. Durante los meses de junio a septiembre de 1897, y a partir de una serie de dificultades que impedían el continuar con la comprensión de las neurosis, Freud advierte cierta depresión, producto de ideas que lo hacían sentir fracasado, incapaz de continuar con su trabajo. Se trataba de un tipo de torpeza que lo dejaba sin la posibilidad de movimiento, de una angustia anclada en el análisis de los últimos sueños en los que estaba de por medio avanzar en cuestiones que apuntaban al desec incestuoso. Aún con toda esa carga, Freud continua con su autoanálisis, afrontando y elaborando todo aquello que iba descubriendo.

El 21 de septiembre del mismo año, comparte con Fliess una importantísima elaboración teórica: la etiología de las neurosis va más allá de la realización de un acto perverso por parte de alguno de los padres, acto que venía a despertar prematuramente la sexualidad en el niño. La teoría de la "seducción" que representaba parte de los cimientos de las elaboraciones psicoanalíticas, viene a desplomarse a partir del trabajo de autoanálisis que Freud llevaba a cabo, de tal suerte que el papel de la "fantasía" dentro de la vida psíquica vino a desplazar la importancia que poco antes se daba a los hechos traumatizantes "reales". Si existía una realidad determinante, era la realidad psíquica cuyo motor era el deseo. El notar que sus histéricas le habían mentido, provocó en Freud un fuerte impacto, ya que había que reorganizar una parte importante de la producción psicoanalítica. El saber la influencia que provocaban las fantasías en la vida real, permitió a Freud analizar sus próximos sueños ("Cabeza de carnero", "La escena del cofre" y "Médico tuerto") desde una perspectiva diferente, sueños en los que salían a la luz algunos aspectos de su infancia y que tenían que ver con sentimientos específicos hacia sus padres. A mediados de octubre y por vez primera, Freud menciona a Fliess el Edipo trágico, con el fin de relacionarlo con los sentimientos que él mismo experimentó:

"Ser completamente sincero consigo mismo es un buen ejercicio. Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado. También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, (...). Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de **Edipo rey**, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente. (...). Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión que divorcia a su estado infantil de su estado actual".

A partir de este momento, de este gran descubrimiento, el retomar a "Edipo rey" para explicar una serie de hechos en el orden de lo inconsciente, será una categoría en la que Freud irá trabajando continua y sistemáticamente y en donde sus ecos reestructurarán invariablemente el decir psicoanalítico (9). Aún cuando Freud tuvo que abandonar un autoanálisis firme y persistente debido al número de pacientes que le visitaban, el llamado complejo de Edipo se transformó en el "complejo nuclear", el cual fue metamorfoseándose a lo largo de su obra.

Para dar cuenta de cómo es que el complejo de Edipo, dentro de la obra psicoanalítica, fue adquiriendo distintos matices conceptuales a partir de los desarrollos teóricos que Freud iba elaborando, se propone realizar un recorrido diacrónico. Para ello y con fines didácticos, se adoptarán tres grandes períodos conceptuales sobre el Edipo freudiano que Perres ha venido trabajando (10). Dichos períodos nos permitirán vislumbrar la lógica que el término de complejo de Edipo fue adquiriendo, esto es, el cómo el entendimiento del concepto se iba articulando con los hallazgos que el propio Freud fue experimentando a lo largo de su obra.

El primer período se ubica dentro de los años 1897 al 1920. Durante este intervalo, Freud realiza "el descubrimiento del descubrimiento", sin embargo, el término complejo de Edipo no fue manejado explícitamente dentro de su obra hasta 1910, tiempo en que se hizo evidente su aparición. Se trata, por tanto, de un concepto que irá ganando terreno invariablemente, haciendo presencia en los primeros trabajos aún cuando el término en sí, no se haga presente.

La elaboración teórica en la cual Freud comenta y examina la vida de Edipo rey se ubica en "La interpretación de los sueños", específicamente en el análisis que hace a los sueños sobre muertes de personas queridas. En dicho texto, Freud emprende un manejo de los deseos inconscientes que se hacen presentes en los sueños y en donde se vislumbra -tras su análisis- el odio y desprecio hacia el progenitor del sexo opuesto. El sueño, por cierto angustiante, sería la forma desinhibitoria e inconsciente de llevar a cabo tal acción, es decir, un crimen ineludible, momento equivalente al destino trágico de Edipo:

"Su destino (el de Edipo) nos conmueve unicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que nacieramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizá a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre, nuestros sueños nos convencen de ello".

(11)

El sueño se transforma, por tanto, en una barca que tiene acceso en las tierras del inconsciente, vehículo que en su retorno nos alerta sobre sentimientos antes encubiertos y ocultos, pero no por ello ajenos. La tragedia de Sófocles sirve a Freud como un excelente ejemplo para hablar sobre el desconocimiento de deseos ya sea hostiles y/o amorosos hacia los progenitores. La neurosis, consecuencia de ese decreto inevitable, en donde el amor tiende al fracaso y el odio cumple su cometido, se convierte en un destino para la vida anímica infantil. El sueño por su parte, sería el medio para recordar aquello que por fuerza, el neurótico quiere apartar, por lo menos, de su vida conciente. Es curioso señalar como Freud justifica un poco la hostilidad que los hijos sienten hacia el progenitor del mismo sexo. Habla de un "favorecimiento" por parte de los padres en tanto que ponen obstáculos a su independencia. Señala que el padre estorba la libertad de su hijo varón y la madre limita a la hija. Ahora bien, siendo que se despierta tempranamente una inclinación amorosa en el niño hacia el progenitor del sexo opuesto, y que el padre del mismo sexo estorba y coarta esa libertad sexual tan anhelada, cabe preguntar: ¿por qué la hostilidad no es reforzada por el progenitor del sexo opuesto? y aún más, ¿cómo es que se construye esa inclinación hacia el sexo opuesto? Ciertamente en este momento Freud aún no tiene respuestas para dichos cuestionamientos, y no es para menos cuando el concepto sobre el complejo de Edipo se encuentra todavía en un naciente estado.

La manera en la que se teorizó el complejo de Edipo en este primer momento, tenía que ver con la llamada "forma positiva" en la cual, el

infante experimentaba deseos amorosos hacia el progenitor del sexo opuesto y deseos de odio y hostilidad al progenitor del mismo sexo. Los personajes que intervenían en esta caracterización del Edipo eran el hijo (a) y sus padres, de allí precisamente el hablar de la triangulación edípica. Freud manejaba en la mayoría de las veces el Edipo en el varón, lo cual daba a entender que no existía diferencia alguna en la situación edípica que la niña vivía, sencillamente ocurría lo mismo en ella, solamente los sentimientos de amor y odio cambiaban, en su caso, de progenitor (figura 1).

Edipo Positivo

— Deseo amoroso

- - - Deseo hostil



figura 1 .

Como podemos observar, esta era la manera más sencilla e ingenua para referir el complejo de Edipo. Ahora bien, si nos preguntamos ¿qué tiene que ver esta incipiente concepción del Edipo con el orden de lo psíquico?, tendríamos que acudir, de manera breve, a la influencia que dejó en Freud los experimentos de "asociación", en particular los realizados por la escuela de Zurich. Las investigaciones llevadas a cabo por Wundt repercutieron en varios campos, de entre los cuales podemos mencionar el área de la psiquiatría. Dentro de las elaboraciones teóricas realizadas por Freud de 1897 a 1901 aproximadamente, es posible ubicar el manejo de la expresión "grupos de representación" o "grupos psíquicos" cuyos significados tenían mucho que ver con el término "complejo", manejado en el hospital Burghölzli en Zurich. Para Bleuler y Jung -que trabajaban en dicha institución- la operación consistía en proponer una palabra (estímulo) a una persona y ésta tenía que evocar en seguida otra más, la que fuera. Ellos notaron que la palabra con la que se respondía, no tenía nada que ver con el azar y que si era esa la palabra con la que se reaccionaba era porque estaba determinada por un "contenido de representaciones", al que llamaban complejo. Freud recupera estas ideas (12) y agregará, desde su particular punto de vista, el carácter parcial o totalmente inconsciente que el complejo puede tener, y que la escuela de Zurich no precisó. Hablar de complejo desde la óptica particular de Freud, implicaba el pensar que existían en el niño una serie de sentimientos, emociones, actitudes y formas de comportarse, parcial o totalmente inconscientes, que determinaban de alguna manera el vínculo que éste establecía con los padres. Citando textualmente a Bleichmar tenemos que:

"...con el término complejo Freud lo que estaba planteando es que hay algo que existe en el sujeto, frente a lo cual un elemento externo actúa ya sea como un disparador que evoca, o como algo que permite la exteriorización de aquello que pugnaba por abrirse paso".

El conjunto de representaciones, en cuyos contenidos se juegan los deseos hostiles y de amor, se irían configurando a partir de las relaciones interpersonales sucedidas en la etapa infantil, representaciones por cierto revestidas de afectividad. Partiendo de estos planteamientos, podríamos pensar el complejo de Edipo como una estructura que determina actitudes en el niño para con sus padres. Quedarse en este nivel, sin embargo, sería acudir a una concepción todavía frágil que respondería más a una estructura biológicamente determinada que a una estructura estructurante del psiquismo. Aún cuando Freud habla de una triangulación, en donde se podría pensar que los padres serían los provocadores de ciertos deseos, ya sea hostiles y/o amorosos en el niño, y que estos sentimientos se dirigen precisamente hacia los que "provocan", se hace evidente un interés que recae unicamente en el niño, en tanto que no hay un trabajo que desarrolle el efecto que producen esos deseos inconscientes (del orden de lo incestuoso) en los padres y las consecuencias así como los efectos en la totalidad de la triangulación. Se nos presenta, tomando en cuenta lo anterior, un Edipo digamos petrificado, en donde la influencia biológica es la única que le ofrece movimiento y explicación. Bleichmar maneja al respecto, un ejemplo en el cual el niño se podría sustituir por un imán que, al ingresar a un campo magnético, establecería una orientación dependiendo de las propiedades ya constituidas en él: positivo con negativo y negativo con positivo, o más precisamente, el niño ama al progenitor del sexo opuesto (se atraen) y odia al que tiene el mismo sexo (se rechazan). Pero ¿cómo es que el niño previamente se orienta?, ¿cómo se construye esa disposición? De nuevo más preguntas que respuestas. Ciertamente es que al recuperar y adaptar el término de "complejo" dentro de las elaboraciones que en ese momento manejaba Freud, permitieron de alguna manera entrever una concepción en cuanto al funcionamiento del aparato psíquico, en el sentido de contribuir a la constitución del inconsciente. Sin embargo, en lo que respecta a pensar el Edipo como estructural, observamos que no es posible hacerlo a sabiendas de que Freud solamente analiza al niño dentro de la triangulación. Efectivamente, se trata de una compleja estructura, empero, todavía no se descubren los complicados vínculos que se juegan en todos los elementos que la constituyen.



U.N.A.M. CAMPUS
IZTACALA

39

Nuevos matices comienzan a perfilarse dentro del término complejo de Edipo cuando Freud trabaja sobre la estructura de la sexualidad infantil. Al ingresar a esta playa infinita que es la sexualidad, destaca tres zonas erógenas (oral, anal y genital) las cuales designará más tarde como "fases" y a las que se sumará la latencia. Dentro de las elaboraciones que Freud desarrolló en torno a su teoría sexual, existen varios aspectos importantes. Aparece el manejo del término "bisexualidad" para señalar una disposición originaria en el ser humano que, en el transcurso del desarrollo, llegará a perfilar una monosexualidad, sea esta el de ser un hombre o una mujer. Destaca, sí, las peripecias que la pulsión sexual enfrenta en el desarrollo, en el sentido de no existir correspondencia entre ésta y el objeto. Hablando específicamente del concepto sobre bisexualidad, se percibe la falta de nuevos elementos para enlazar, por ejemplo, la existencia de un Edipo negativo que se reúne y combina de manera compleja al positivo. Sin embargo, se dan adelantos interesantes al respecto. Si el ser hombre o mujer, niño o niña, no se asume por lo anatómico, entonces se desgenitaliza o se desbiologiza (por decirlo así) la posición del niño frente a los padres y por tanto ya no es tan obvio que el niño ame a la madre y odie al padre.

IZT.

El inmiscuirse y profundizar en el tema de la sexualidad infantil le ofrece, asimismo, la oportunidad para desarrollar y destacar la especial relación que se establece entre el infante y la madre. En el momento en que el bebé arriba al mundo, se inaugura un vínculo particular entre la madre (o sustituta señala Freud) y el niño (14). Al trabajar la etapa oral, se describe el chupeteo como una actividad cautivadora, a tal grado de comparar el orgasmo con ese placer de succionar. Concluye al trabajar sobre esta etapa que, el pecho se juega como el "primer objeto sexual" para el niño. En el transcurso de los días, la madre aparece ante el niño como la persona amada, como objeto sexual incestuoso que solamente dejará de serlo en la medida en que ciertas barreras inhiban tal conducta, y las exigencias culturales de la sociedad consoliden tal separación. La angustia infantil ante ese rompimiento, será el saldo que el niño tendrá que cubrir, sin embargo, tal distanciamiento se transformará en una "inversión" en un doble sentido: el de alterar y permu-



U.N.A.M. CAMPUS

tar. Alterar porque la esencia de ese amor hacia la madre sólo se metamorfoseará, y permutar porque la madre será sustituida por un nuevo amor, amor que no dejará de ser cómplice de aquel primero:

"...el amor a los padres, no sexual en apariencia, y el amor sexual se alimentan de las mismas fuentes; vale decir: el primero corresponde solamente a una fijación infantil de la libido".

(15)

Si nos detenemos en este punto, en la relación madre-hijo, podríamos vislumbrar lo que Freud manejó en sus últimos trabajos como "fase preedípica". Sin embargo el concepto obviamente no es utilizado todavía, y si nos centramos sobre lo "edípico", lo que se aprecia es que Freud aún no tiene elementos para ubicarlo cronológicamente. Una lectura ingenua nos podría llevar a incluirlo en un lapso que vaya de la infancia a la pubertad, pero eso es falso. Lo que parece indudable es que Freud se a topado, al trabajar sobre el complejo de Edipo, con un enorme desafío, con un suceso importantísimo para acceder al entendimiento de lo humano, de tal suerte que lo denomina como el "complejo nuclear de las neurosis", expresión utilizada en 1908 que por cierto manejó durante un tiempo breve, quizá con la idea de hacerlo originalmente suyo.

Los desarrollos teóricos que Freud obtuvo en su trabajo sobre la teoría sexual y las conclusiones que se desprendían de su quehacer clínico, le permitieron articular el complejo de castración y la forma invertida dentro de la triangulación edípica.

El complejo de castración aparece por primera vez en la obra de Freud cuando analiza las teorías sexuales infantiles. Motivados por la pulsión del saber y la desconfianza que los adultos crean, por evitar o distorsionar cierta información, los niños elaboran ciertas teorías en la idea de explicar aspectos sobre la sexualidad. Una de las teorías tiene que ver con la idea de concebir a todo ser humano -inclusive a los animales y el mundo inanimado- con un pene. En el caso del niño, resulta ser

obvio el pensar que todas las demás personas y algunos objetos cuentan con un pene como el suyo. En la niña, la evidente diferencia anatómica será la encargada de ponerla alerta y hacer fincar sus esperanzas en que el clítoris, aunque pequeño, crecerá como los demás penes. La manera en que se inserta el complejo de castración tiene que ver con el valor narcisista que el niño tiene para con su pene, y la niña con su clítoris. Algunos años atrás y a partir de una serie de cuidados que le fueron otorgados, el niño dió cuenta de cierto placer que le ofrecían sus genitales. La posibilidad de cierta independencia le permitió estimular su pene cuando tuviera la necesidad de hacerlo, sin embargo, los padres, al ser testigos de dicha actividad, le prohibieron que lo volviera a realizar ya que, de lo contrario, su miembro -harto valioso- sería cortado. Si a esta amenaza agregamos la falta de pene en las mujeres (a las que pensó erróneamente con un pene pequeño), es posible entender el angustioso aprieto. La amenaza de castración en la niña tendrá un giro distinto. Al saberse sin miembro, concluye que su clítoris resulta ser un pene pequeño que crecerá. El transcurso de los días la acerca al desengaño, y la admiración al pene se transforma en envidia. Así, la niña vive un quehacer sexual con carácter masculino, mismo que finalizará cuando el clítoris deje de ser el centro de excitación, pero ¿cómo es que la vagina desplaza al clítoris en cuanto a la excitabilidad? Freud responde al respecto que una oleada represiva en la pubertad se encargará de transformarla en toda una mujer, pero...¿cómo descubre la vagina esa niña con sexualidad masculina?, ¿por qué renuncia al clítoris si este efectivamente es como un pene pequeño?

Una segunda teoría que se pone en juego, tiene que ver con la idea de concebir el nacimiento vía el ano. Esto quiere decir que no se sabe de la vagina, pero como sí se tiene noción del ano, tanto la niña como el varoncito pueden fantasear la idea de parir hijos. El concebirse embarazado en el caso del niño no quiere decir, sin embargo, que tenga inclinaciones digamos irregulares, se podría decir que el erotismo anal continua haciendo presencia en su quehacer sexual, además, no podemos perder de vista la bisexualidad. Finalmente, en el caso de la niña, el conducto mediante el cual un bebé se asoma al mundo, será igualmente el ano.

El tema de la amenaza de castración también es manejado por Freud, en el caso clínico de un niño llamado Hans. El menor era presa de la angustia cuando se topaba con caballos que presentaban ciertas características (zoofobia). El análisis reveló que la figura del caballo permitía a Hans trasladar y ubicar inconscientemente su angustia en el animal y así evitaba descargarla sobre el padre, por el cual sentía temor. La génesis de este sentimiento se halla en los deseos hostiles hacia el padre, cuyo fin tenía que ver con la idea de eliminarlo y así, confirmar una placentera estancia con la madre. Ahora bien, en Hans, llamado también "pequeño Edipo" por Freud, no se juega únicamente la idea de desaparecer al padre y aterrizar en él el deseo de que muera, se agrega a este sentimiento el amor que un niño siente hacia su padre:

"...Hans ama a ese mismo padre por quien alimenta deseos de muerte; y al par que su inteligencia objeta esta contradicción, no puede evitar el dar testimonio de su existencia pegándole al padre y besando enseguida el lugar donde le pegó".

(16)

Lo anterior muestra una lectura del Edipo donde la unidireccionalidad "simple" de sentimientos hacia uno u otro progenitor va tomando un rumbo distinto, más elaborado y a la vez complicado, inclusive podríamos apreciar los inicios de lo que más adelante se manejará como complejo de Edipo negativo. No es posible hablar en adelante, de un deseo hostil hacia el progenitor del mismo sexo sin por ello concebir, en esa misma relación, un deseo de amor, sin embargo, habría que señalar algo importante. Freud al apuntar sobre esta ambivalencia, toma nuevamente al varoncito como ejemplo, es decir, nos habla de un niño que siente hacia su padre deseos tanto de odio como de amor, pero ¿qué sucede en el caso de la madre?, ¿habría que obviar que hacia la madre también se dirigen estos deseos de amor y odio?, ¿en la niña acontece exactamente igual? Al respecto Freud todavía no maneja nada en específico.

Continuando con los casos clínicos, el caso Schreber es la ocasión idónea para referirse nuevamente al Edipo negativo, aún cuando todavía no lo maneja como tal. El análisis del caso Schreber hace posible el sacar a la luz una serie de fantasías que éste experimentaba hacia varias figuras masculinas, fantasías que reflejaban deseos inconscientes homosexuales. Cabe señalar que el año en que redacta el caso Schreber (1910), coincide con el momento durante el cual Freud introduce la expresión complejo de Edipo, esto es, en su trabajo "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre". A partir de este momento, dicho concepto (tal cual) acompañará las elaboraciones freudianas incondicionalmente.

El trabajo realizado en el campo de las fobias -la zoofobia de Hans- y la necesidad de desmentir significados alejados en torno al complejo de Edipo elaborados por Jung y Adler, son en cierta forma los escenarios desde donde Freud trabaja para abordar ciertas estirpes totémicas y encontrar en ellas dos mandatos que coinciden con los crímenes realizados por Edipo: la prohibición del incesto y el parricidio. Freud acude a las comarcas del mito para, desde allí, establecer una conexión entre el tránsito del complejo de Edipo y lo que acontecía en ciertas tribus con un sistema totémico. Sus elaboraciones lo conducen a la idea de pensar el nacimiento del totemismo como una consecuencia inevitable de la naturaleza misma del complejo de Edipo, lo cual trae como resultado el origen mismo de la humanidad, del hombre en sociedad. Las deducciones anteriores permitieron vislumbrar al complejo nuclear de las neurosis como un evento "universal", el cual no solamente hace efecto en lo individual (en tanto que los deseos incestuosos al estrellarse con la cultura caen presos de la censura, favoreciendo y colaborando de esta manera en la constitución del inconsciente), sino también en el desarrollo de la sociedad que, bajo instancias religiosas y morales permiten el abandono, en buena medida, de la barbarie. Podríamos decir que a estas alturas es prácticamente posible manejar la idea de un Edipo transgeneracional con efectos estructurantes, sin embargo esta noción más bien continúa germinando, independientemente de que Freud la lleve a desarrollar.

Trabajos posteriores en los que Freud recupera y examina atentamente

el tema de la madre como primer objeto sexual, permiten destacar y desarrollar la manera en que las representaciones ético-culturales, instalan una barrera a las tendencias libidinosas del infante, de tal suerte que éste, como gratificación ante la renuncia del objeto inalcanzable (madre) accede a la cultura. Anteriormente se había señalado la especial relación que se establece entre el bebé y la madre. En tales circunstancias, el niño se vive en un estado de completud plena, de sobrestimación en la cual va captando, a partir del amor que se le tiene, una imagen de perfección narcisista. El bebé sería -según lo percibirá- lo mejor que le ha sucedido a los padres y no es para menos cuando se deposita en un hijo los sueños y deseos que ellos hubieran querido realizar. ¿De qué manera el niño sale de esta situación que sabemos, se torna prohibida, en un momento dado? Freud nos habla de un tipo de autoexilio en donde el mismo yo del niño pondría límites a ciertas pulsiones vía la represión. El yo (que se ha ido desarrollando y el cual almacena libido que puede ser enviada a ciertos objetos) va creando un "ideal" el cual es una fiel representación de lo perfecto y la excelencia, de tal suerte que, así como se apoderó de una imagen idealizada anteriormente, ante la amenaza de perder esa posición de "perfección" opta por construir un ideal que será la condición de la represión. Lo que provocaría la formación de un ideal en el yo es la llamada institución de la conciencia moral que, en un primer momento y vía los padres, marcó límites entre una satisfacción primera y total que se mantenía con el primer objeto de amor. Cabe señalar que el término "ideal del yo" está sujeto a ser confundido con el de superyó, sobre todo cuando se habla de censura represora. Si bien existen algunas características en el término que Freud le adjudica y que corresponden efectivamente a lo que hoy entendemos por ideal del yo, asimismo le otorga ciertos atributos que sólo más tarde serán exclusivos del superyó. Lo anterior reclama una cierta atención en términos de ver -más que una confusión- la génesis de dicha instancia psíquica y su importante papel dentro del Edipo.

Al trabajar sobre el origen de las perversiones -particularmente sobre el masoquismo- Freud aborda nuevamente el tema de la censura, de la represión del enamoramiento incestuoso que el niño vive para con sus padres. Freud ubica la perversión en la vida sexual infantil, especifi-

camente en el transcurso del acontecer edípico. La manera en que articula la perversión, el Edipo y la represión, es a través de ciertas fantasías de paliza que, además de acudir con cierta frecuencia a la conciencia, están investidas de cierto placer. Ya se ha comentado el vínculo que se establece entre el niño y sus padres; el niño mantiene un amor incondicional a la madre y la niña hacia su padre. La situación se torna placentera y maravillosa hasta que ciertas circunstancias rompen con tan deseado momento. Una de ellas tiene que ver con la llegada de un hermanito, el cual es considerado abiertamente como un intruso. La inesperada visita despierta en el niño odio y celos hacia el recién nacido, hostilidad que se verá reflejada precisamente en las fantasías de paliza que Freud dividirá en tres fases y en las que, además, encontrará diferencias importantes en el caso del niño y la niña. Tomando el caso de la niña, la primera fantasía tiene un matiz agresivo, en donde se advierte que "se pega a un niño". La significación de esta fantasía se podría tomar como "el padre le pega al niño odiado" y por tanto sigue amandome a mí. La segunda fantasía, que es la única que permanece reprimida y que se transforma vía la culpa en "yo soy golpeada por mi padre" se convierte en masoquista. Freud señala que en esta segunda fase, la fantasía se metamorfosea no sólo por la conciencia de culpa -no puedo ser amada por mi padre ni cohabitar sexualmente con él- sino también por el erotismo que dicho acto despierta y que tiene su origen en un retroceso en la organización pregenital sádico-anal:

"Cuando la represión afecta la organización genital recién alcanzada, no es la única consecuencia de ello que toda subrogación psíquica del amor incestuoso deviene o permanece inconciente, sino que se agrega esta otra: la organización genital misma experimenta un rebajamiento regresivo(...), y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas".

La última fase de esta fantasía en la niña es parecida a la primera. En ella se aprecia a un adulto, que puede ser el padre, que pega a un niño. La diferencia consistirá en que, en esta última fantasía, se suma una gran excitación sexual, esto es, si en la fase anterior el masoquismo se imponía, ahora la niña disfruta sádicamente de esa golpiza. Ahora bien, si acudimos a los cambios que se establecen en las fantasías del niño, tenemos lo siguiente. De entrada Freud señala que en el varoncito se ha topado con más dificultades para discernir la lógica de dichas fantasías. En la primera fase, el niño asume una actitud femenina a partir de concebir una fantasía pasiva: "Yo soy azotado por el padre". Vía la regresión, ese "ser azotado" se transformará en "ser amado", por lo que la fantasía inconsciente "Yo soy azotado por el padre" se reemplaza por "Yo soy amado por el padre". La última fantasía tiene por contenido "Yo soy golpeado por otras mujeres" que además, produce gran excitación sexual en el niño.

¿Qué resultados podríamos obtener a partir de dicho análisis? Freud concluye que la fantasía de ser golpeado por el padre -que se presenta en ambos sexos- nos habla de una relación incestuosa precisamente con él. Si nos ubicamos en el caso de la niña y consideramos lo que, hasta el momento a trabajado Freud sobre el Edipo, podemos pensar que una ligazón incestuosa con el padre es algo "normal". La niña pasa de una situación masoquista (pasiva) a una sádica para finalmente fantasearse como varoncito pero sin asumir una situación activa. En el niño, que se esperaría más un vínculo incestuoso con la madre, ocurre algo distinto. Las fantasías delatan en él una actitud femenina con respecto al padre, solamente en la última no hay una elección homosexual de objeto. Al respecto podríamos comentar que, el típico vínculo "padre-hija", "madre-hijo" que vulgarmente se maneja al hablar del Edipo, empieza a caer en desuso; paulatinamente Freud se ha dado cuenta de que, abordar el complejo de Edipo implica acercarse a un término que soporta una serie de relaciones complejas, enmarañadas, contradictorias, encubiertas que, inclusive él mismo todavía no llega a esclarecer del todo, y no es para menos. La importancia de haber trabajado con las fantasías de paliza, tiene que ver con la posibilidad de ir reforzando la idea de un Edipo negativo que se une dialécticamente con el positivo (18). Asimismo, el padre

-tan abandonado en ocasiones- comienza a figurar como un elemento importantísimo, sobre todo para evidenciar su papel en la entrada y salida del Edipo en la niña y el niño, respectivamente (figura 2).

Edipo: forma positiva o directa

— Deseo amoroso

- - - Deseo hostil



Edipo: forma negativa o indirecta

— Deseo amoroso

- - - Deseo hostil



figura 2

Antes de continuar, quisieramos hacer un señalamiento importante que tiene que ver con las últimas conclusiones que se han manejado hasta el momento y la presentación de la figura 2. Hablar del Edipo invertido o negativo (el cual todavía no se maneja como tal), tiene que ver con el aceptar que el niño no sólo dirige deseos hostiles hacia el padre, sino también deseos amorosos, ¿qué pasa en el caso de la madre?, ¿por qué Freud no habla de la hostilidad que el niño siente hacia la madre? Dicha ambivalencia más que obviarse se esquiva o tal vez se olvida o evita. En cuanto a la niña, aún no se trabaja la manera en que se separa de la madre para dirigirse al padre, ni tampoco la forma en que renuncia a la idea de ser un varoncito para ser una mujer. Planteamientos posteriores nos darán las respuestas.

Para concluir este primer período, vamos a incluir brevemente el efecto que dejó sobre lo edípico el descubrimiento de la pulsión de muerte. Al trabajar clínicamente, Freud dió cuenta de cierta dificultad en los pacientes para hacer concientes algunos pasajes pertenecientes al pasado y que, curiosamente, tenían que ver con el Edipo. Hemos visto que una parte importante de la vida sexual infantil es reprimida en tanto que choca con las exigencias ético-culturales. Siendo que la persona no puede conciliar el principio de placer y el de realidad, cae preso de la neurosis. En ella el sujeto, sin la posibilidad de percatarse, se ubica en un lugar en donde una y otra vez insiste en dar cuenta precisamente de aquello que en el fondo no desea recordar, esto es, se presenta la imposibilidad de acceder a una escucha que permita el reconocimiento de algún momento del pasado y que logre, como efecto, reconsiderar su vida actual y por tanto los conflictos no resueltos:

"...se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado".

(19)

El análisis sería precisamente el conducto mediante el cual el paciente,

al recordar lo reprimido, reconstruirá su historia de tal suerte que, al reflexionar sobre el pasado, tendría la posibilidad de acceder a un presente no tan contaminado, a una nueva vida que se reconcilia con esa parte anterior. Al abordar el principio del placer, Freud nos habla de las luchas que lleva a cabo la pulsión, en su esfuerzo por combatir y despistar a instancias psíquicas que evitan su destino placentero. Se trata de una lucha en donde vida y muerte compiten y en donde el más allá del placer tiene por favorita a esta última.

Continuando con los períodos que Perres trabaja para analizar diacrónicamente el complejo de Edipo, tenemos un segundo momento que contempla el lapso que va de 1921 a 1923. Se podría pensar que se trata de un período breve, sin embargo, los progresos y esclarecimientos que Freud realizó durante estos tres años aproximados en torno al Edipo, reflejan de manera clara un próspero trabajo, producto claro está, de un momento anterior que, evidentemente no dejó de reestructurarse.

La interesante innovación que Freud desarrolla durante este segundo período tiene que ver con un manejo más profundo en cuanto a las identificaciones. Por identificación se entiende:

"...la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona".

(20)

Los ejemplos que utiliza para referir este vínculo afectivo son, por una parte, una directa investidura sexual hacia la madre, primer objeto de amor en el bebé y una ligazón afectiva de ternura con el progenitor del mismo sexo, al cual se toma como modelo (21). La identificación tendría como característica el ser ambivalente, esto es, en cuanto al lazo afectivo con el primer objeto de amor, no sólo se haría presente la ternura sino también la idea de eliminar ese objeto. El niño -vía la incorporación- durante la fase oral, recupera cualidades que dicho objeto posee pero igualmente puede acabar con él por la misma vía al querer destruirlo. Tomando el segundo caso -el que correspondería a

la identificación secundaria-, el niño establece un vínculo tierno con el padre pero, en el momento en que se le aparece como un rival, la relación con éste se torna hostil. Las relaciones que se establecen a partir de las identificaciones se vuelven tan complicadas y a la vez tan insospechadas e inciertas que, las posibles explicaciones del orden de lo biológico para asegurar el vínculo madre-hijo, padre-hija, se transforman en enunciados ajenos e ineficaces para dar cuenta de la subjetividad en el hombre. No es lógico y natural que el niño ame a la madre y odie al padre, así tan inocentemente. Se trata más bien de un proceso sumamente complejo, que poco a poco va articulando más y más conceptos que le irán dando un soporte real. El grado de complejidad es tal que, al mirar el caso de la niña, Freud opta por darle la misma validez, esto es, acontece lo mismo en el niño y la niña, solamente se harían los cambios correspondientes. Si acudimos a las peripecias por las que pasa la niña, con un poco de calma, no podríamos dejar de preguntar ¿por qué no se maneja explícitamente a la madre como primer objeto en ella?, ¿cómo es que la niña toma por objeto al padre?, ¿en qué momento la madre representa un rival para la niña? Ciertamente es que, hablar de una identificación ambivalente, permite de algún modo responder a las preguntas, pero todavía no se arma en su totalidad el rompecabezas que nos dirá el cómo. Continuando con el desarrollo de dichos planteamientos, Freud señala que una cosa es identificarse con el objeto -se toma como modelo al otro para ser- y otra elegir al objeto -se quiere tener a ese objeto-. Esto quiere decir que, en esa relación triangular el niño por identificación, ama y odia a los progenitores al establecer una relación con ellos, además, es posible tomar a uno u otro como objeto sexual, lo cual a su vez quiere decir que, la interrelación que se realice entre los personajes involucrados, va a definir la identidad sexual de ese futuro niño o niña, según sea su caso. Lo anatómico-genital por tanto, será un aspecto a eliminar para indagar sobre la identidad sexual.

La compleja importancia que las identificaciones guardan dentro del devenir edípico, son tales, que permiten abordar la génesis de la homosexualidad. El caso es ejemplificado con un varón, lo cual deja en entredicho lo que suceda en la homosexualidad femenina. Al describir el caso, Freud resalta la especial relación que se crea entre madre e hijo durante

el complejo de Edipo. El vínculo que se establece es tal que, a la hora de renunciar a ese primer objeto sexual se opta por una vía distinta; en vez de abandonar a la madre se identifica con ella. La decisión que tome este varón, vía las identificaciones (inmersas en sus personales circunstancias), traerá como consecuencia el buscar objetos parecidos a los que su madre amaba; como el yo de este joven se configuró a imagen y semejanza de el de ella, el objeto a buscar será el mismo: un hombre.

Los hallazgos a los que Freud se enfrentaba al desempeñar su labor, le permitieron presenciar descubrimientos que poco a poco autorizaban una visión más transparente en el campo de la psique. Si tomamos en cuenta que cada interrogante resuelta reacomodaba directamente la obra freudiana, es posible asistir a los influjos que necesariamente dejaron los descubrimientos sobre el Edipo en la teoría psicoanalítica y su resultante correspondencia. Acceder a un entendimiento cada vez más genuino del Edipo permitió, a la vez, la creación de un nuevo bosquejo sobre la anatomía estructural de la psique y por tanto, la inherente concordancia entre ambos. Si acudimos a las teorizaciones en donde la identificación se trabajó todavía con más rigurosidad, encontramos la manera en que se juegan las entidades que conforman la estructura psíquica (ello, yo, superyó) en el devenir edípico. Ya hemos visto la trascendencia que dejó en el Edipo el manejo de las identificaciones. Aún cuando Freud distinguió entre identificarse con el objeto y elegir al objeto, solamente más tarde hizo explícita la manera en que dialécticamente se entrelaza la elección objetual y la identificación. Podríamos comentar al respecto que, se pierde el tiempo al querer indagar cuál de estos sucesos ocurre primero, siendo que se hacen simultáneamente presentes:

"Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación. Más tarde, lo único que puede suponerse es que las investiduras de objeto parten del ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades".

Este in-dividuo del que habla Freud, proyecto de un futuro sujeto, es todo ello en un principio, allí rige el principio del placer y las pulsiones aún no se han topado con barreras para alcanzar sus fines, empero, tampoco estos fines están definidos. El importante contacto con los otros, con los progenitores que están al tanto de las necesidades del bebé, permiten el nacimiento de una nueva instancia psíquica que poco a poco se hará cargo de organizar coherentemente los procesos anímicos. La manera en que este yo irá tomando una forma definida, tendrá que ver en parte importante, con las identificaciones que se instalen en la edad más temprana y las investiduras de objeto que al mismo tiempo se conformen. Freud llamará a esta identificación primera "identificación con el padre de la prehistoria personal", la cual se tendrá que entender como una identificación con los progenitores dado que el niño, durante ese tiempo, nada sabe de la diferencia sexual. Ahora bien, al mismo tiempo que ese bebé se identifica con dos historias correspondientes a los progenitores o sustitutos, a la par se está dando una investidura de objeto, elección objetal de apoyo y narcisista en donde se toma como objeto de amor a las personas encargadas de brindar alimento, protección y resguardo, personajes que por lo general serán los padres. Es a partir de esta atmosfera tan especial, donde el bebé se atrapa, que surgirán las identificaciones primarias-secundarias y en donde también se ofrecerá el prototipo de objeto sexual que el futuro niño o niña buscará, precisamente fuera del seno familiar, que es el lugar donde lo aprehendió. Ahora bien, ¿cómo es que un varoncito o una niña se perfilan hacia una identificación-padre o identificación-madre respectivamente?, ¿cómo es que se juegan las identificaciones y la influencia del objeto primordial en la definición de su identidad sexual? Al respecto Freud nos comenta que, no es nada fácil deducir los caminos que seguirán las identificaciones y los desenlaces que tendrán en la identidad sexual del niño. Ello se debe a la bisexualidad constitucional y a la constelación del Edipo, esto es, no se trata de un simple "quiero ser como papá para tener a mamá" o "quiero ser como mamá para tener a papá". Si a esto agregamos la situación tan ambigua en donde "los" progenitores posibilitan las identificaciones primarias y la elección del objeto primordial, podemos vislumbrar un proceso sumamente laborioso y complicado, tan

es así que, al describir esta influencia de la bisexualidad y la disposición triangular dentro de los procesos identificatorios, sigue obviando algunas cuestiones sobre todo en el caso de la niña. En cuanto al niño varón comenta lo siguiente: durante la primera infancia el niño toma al pecho como primer objeto sexual. Los cuidados y satisfacciones que se proporcionan al bebé le ofrecen -vía la nutrición- la posibilidad de tomar a la madre como objeto de amor. Podríamos decir que, la elección de objeto se perfila hacia la madre y no al padre por la pulsión de nutrición que su pecho le brinda, sin embargo, cuando Freud señala a la madre como la persona que protege a su hijo agrega el término madre o "sustituta" lo cual quiere decir que lo importante no es la persona sino lo que esa persona hace y la manera en que lo transmite. En tal caso, el padre podría aparecer como una especie de primer objeto (por así decirlo) ofreciendo al bebé el biberón, pero éste no es manejado explícitamente por Freud. Ahora bien, en cuanto al vínculo que el varoncito establece con el padre, tenemos que se identifica con él. Siendo que el padre, asimismo, representa una figura importante para el niño en tanto que lo protege y lo ama, se inaugura con él una relación afectiva importante. El vínculo con los progenitores toma un giro distinto cuando el niño tiene que abandonar a su primer objeto de amor. El someterse a esa pérdida no resulta ser algo sencillo para el niño, y es -en este abandono y resignación de un amor que lo llenaba de satisfacción- que se embarca hacia las comarcas del complejo de Edipo. El niño no emprende la retirada tan fácilmente con respecto a su objeto de amor; ante tal infortunio, busca defender a toda costa ese amor pleno y absoluto. La manera en que se advierte su lucha, tiene que ver con la actitud ambivalente con respecto al padre. Lo ama, claro está, pero ese amor que le tiene se metamorfosea en odio si se interpone entre él y la madre. La situación se complica todavía más cuando la bisexualidad inherente al ser humano interviene en el devenir edípico:

"...el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente,

como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre".

(23)

Si tomamos en cuenta, no solamente la ambivalencia que se crea en torno a la rivalidad, sino también la ambivalencia en la que se juega el niño debida a la bisexualidad, nos encontramos por tanto con un niño que todavía no reafirma su masculinidad y que, dadas sus circunstancias, podría salir del Edipo reforzando un carácter masculino o, por qué no, uno femenino. Freud comenta que, si nos quedamos con la simple idea de que el niño ama a la madre y su relación con el padre cambia de una actitud ambivalente a una identificación en donde reforzará su masculinidad, estaríamos acudiendo solamente al contenido del complejo de Edipo positivo. Si a esta concepción agregamos los efectos que la bisexualidad crea en la situación edípica, asistiríamos a lo que Freud llama "complejo de Edipo completo" (figura 3), en el cual el Edipo positivo y negativo serían uno. Si acudimos a esta figura, podemos observar el despliegue de cuatro tendencias identificatorias que, en el transcurso del Edipo, se dirigen a los progenitores. Tendríamos que agregar a este contexto las disposiciones masculinas y femeninas del niño o la niña. Bajo esta lógica, la relación del hijo (a) con los padres tomará un matiz diverso y heterogéneo a la vez que incierto en tanto que, no es posible predeterminar lo que se esté resolviendo en dicha relación. En los momentos en que se ingresa al desenlace de la situación edípica, las cuatro tendencias identificatorias allí reunidas se asocian de tal manera que se originan dos tipos de identificación: una identificación con el padre y una identificación con la madre. El que un niño o niña asuman o se apropien de alguna de estas dos identificaciones, tendrá que ver por una parte, de la intensidad que éstas hayan creado en ese devenir y la manera en que estas identificaciones se concilien con la disposición masculina-femenina que todo niño y niña poseen:

Edipo completo en el niño

- Fijación en la madre
- - - Hostilidad hacia el padre
- Ternura femenina hacia el padre
- - - Hostilidad y celos hacia la madre

Edipo completo en la niña

- Fijación en el padre
- - - Hostilidad hacia la madre
- Ternura masculina hacia la madre
- - - Hostilidad y celos hacia el padre



figura 3

"En la diversa intensidad con que se acuñen sendas identificaciones se espejará la desigualdad de ambas disposiciones sexuales".

(24)

Acceder a la identidad sexual por tanto, no es algo que se obvie a partir de lo anatómico. Tampoco se trata, como lo hemos visto, de un itinerario feliz y dichoso. El niño ingresa a una situación ambigua en tanto que establece relaciones distintas y diversas con los padres y además, desde un lugar en el que es dos personas distintas a la vez. Al transitar por este sendero insospechado, el niño se resuelve ya sea por una elección de objeto "normal" en donde resigna y abandona al progenitor del sexo opuesto e intensifica la identificación con el progenitor del mismo sexo, o por el contrario, el desenlace puede dar un giro tal que, en vez de permutar el objeto amado por otro, se toma a éste como modelo para identificarse; de allí la homosexualidad. Si ahora nos detenemos a ver cómo el yo nuevamente se ha transformado, a raíz de las identificaciones resultantes del desenlace edípico, tenemos la génesis del superyó, manejado también como ideal del yo por Freud (25). El superyó, por tanto, viene a ser una modificación del yo, y si consideramos que éste último es un sector diferenciado del ello, es posible observar la interdependencia que se crea entre las tres instancias psíquicas. El ello, reservorio de energía proveniente de las pulsiones, paraje en donde la contradicción pulsional tiene lugar, es la instancia en donde el yo tiene su génesis a partir de la influencia del mundo exterior. El yo, ante la difícil tarea de conciliar las demandas de dos mundos tan diferentes, las de un mundo interno y otro externo, busca algunas alternativas como por ejemplo el imponerse como objeto de amor frente al ello y así intenta remendar la pérdida de ese primer amor incestuoso. Esta forma de resignar las metas sexuales, sin embargo, no podrá borrar los efectos de las primeras identificaciones y paradójicamente, los límites y barreras cimentadas hacia estos deseos prohibidos encontrarán lugar en una parte del yo que tomará el nuevo apelativo de superyó. En esta nueva instancia, llamada también ideal del yo, se

encontrarán las identificaciones y elecciones de objeto primeras, en ella se han interiorizado las exigencias y prohibiciones parentales que ahora son las que dominan al yo:

"Empero, el superyó no es simplemente un residuo de las primeras elecciones de objeto del ello, sino que tiene también la significatividad de una enérgica formación reactiva frente a ellas. Su vínculo con el yo no se agota en la advertencia: "Así (como el padre) debes ser", sino que comprende también la prohibición: "Así (como el padre) no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas".

(26)

A diferencia del primer período trabajado, en donde el complejo de Edipo se descubre peligrosamente sencillo e inocentemente frágil, asistimos a este segundo momento en que advertimos la complejidad de los mecanismos que estructuran psíquicamente al sujeto: investiduras de objeto, procesos identificatorios, ambivalencia, conciencia moral o culpa, etc. Al parecer, ya no se sostiene la idea de aquel Edipo "simplón" que en ocasiones se maneja.

Para finalizar con el desarrollo diacrónico propuesto, tenemos un tercer período que incluye también el año de 1923 y que se extiende hasta las últimas teorizaciones freudianas, esto es, hacia 1938.

Durante dicho intervalo, Freud regresa a las elaboraciones en donde manejó la sexualidad -tanto infantil como adulta- y desde allí parte para reconsiderar y reestructurar de manera conciliatoria, parte de su obra. Los hallazgos que en su devenir teórico-práctico se iban presentando, a veces violentamente, otras veces con un tono sereno, ofrecen la posibilidad de mirar hacia atrás y así innovar, modificar y/o desarrollar sus planteamientos. Tal es el caso de lo que manejó en torno a la unificación de las pulsiones parciales y su respectiva subordinación al primado de los genitales. Bajo este contexto, Freud anteriormente

hablaba de una cierta diferencia que se vislumbraba entre la sexualidad del niño y la del adulto: mientras en el adulto podemos ya discernir una primacía genital, en el infante no se da tal preeminencia o se observa de manera incompleta. La relectura que hace Freud sobre dichos planteamientos, permiten descubrir en el niño un momento muy particular, en donde el interés por el genital masculino y su respectiva función le absorbe y reclama parte importante de su tiempo (27). Pensaríamos por tanto, que allí en la infancia se juega, sí, lo genital, pero a la vez lo genital como plataforma de algo que va más allá de lo anatómico y que tiene que ver con el falo:

"El carácter principal de esta "organización genital infantil" es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo".

(28)

Aún cuando este inaugural hallazgo, el de la fase fálica, reacomoda partes importantes dentro de los planteamientos edípico-psicoanalíticos, Freud asevera que poco se sabe de lo que esta explícita fase fálica reanime en la niña. En lo que respecta al varoncito, el mundo de lo animado e inanimado se concibe con un pene como el suyo, del cual se desprenden sensaciones placenteras. Dichas sensaciones, motivadas por la pulsión de investigación, posibilitan el considerar a dicha parte del cuerpo como algo sumamente valioso. Su vida transcurre sin contratiempos hasta que, inevitablemente, al contemplar los genitales femeninos, infiere que a estas personas más que faltarles el pene lo conservan pero, seguramente es tan pequeño que a simple vista es difícil apreciarlo. Las esperanzas de tales concepciones se ven minadas con el tiempo y finalmente, tras una serie de hechos que confrontan al infante con una realidad anatómica, se cae en la cuenta de aceptar que la falta de pene

en ciertas personas se debe a la castración (29). El descubrimiento de la castración sin embargo, no se toma a la ligera y menos cuando el varoncito supone que dicho acto, violento y cruel, es la consumación de una amenaza que los adultos anuncian ante las actividades masturbatorias y en general exploratorias de los genitales. Siendo así, la falta de pene se asocia a ciertas mujeres que, como él, han caído en esa misma penosa necesidad, de tal suerte que, mujeres como su madre que ante sus ojos confirman una vida exenta de tales infortunios, conservan por suerte su pene tal cual. En el transcurso de estas indagaciones infantiles y específicamente cuando el niño se encuentra en el intento de explicarse el cómo nacen los bebés, la madre deja de aparecer como la portadora de un pene y, paradójicamente, dicha ausencia no le confirma un obvio genital femenino. Esto se debe a que el varoncito parte de la idea de concebir el alumbramiento, no precisamente por una vía vaginal, sino una anal. Así, los niños se gestan en el vientre y la senda por la cual atraviezan para asomarse al mundo es por el ano. El momento en el que el niño tendrá conocimiento de la vagina se ubicará, aproximadamente, cuando ingrese a la pubertad, cuando la oposición masculino-femenino asista ya, con plenitud, en su vida sexual:

"En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre activo y pasivo es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: genital masculino, o castrado. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad".

(30)

Al desarrollar las peripecias que vive el niño durante la fase fálica,

Freud abre la posibilidad de ir articulando con mayor detenimiento, el importante papel que desempeña el complejo de castración dentro del Edipo. Podríamos decir que el desarrollo de la fase fálica sirve, en estos momentos, para ubicar su génesis. Anteriormente el concepto se había manejado únicamente para señalar la importante huella que deja sobre el narcisismo, además, cuando se habla de la amenaza de castración que vive el niño, no se puntualiza sobre el origen de la angustia de castración, ni tampoco se hace explícita la intervención por parte del padre como autoridad que estropea el estrecho vínculo que se daba entre el hijo y la madre.

En el momento en que Freud indaga sobre las causas que orillan al niño a una renuncia de sus deseos edípicos, el concepto de "complejo de castración" cobrará una nueva y trascendental importancia dentro del Edipo. Tan es así que, el devenir edípico en la mujer encontrará su muy particular diferencia. Ya hemos visto que para el niño, la relación amorosa con los progenitores no está decorada de color rosa en exclusividad, ni la felicidad se establece allí permanentemente. Su amor intenso a la vez que endeble y frágil, va sufriendo decepciones y desengaños al transcurrir sus días. La situación del varoncito toma un giro diferente cuando, ante la diferencia anatómica, cobra efecto aquella amenaza de castración. Aquellos reproches que los progenitores dirigieron al niño cuando éste se entretenía descaradamente con su genital, se asumen -vía el efecto de posterioridad- con una fría seriedad. Se presenta ante él una encrucijada, inesperada por cierto, en donde tendrá que elegir la vereda que más le convenga, es decir, conservar o no su pene. Así, el varoncito sale del Edipo cuando el complejo de castración hace acto de presencia, optando por conservar su pene a fuerza de ser un exiliado del amor. Tal renuncia ya hemos visto, no es sencilla, el niño abandona al encontrarse en el Edipo, dos formas de satisfacción, una activa y otra pasiva: en la primera podría acceder al lugar que ocupa el padre para así concretar su estancia con la madre o también, asumir una alternativa pasiva en la cual, la identificación con el padre es tal que se desea parecerse a la madre, y así, tener al padre como objeto. En el momento en que la fantasía de castración se instale en el Edipo, tales satisfacciones se transformarán en una agresión para él, en tanto

que, en la primera situación, el padre al ser un poderoso contendiente, podría despojarlo de su pene. En el segundo caso, al aceptar una situación pasiva, su pene dejaría de ocupar el valor que anteriormente tenía. Ante tal disyuntiva, la de consumir su amor o conservar el pene, el varoncito, solitario de amor, soñador insatisfecho, podría elegir el proteger su valioso miembro:

"Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo".

(31)

Admitir lo imposible de amor en los progenitores, implica como gratificación el poseer más que un genital, esto es, la posibilidad de ser un hombre. Bajo este contexto, el superyó -en cuyo núcleo se encuentra introyectada la autoridad del padre a través del yo- germinará de los restos que el complejo de Edipo dejó a su paso. Se hablará de una consumación o sepultamiento del Edipo "ideal", cuando las consecuencias que el complejo de castración fundó en la subjetividad del niño, permitan una represión en el Edipo; sin embargo, esta idealización difícilmente conservará ese estatuto dado que es imposible -en estos casos- asegurar y sostener desenlaces que por pertenecer al orden de lo humano, aseguren una fría "normalidad".

Como ya hemos visto, el contemplar una fase fálica dentro del desarrollo psicosexual, permite asegurar los estrechos vínculos que se crean entre complejo de Edipo-castración-superyó, trinomio indisoluble en tanto que es inevitable referir a uno de estos términos sin que los otros dos se hagan presentes. Además -como ya mencionábamos-, una importantísima conclusión que se suma a dichas articulaciones resulta ser la oportuni-

dad de distinguir un transitar por el Edipo especialmente desigual en el caso de la niña. Aquel paralelismo que compartían ambos sexos en cuanto a su recorrido por los senderos edípicos, finalmente se presenta impropio e inadecuado. Cuando la niña atravieza por la fase fálica y percibe la diferencia anatómica, da cuenta de un pene; este mismo descubrimiento la hace dirigir su atención al clítoris, que disfraza de pene pequeño, abrazando la idea de que éste crecerá con el tiempo. Siendo que el transcurso de los días en nada le aseguran su desarrollo, se ve envuelta en una inferioridad que compensa con la idea de llegar a ser grande para así, poseer un miembro tan pleno como los demás. La fase fálica en la niña se vive, por tanto, como una añoranza que se mezcla con la envidia, ansia de tener eso que le falta. En esos momentos, la vagina hace ausencia con su presencia, esto es, no se garantiza su obvio descubrimiento por el hecho de no poseer un pene. No hay vagina, hay una falta. Otras personas como por ejemplo su madre, y en sí toda mujer, se conciben a diferencia de ella, con un miembro íntegro. Este tipo de circunstancias motivan a la niña a identificarse con los varones, o más específicamente con todas aquellas personas que no estén en falta, en la fantasía de tener lo que ellos. La imposibilidad de aceptación en cuanto a la castración por parte de la niña, esto es, la negativa de saberse sin pene, la podrían orillar a una serie de consecuencias que se encaminarían todas ellas a estropear el desarrollo de la feminidad. Un primer desenlace sería el de sobreponerse a la idea de carecer de pene y por tanto alentar la noción de la universalidad fálica. Podría también suceder que esa envidia al pene se vea reanimada vía los celos o que la niña denuncie a la madre como la culpable de su carencia. Esto último vendría a motivar una alteración en esa relación madre-hija, de tal suerte que los vínculos tiernos dirigidos a la madre, se verían afectados al grado de establecerse una fuerte relación con el padre, la cual originaría una identificación-padre que podría limitar la posibilidad de advenir como mujer. Solamente cuando la niña acepta la diferencia anatómica de los sexos, cae en un desencanto que le habla de una lucha en vano, optando por aceptarse en falta. Es precisamente en esta aceptación de la castración donde se pone en marcha el complejo de Edipo en la niña. Aquel vínculo tierno que se creó entre madre e hija se ve in-

terrumpido cuando esta última se sabe sin pene y hace a la madre responsable de tal infortunio. Si se le ha privado de algo tan preciado quizá alguien más pueda brindárselo. Así, la niña ocupa una nueva posición y mira al padre como nuevo objeto de amor. En esta nueva relación, en donde la madre se torna como un rival, se metamorfosea el deseo del pene (equivalencias simbólicas) por el de un hijo, sin embargo, la niña suma una nueva decepción a su vida cuando da por hecho que el padre tampoco podrá complacerla, optando más adelante por buscar ese hijo en otro hombre. En lo que respecta al superyó femenino, tenemos igualmente una formación particular. Siendo que el complejo de castración precede y prepara la situación edípica, se carece en el caso de la niña, de una causa o móvil parecida a la castración misma para que el Edipo finalice. Si en el niño, el sepultamiento edípico se vive con una severidad importante, en la niña se trata de un proceso que se marchita gradualmente. Lo anterior implica que el Edipo en este caso es una "formación secundaria", y la forma de concluirlo puede no ser tan precipitadamente violenta, es decir, la niña se aleja poco a poco, al salir del Edipo lo hace "deseando", queriendo ofrecer un hijo al padre que finalmente no le dará nunca:

"Uno titubea al decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón".

(32)

La posibilidad de profundizar en la sexualidad de la mujer, que en algún momento Freud llegó a referir como un continente obscuro en tanto que se le presentaba como enigmático, lo conduce a esclarecer y puntualizar

un momento anterior al complejo de Edipo en la niña. Se hablará particularmente de la niña en tanto que, la fase preedípica en el varoncito ya se había ido trabajando, aún cuando Freud no la designaba como tal. Si partimos de la idea de que, tanto para el niño como para la niña, la madre juega el papel de primer objeto de amor, ¿cómo es que la niña abandona a ésta para dirigirse al padre? Al ubicar la fase preedípica en la niña, se observa una importante y exclusiva relación dual entre madre e hija, complicidad narcisística que recuerda aquella relación plena durante el embarazo:

"El amor infantil es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades".

(33)

En vista de que, la demanda de un amor absoluto, de un amor colmado de placer y deleite se transforme en algo incierto y efímero, en algo que la vida en su devenir convierte en pasajero y fugaz, dicha relación ideal de amor va sufriendo y experimentando en carne propia desilusiones importantes. Entre otras podríamos señalar los celos que, rivales como los hermanos, el padre mismo y otras personas pueden motivar en la niña. Poco a poco se entreve que además de ella y la madre existen otras personas que establecen vínculos con la progenitora, y por qué no con ella misma. Además de no ser lo más importante para la madre, tenemos que ese amor incondicional carece de una meta, ¿hacia dónde se dirige tanto amor?, ¿qué hacer con un amor improductivo? La oscilación ambivalente entre ese amor pleno y a la vez la desesperanza de que ese afecto tan colmado está destinado al fracaso en tanto irrealizable, orilla a la niña a tomar una actitud hostil en cuanto a la madre. Aunado a este acontecer, se suman dos momentos que refuerzan la hostilidad con respecto al primer objeto. Uno de ellos se hace presente cuando la niña recibe los típicos cuidados que merece a su edad, es decir, acuden hacia ella una serie de atenciones en las que se juega un contacto rotundo y directo con la madre que posibilita el descubrimiento de zonas sencibles al

placer. En vista de que la atención hacia su cuerpo proviene de ese ser amado, se transfigura dicha relación de tal suerte que la madre aparece como seductora. Así, al transitar por la fase fálica, la niña da cuenta de un pequeño órgano, el clítoris, con el cual llevará a cabo actividades masturbatorias y exploratorias. Se iniciará aquí el conflicto cuando la madre prohíba dicho proceder: ¿por qué prohibir algo que, en su fantasear, la niña cree consintió y propició la misma madre?, ¿no fue ella la que le abrió las puertas al descubrimiento de tales placeres? En medio de este conflicto, la niña puede asumir una actitud activa e insistir en la masturbación clitoridea y de esa manera, acudir a una posición masculina. Otro de los momentos que tornan frágil la estrecha relación madre-hija es sin duda la presencia del complejo de castración. Cuando la niña percibe la falta de pene, cuando descubre esa inferioridad orgánica, puede asumir una de varias direcciones: ya sea que tal infortunio le afecte de tal manera que renuncie a la vida sexual; que caprichosamente se obstine en la idea de poseer un pene, o bien, desprenderse poco a poco de esa situación para acercarse a la feminidad. El reproche que la niña dirige hacia la madre por negarle un genital masculino nos ubica ya en el desenlace de la situación preedípica, momento durante el cual las aspiraciones sexuales activas (por ejemplo el quehacer masturbatorio en el clítoris) ceden lugar a sus contrarias, a las de tipo pasivo. Siendo que las aspiraciones sexuales activas se van deteriorando en tanto que sus metas son improbables e inviábiles, las aspiraciones pasivas que no han sido afectadas vía la frustración, van ganando poco a poco terreno, de tal manera que propician el encuentro con el padre, momento gracias al cual la niña ingresará al desarrollo de la feminidad. Así, la niña además de realizar un cambio de objeto -ir de la madre hacia el padre-, abandona el clítoris como zona rectora para descubrir la vagina. Lo anterior permite, además, señalar una característica exclusiva en la sexualidad femenina, peculiaridad que tiene que ver con una mayor nitidez en la bisexualidad. Al contar con dos órganos genésicos, el clítoris que se disfraza de pene y la vagina, su vida sexual se apoya en un período con carácter masculino -que precede a la fase genital- y uno de carácter femenino. En un momento, posterior, sin embargo, este par de órganos podrán oscilar de tal suerte

que el clítoris continúe como zona susceptible de ofrecer placer.

El desarrollo de los planteamientos preedípicos en el caso de la niña, no sólo esclarecen aspectos importantes en la sexualidad femenina. De igual manera se enriquecen las teorizaciones en torno al complejo de Edipo. Al puntualizar sobre lo preedípico, Freud aprovecha para invalidar -dentro de sus planteamientos- la utilización del término "complejo de Electra", manejado por Jung. Al respecto comenta que:

"...acertamos rechazando la designación "complejo de Electra" que pretende destacar la analogía en la conducta de ambos sexos".

(34)

A estas alturas, tanto en la fase preedípica como la situación edípica misma, se vislumbran momentos diferentes en el caso del niño y la niña. Por tanto, carece de importancia el buscar una designación particular en el caso de la niña. La utilización del término complejo de Electra, que podríamos pensar refiere a un personaje distinto -y por tanto le pasa algo particular-, no indica en lo absoluto un devenir diferente en el Edipo de la niña. Jung utilizaba dicho término para referir la existencia de una simetría edípica en ambos sexos que, sin embargo, a la luz de los planteamientos freudianos resulta ajeno e impropio. Independientemente de que Freud siga, en cierto modo, aterrizando su atención en el niño (a) dentro de la situación edípica, al hablar del complejo de Edipo no lo asocia exclusivamente al niño varón. Al señalar "el complejo de Edipo" no hay ventajas sexuales, en él se muestra un devenir singular que incluye por igual a ambos sexos. Si agregamos que, es precisamente en el desenlace edípico que se asume una identidad sexual, notamos que de nada sirve hablar del complejo de Electra.

Otro de los puntos que Freud desarrolla a raíz de trabajar lo preedípico, tiene que ver con los efectos y secuelas que ésta fase deja en lo "estrictamente" edípico:

"...la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla".

(35)

Podríamos suponer que el abordaje realizado a la fase preedípica cobra mayor importancia frente al complejo de Edipo. De hecho, ante tales desarrollos, surgen una serie de líneas que dejan en un segundo plano a lo edípico: ya sea destacando la relación madre-hijo (a) como "relación dual exclusiva", o también, subrayando la idea de un Edipo "precoz", el cual dejará serios problemas para pensar y ubicar la fase preedípica. Quizá la pregunta obligada sería ¿cómo delimitar lo preedípico y lo edípico?, ¿habrá que circunscribir estos dos momentos para ver cuál es el más importante? Sin duda Freud tropezó con este tipo de cuestionamientos, y las conclusiones a las que llegó no cambiaron su idea de ver al Edipo como el complejo nuclear de las neurosis, ni tampoco considerar a la fase preedípica como un desarrollo menos importante. En principio podríamos decir que no es fácil delimitar estos dos momentos, no se trata de etapas que una vez "superadas" permiten el acceso a un nuevo período. Más bien lo preedípico y lo edípico llegan a oscilar, existen fluctuaciones que nos hablan de su complejidad y de lo desfavorable que sería el entretenerse en la idea de pensarlos como momentos aislados. Para ejemplificar esta complicada situación, Freud nos pone alertas en cuanto al papel que desempeña el padre en la fase preedípica:

"...la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, en el curso de esa fase el padre

no es para la niña mucho más que un rival fastidioso...".

(36)

La cita anterior nos advierte de alguna manera en que, en el caso de la niña, es difícil distinguir la fase preedípica del tránsito por el Edipo negativo. Esto quiere decir que no es nada sencillo señalar una fase preedípica, en la cual, se de una relación dual madre-hijo (a) en "exclusividad", por tanto, lo preedípico y lo edípico reclaman por igual nuestro interés, y esto no implica que las elaboraciones edípicas pierdan los méritos que gradualmente han obtenido.

En posteriores trabajos realizados por Freud, los desarrollos en torno al complejo de Edipo continuaron haciendo acto de presencia. En principio podríamos decir que, gracias a los progresos realizados en la fase fálica, se sitúa cronológicamente la "intensidad" del Edipo, esto es, entre los tres y cinco años de edad. No está de más señalar, sin embargo, que no se percibe una gran necesidad por parte de Freud para puntualizar y precisar dicho período, recordemos que permaneció incierto durante un tiempo importante.

Continuando con la fase fálica y los esclarecimientos alrededor de la sexualidad femenina, Freud comienza a utilizar el término "madre fálica" para referirse a esa madre portadora de un pene, persona admirada por el hijo (a) en tanto se le mira como perfecta, única, maravillosa... Quizá, el hablar de esa madre fálica implicaba la posibilidad de desarrollos posteriores en donde, el falo, llegaría a inaugurar un evidente estallido en la típica triangulación manejada sobre todo en un inicio, dando así paso a una estructuración edípica en donde el falo circularía entre los protagonistas del Edipo, y a partir de su movimiento, los quehaceres de los personajes inmersos en ella se establecerían.

Los hallazgos realizados en el campo de la sexualidad femenina fueron tan prósperos y enriquecedores, que Freud señaló "algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura", dentro de las cuales menciona los efectos que el nacimiento de un hijo varón puede dejar en la madre y en consecuencia, dentro de su matrimonio. En vista de que la niña no logra resolver del todo la falta de pene, esta incompletud la acompaña

a lo largo de su vida, de tal suerte que la llegada de un hijo vendría a simbolizar esa completud que añoraba. Resulta curioso mencionar que los comentarios que Freud señala al respecto se acompañan de una deducción que manejó inclusive en años anteriores: la idea de concebir la relación madre-hijo como la más sublime...

"Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad".

(37)

La cita anterior, además de puntualizar sobre esa relación madre-hijo que Freud manejó como exenta de hostilidad -aún cuando el Edipo completo tocaba la ambivalencia amor-odio a "los" progenitores-, recupera de manera interesante las resonancias que el Edipo siembra generacionalmente. Al ubicar a esta mujer, en su relación de pareja y como madre, toma en cuenta las consecuencias de su transitar edípico, esto es, la atención que generalmente se pone en el Edipo del niño (a) con exclusividad, trasciende a una generación más -aunque sea superficialmente-, involucrando así los efectos y ecos que el Edipo vivido por esa madre van a dejar en el Edipo de ese hijo. Ciertamente Freud no desarrolla explícitamente los ecos que un Edipo funda sobre otro, a través de un complicado proceso de interrelaciones, pero los descubrimientos a los que se va acercando, irremediamente lo van empujando a nuevas conquistas, aún cuando él mismo no esté preparado para desplegar tales alcances.

La instancia psíquica superó, también alcanzó nuevos progresos en las últimas elaboraciones psicoanalíticas. Se había mencionado que éste es el heredero del complejo de Edipo: el niño renuncia a la satisfacción de sus deseos incestuosos vía la autoridad parental, transformando las

investiduras de objeto prohibidas en identificaciones. Podríamos decir que, en un primer momento, la autoridad parental corre por parte de los progenitores; siendo que el niño no conoce límites y escrúpulos, surge una angustia al entrar en conflicto con amenazas y sanciones que le ponen un tope a su proceder. Así, el yo de ese niño va asimilando características de un yo ajeno de tal suerte que, por identificación, lo incorpora en su interior. En el transcurso de los días, este poder externo paulatinamente se va transformando en un poder interno, surgiendo así el superyó, el cual será ahora el encargado de sancionar, observar y amenazar al yo. Si antes los padres tenían que marcar ciertas prohibiciones, el legítimo heredero de la instancia parental será ahora el encargado de hacerlo. El superyó, llamado también "el abogado del afán de perfección" por Freud, va absorbiendo los influjos de otras personas que de alguna manera también señalan límites y que, además, se presentan como figuras ideales a seguir. Esto quiere decir que el superyó, al alejarse cada vez más de los límites que en un principio levantaron las imagos parentales, se va transformando en una instancia "impersonal":

"Así, el superyó del niño no se edifica en verdad según el modelo de sus progenitores, sino según el superyó de ellos; se llena con el mismo contenido, deviene portador de la tradición, de todas las valoraciones perdurables que se han reproducido por este camino a lo largo de las generaciones".

(38)

De esta manera, el superyó tiene que ver con una constelación estructural en la cual se condensan un abanico inagotable de figuras, tradiciones y valores encaminados a delimitar los rumbos humanos y culturales. Lo anterior también implica que, aún cuando el niño cuente con padres estrictos y rígidos, la aparición de un superyó igualmente severo no será necesariamente un resultado lógico. Señalando ahora las funciones que el superyó concede -y que ponen en aprietos al yo-, tenemos la observa-

ción de sí, la conciencia moral y la función del ideal. Lo anterior permite por fin establecer una clara diferencia entre superyó e ideal del yo: éste último se incluye dentro del superyó, además, el yo se subordina al superyó por miedo al castigo, mientras que se disciplina al ideal del yo por amor.

Un aspecto más que sale a colación y que tiene que ver con el superyó, refiere a la manera en que "supuestamente" concluye el Edipo. Las últimas elaboraciones realizadas por Freud, lo llevaron finalmente a pensar en un sepultamiento del Edipo incompleto y parcial, dado que ni el niño ni la niña, resuelven del todo la amenaza de castración. Se concluye que no hay un sepultamiento total ni un fin, dado que las exigencias pulsionales rechazadas -reprimidas- en el devenir edípico se ven reanimadas en otros momentos de la vida. El superyó es vulnerado en cuanto a su fuerza porque, en el caso de la mujer, de manera inconsciente persiste la idea de poseer un pene; en cuanto al hombre, perdura el juicio en el cual una actitud pasiva implica a la castración, de tal suerte que dicha actitud difícilmente se quiere asumir. Complejo de masculinidad y angustia de castración estarían presentes de manera inconsciente en la mujer y el hombre respectivamente, aunque el Edipo se haya "sepultado".

Para finalizar con este recorrido diacrónico, acudiremos a un breve escrito publicado en julio de 1938, catorce meses antes de que Freud muriera. Dicho apartado refiere lo siguiente:

"'Tener' y 'ser' en el niño. El niño tiende a expresar el vínculo de objeto mediante la identificación: "Yo soy el objeto". El "tener" es posterior, vuelve de contra-choque al "ser" tras la pérdida del objeto. "El pecho es un pedazo mío, yo soy el pecho". Luego, sólo: "Yo lo tengo, es decir, yo no lo soy..."".

(39)

Ciertamente Freud hace mención del "ser" y el "tener" en trabajos anteriores. En una de sus "Nuevas conferencias de introducción al psico-

análisis" incluye este par de términos al realizar algunas anotaciones sobre el superyó (40). Destaca allí la importancia de la identificación como base para trasmudar el vínculo parental en la instancia superyoica. En breve, comenta sobre la "identificación" como una importante oportunidad para establecer lazos con los otros, momento que habría que diferenciar de la "elección" de objeto en donde el yo no sufre alteraciones. Los vínculos que se establecen entre estos dos procesos son, sin embargo tan estrechos, que ante la pérdida del objeto, el yo podría "retenerlo" nuevamente al identificarse con él.

Esta breve reflexión freudiana, aunque a simple vista se nos podría presentar como obvia o quizá repetitiva, representa empero un tipo de refugio o morada que dará vida a nuevos desarrollos sobre el complejo de Edipo. Si ubicamos este pequeño escrito sobre el "ser" y el "tener" con las últimas elaboraciones edípicas, quizá podríamos decir que se vislumbraba en Freud una importante concepción en la cual, el complejo de Edipo disfrutaría de una evidente lógica estructurante. A lo largo del recorrido propuesto, hemos sido testigos del paulatino envejecimiento por el cual pasó la llamada "triangulación edípica". Se oxidó prematuramente en tanto que Freud insistió en privilegiar la situación del niño. Aún así y a pesar de el mismo Freud, el quimérico triángulo se desborda -dada su compleja naturaleza- para dar paso a una inmensa y complicada articulación de interrelaciones, que seguramente escaparon en parte, de los horizontes freudianos. No se trata de un escapar como sinónimo de huir, sino más bien de algo que se dispersa, de un momento tan fuera de su alcance que fue difícil de aprehender en su conjunto. El tiempo, villano que irrumpe e interrumpe, puso un límite al dinamismo de Freud. Pensamos que en sus últimos escritos, Freud no concluye, más bien se encuentra con nuevas preguntas y por tanto con otras problemáticas que personalmente no pudo desarrollar. Por fortuna otros teóricos, pendientes y comprometidos con su obra, lograron recuperarla para así, desplegarse en las rutas que el mismo Freud dejó abiertas para ser inauguradas.

IV. EL EDIPO ESTRUCTURA EN LACAN

"Lacan retoma al texto freudiano, con recursos provenientes de la lingüística, la antropología estructural y la lógica simbólica. Con estos medios de producción teóricos reelabora el discurso freudiano intentando una formalización más rigurosa; la lingüística es utilizada no tanto como un instrumento de la técnica psicoanalítica sino como profundización de la metapsicología freudiana. Lacan, igual que Freud, asigna al concepto de complejo de Edipo un lugar fundamental en su sistema teórico".

B. HORNSTEIN *

Hablar del retorno a la obra freudiana significa emprender una tarea arriesgada, en tanto que no se trata de repetir, de hacer una copia fiel, sino de realizar una relectura que posibilite desarrollos posteriores, que permita recuperar las interrogantes que se quedaron habitando al interior de dichas producciones.

Podríamos decir que, dentro de las nuevas conceptualizaciones en torno al psicoanálisis, la más representativa se ubica en las elaboraciones realizadas por Jacques Lacan. Desde un particular punto de vista, que evita deformar la esencia de las articulaciones freudianas, Lacan construye una innovadora forma de arribar al psicoanálisis, elaboración enriquecida por diversas disciplinas que sirven de apoyo para reestructurarla.

El retorno a la obra de Freud implica no sólo el respeto a sus postulados principales, asimismo se hace necesario sacar a la luz las dificultades y contrariedades que se suscitaron en su trabajo. En más de una ocasión,

Freud se enfrentó a serios problemas que pudo resolver tras un gran empeño y tesón. En otros momentos, se quedó atrapado en callejones sin salida y aún más, se dieron ocasiones en que, ingenuamente, no se percató de encontrarse en situaciones donde evitaba abordar o desarrollar un determinado planteamiento. Lo anterior quiere decir que, un retorno al Psicoanálisis freudiano, no solamente tiene que ver con la relectura del mismo, en esta vuelta que recupera la obra freudiana, también hay que acudir a los impasse que allí quedaron. Por tanto, antes de acercarnos a la visión que Jacques Lacan tiene con respecto al Edipo, en donde se describe como una estructura, se hace necesario puntualizar sobre algunas dificultades que el mismo Freud "olvidó".

En un momento anterior, cuando se manejó el complejo de Edipo en Freud, fuimos testigos de la mirada exclusiva que en gran parte de su obra se daba al niño dentro de la triangulación, niño "varón" por cierto. Aun cuando Freud dió cuenta de un transitar edípico distinto en el niño y la niña, el interés continuaba centrandose en el hijo (a), olvidando o quizá obviando los efectos de las interrelaciones que se dirigían de los progenitores al niño. Si bien ya se manejaba la idea de un complejo de Edipo "completo", en donde las tendencias identificatorias del niño se duplicaban, los sentimientos de los padres y las respectivas influencias de estos afectos en cuanto al nacimiento de un hijo, estaban prácticamente abandonadas. Se podría decir que Freud sabía el importante papel que jugaban los padres dentro del devenir edípico como portadores de amor y hostilidad, como soportes identificatorios, como incitadores de la identidad sexual, etc., sin embargo no desarrolló la influencia que ese nacimiento dejaba en la vida de los progenitores y los efectos que el vínculo entre padres e hijo (a) dejaba en cada uno de ellos. Ciertamente es -además- que a lo largo de su obra, Freud no dejó de concebir la relación madre-hijo varón como la más perfecta, vínculo libre de ambivalencias en donde la madre, al completarse con ese hijo, le transmitía un amor incondicional, empero, tampoco se trabajó en esa relación idealizada la hostilidad que partía de la madre al hijo y viceversa. Lo anterior nos podría orillar a pensar que Freud no pudo trabajar lo que pasaba en la totalidad de la triangulación edípica aun cuando sus últimas teorizaciones apuntaban -según nuestro parecer- al descubrimiento de

un Edipo como estructura (podríamos decir que el Edipo que Freud manejó a lo largo de su obra se refiere a un Edipo fase o proceso que es aterrizado desde el lugar del niño) (1). Si hacemos marcha atrás y nos ubicamos en el momento en que Freud retoma la obra de Sófocles para explicar una serie de afectos hacia los progenitores, sentimientos que se dan en el orden de lo inconsciente, es posible observar una lectura muy particular, en la cual, Freud deposita toda su curiosidad en la figura de "Edipo rey". Tal inclinación, finalmente reflejaba el interés casi exclusivo que Freud daba al análisis de su propio Edipo, estudio en el que no podía mirar más allá de lo que acontecía en él mismo:

"...siempre que Freud cuenta lo que Sófocles escribió, y que sigue siendo para nosotros la fuente principal de acceso al mito, lo hace tergiversando un texto inequívoco. La consecuencia de ello es que nuestra cultura otra vez finisecular se alimenta de una versión incorrecta del mito que llega a ser otro mito de Edipo, el freudiano, que es deformación del primero por la acción del deseo de Freud...".

(2)

Aun cuando Freud retomó la versión de Edipo rey de Sófocles, ésta se modificó inconscientemente a partir de los descubrimientos que obtenía de su "particular autoanálisis". Es decir, el Edipo de Tebas se transformaba vía el inconsciente de Freud, en una adaptación digamos "libre", en donde el acontecer edípico se lee ahora desde un Edipo vienes, desde el Edipo del mismo Freud. Quizá de allí que el niño varón fuera durante un tiempo considerable, la figura principal de la mal llamada triangulación edípica.

Varios son los autores que han traído a la luz aquellos pasajes de la obra de Sófocles -y en general de la literatura griega- que curiosamente Freud olvidó o descuidó. Se trata de momentos importantes que hubieran sido claves valiosas para desarrollar lo que hoy conocemos como Edipo

estructura. El acceso a este tipo de pasajes, seguramente ilustrarán la importancia de mirar el complejo de Edipo como un fenómeno inaugural en la estructuración de la subjetividad, y no simplemente como una etapa en la vida en donde el infante dirige hacia los padres deseos amorosos y de hostilidad. Para estallar la trillada triangulación edípica, acudiremos primeramente a realizar un breve seguimiento en cuanto a la vida de Layo, padre de Edipo (3), en la idea de articular los efectos que dejan los deseos inconscientes de odio de este padre sobre su hijo, así como también comentar sobre algunos momentos en que la hostilidad de Yocasta-madre hacia Edipo son más que evidentes.

Layo, hijo de Lábdaco, desde muy pequeño quedó sin la protección de su padre, el cual murió cuando éste era tan sólo un niño. Aprovechándose de su condición, Lico ocupó su lugar y tomó el reino. Humillado ante tal hecho, Layo huye a Tebas y encuentra un nuevo hogar en la corte de Pélope. Allí es tratado con gentileza y respeto hasta que rapta al hijo ilegítimo de Pélope, llamado Crisipo. Se dice que el móvil de tal acción tenía que ver con los celos que Layo tenía a Crisipo, por ser el preferido de su padre Pélope. El castigo que el oráculo de Delfos dirigió a Layo ante tal actitud, fue el siguiente: tendría que evitar tener hijos porque, de lo contrario, sería su propio hijo quien acabaría con su vida y la de su futura mujer. Una vez que Layo regresa a Tebas para recuperar su reino, se casa con Yocasta. Aun cuando ellos saben del castigo proferido por el oráculo, ella queda embarazada y en el momento de dar a luz, Layo ordena que perforen los tobillos del bebé para encadenarlo por los pies, y Yocasta lo entrega a un siervo para que lo maten en la montaña Citerón. Ahora bien, en cuanto al final de Edipo rey, específicamente el momento en que Yocasta se entera que su esposo actual es el mismo niño que engendró y que mandó asesinar junto con Layo, ella corre desesperadamente a la cámara nupcial y Edipo nada hace por detenerla. Aun cuando sabe de la posibilidad de un suicidio por parte de Yocasta, Edipo prefiere escuchar su infame origen en labios de aquel siervo que lo salvó al regalarlo, y cuando confirma la verdad de su destino, corre irritado en busca de Yocasta, exigiendo su espada y la presencia de "esa mujer". Al llegar a la cámara nupcial rompe el cerrojo, pero tiene que detener su presipitada entrada al ver a Yocasta

ahorcada. Podríamos decir que estos son algunos "grandes detalles" que Freud no pudo recuperar ni resignificar para desarrollar una estructura transgeneracional en el Edipo, estructura en donde los integrantes de la misma interactúan, se interrelacionan, se determinan e influyen mutuamente. Esto quiere decir que no es posible circunscribirnos a una sola generación cuando arribamos a lo edípico, en tanto que cada uno de los personajes que forman parte de dicha estructura, están cumpliendo una función a partir de un determinado lugar que les fue dado. Allí los destinos se enredan, se entretajan formando una red que atrapa al sujeto, red que lo espera y por tanto lo preexiste.

Si precisamos ahora las características que presenta el Edipo estructura en Lacan, tenemos que es:

"...una organización caracterizada por posiciones o lugares vacantes que pueden ser ocupados por distintos personajes".

(4)

Lo anterior es posible observarlo en la misma obra de Edipo rey, es decir, el lugar de la madre de Edipo es ocupado por dos figuras femeninas, Mérope, la mujer que lo adopta y lo cuida como si fuera verdaderamente su hijo (¿acaso no lo fue?) y Yocasta, la madre biológica que en un primer momento representa la figura que deposita en el hijo toda la hostilidad. Así, el lugar de la madre, en donde parten no sólo deseos de amor sino también de odio hacia el hijo, se encuentra ocupado en este caso por dos mujeres que a fin de cuentas sería una sola. En cuanto al padre, igualmente tenemos a dos figuras importantes, a Pólipo, padre adoptivo y Layo, el padre biológico. El primero representaría esa corriente tierna y de amor que protege a Edipo hijo y el segundo la hostilidad evidente que desea su muerte y desaparición. De esta manera, es posible observar que no podemos limitar la función materna y paterna a los padres biológicos, no serán ellos necesariamente, los que asuman dicho rol, así como tampoco la función materna tendrá que ver con una mujer y la función paterna con un hombre. Los lugares están vacíos, el derecho

a ocuparlos tiene que ver con el hacerse cargo del rol o la función que allí se necesite. Estas características, nos conducen a tomar en cuenta la importancia que tiene el concepto de función matemática dentro del Edipo estructura. En vista de que los lugares no están ocupados por personas específicas -una función matemática es una relación entre dos variables-, el lugar se definirá en función de un personaje más. Si Pólipo se convierte en padre es porque finalmente encuentra un hijo, a Edipo. Si se es hijo, es porque se tiene padres (y es función de x). Ahora bien, lo que determinará las posiciones a tomar en dicha estructura, estarán en función del falo, premisa universal que Freud había integrado al complejo de Edipo y que, desde la óptica lacaniana, adquiere un matiz especial. Dentro de la estructura edípica, la posición de los personajes estará determinada por quién se crea el falo o quién crea tenerlo. La posibilidad de aterrizar y esclarecer las características de la estructura edípica, en donde se habla de lugares vacíos, función materna y paterna, falo como significante de la falta y varios más, será factible en la medida en que se describan los tiempos lógicos del Edipo, tiempos estructurantes del psiquismo, de la subjetividad.

Para abordar los tres tiempos lógicos del Edipo lacaniano, se hace necesario entender a qué remite el "tiempo lógico" y cómo es que lo podemos diferenciar del tiempo cronológico. El tiempo lógico tiene que ver con una temporalidad que incluye el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir. Hablar del instante de la mirada es arribar al momento durante el cual se capta o se aprehende un acontecimiento, se trata de un instante cuyo límite de tiempo es indefinido. El tiempo para comprender implica la posibilidad de meditar el acontecimiento, de tener una idea más clara del mismo. Si quisieramos ubicar el tiempo en que uno comprende, caeríamos en la cuenta de que también en este caso, se hablaría de un tiempo difícil de determinar. En cuanto al momento de concluir, allí se juega la decisión de un juicio, se evidencia en ese momento una afirmación que se fue armando en el tiempo para comprender. Cuando se llega al momento de concluir, el movimiento lógico llega a su fin, sin embargo, se trata de una conclusión en donde la verdad se pone en entredicho, en donde la certidumbre se subjetiviza:

"Pero detengámonos en este punto en que el sujeto en su aserto alcanza una verdad que va a ser sometida a la prueba de la duda, pero que no podría verificar si no la alcanzase primero en la certidumbre".

(5)

IZT.

Podríamos decir que, al hablar del tiempo lógico, estamos acudiendo a un tiempo inherente a la dialéctica del sujeto, en tanto que el momento en que concluye sobre X no depende de un período definido o establecido, tiene más bien que ver con una particular manera de arribar sobre un determinado juicio, en base a las características y circunstancias que rodean a ese que concluye. Cuando se transita por estos tres momentos de la temporalidad lógica, es decir, cuando concluye el movimiento lógico, estaríamos hablando de la aprehensión subjetiva de una situación, en donde el tiempo cronológico más bien se subordina a las particulares necesidades que cada sujeto requiere; el tiempo para aprehender una situación, meditarla y resolverla es "indefinido" debido a que cada sujeto posee un tiempo personal, cada quien concluye a su tiempo sobre algo. Ahora bien ¿qué es ese "algo" sobre el que se concluye? Desde la escuela lacaniana, los tiempos lógicos nos remiten finalmente al sujeto que se apropia de sí, de su condición de sujeto sujetado al significante:

"Para Lacan estos tiempos reflejan el proceso de subjetivación en el cual al final el sujeto concluye sobre sí en un "yo soy X", alienándose en tal significante, identificándose en él".

(6)

Si acudimos a los tres tiempos del Edipo, y nos detenemos específicamente en los momentos de conclusión de cada uno de ellos, el "yo soy X" se transformaría en "yo soy el falo", "yo no soy el falo" y "yo tengo el

falo" en el primer, segundo y tercer tiempo respectivamente. Para vislumbrar cómo es que se arriba a dichas resoluciones, es preciso desarrollar -ahora sí- lo que se sucede en cada uno de los tiempos lógicos del Edipo, abordando los detalles necesarios para acceder a su lógica compleja.

Situarnos en el **primer tiempo lógico del Edipo** implica arribar a una especial relación que se va construyendo entre la madre y el infans. La razón por la cual dicho vínculo llega a ser una relación narcisística y de completud, tiene que ver con las circunstancias en las cuales un bebé accede al mundo y la manera en que una mujer -inmersa en una cultura con una particular institución familiar- recibe y protege a ese inquilino que ya antes habitaba en su subjetividad. Nos encontramos por tanto, en un momento en que el infans hace presencia en el mundo sin saberse sujeto (7), sin la posibilidad de ubicarse entre los otros, manteniendo una difícil tarea en tanto que los estímulos difusos que vive lo colocan en una posición de reacciones anárquicas. Bajo esta caótica relación con el estímulo y las irremediables respuestas que finalmente también lo someten y lo sorprenden, aparecen ciertas actividades o intervenciones que tiñen de "intencionalidad" las reacciones que el infans tiene con los estímulos. Esto quiere decir que, frente a un estallido de llanto por parte del bebé, que se acerca inevitablemente a una situación catártica del estímulo y no a una demanda de atención, la madre lo interpretará como un llamado, como una solicitud que el infans hace de su presencia para aliviar sus necesidades. Pero ¿cómo es que el niño demanda la presencia de alguien si él no es nadie?, ¿qué sabe la madre de su desorganizada existencia, de su estado prematuro si él mismo no lo entiende?, ¿cómo entender algo que no se sabe hay que entender? Como ya mencionábamos, habrá necesariamente que pensar en alguien que interprete al infans, alguien que en resumidas cuentas asuma la "función materna", entendiendo por esto una serie de quehaceres que vayan encaminados en la configuración del ser, quien funcione como madre será aquella (s) persona (s), inclusive objeto (s) humanizado (s) que sutil y efectivamente lo invite a ingresar al campo del deseo. Al interpretar el llanto del infans, al significar desde su lugar los lloriqueos que escucha, la madre real -heredera en la mayoría de los casos de la función materna- se presenta como un Otro que aportará el código mediante el cual el

niño ingresará al orden del Lenguaje. Podríamos decir que el papel de la madre se transforma en algo tan importante, que el infans, sin voz ni voto, ingresa a ese código a tal punto que subordina sus necesidades a las interpretaciones que la madre hace de las mismas, él no está en condición de opinar, pero sí de someterse a lo que la madre cree necesita:

"El deseo no es tan difícil de descubrir sino porque de entrada está alienado en la demanda. Primitivamente el niño, en su premaduración y su impotencia, depende enteramente de la demanda, su deseo está condenado a la mediación de la palabra y la palabra tiene su status en el Otro".

(8)

A través del vínculo que el infans establece con la madre, primer Otro absoluto y omnipotente, la satisfacción de sus necesidades acuden a una especial subversión en donde ella será la que ordene y canalice dichas necesidades, quien deseará por él. Así, bajo esta seducción simbólica, la madre y el infans se interrelacionan manejando un lenguaje particular (la lalengua) en donde éste último leerá sus necesidades y satisfacciones en ella, será la madre quien lo interprete y decida, es ella quien le dice lo que le está pasando y sobre todo, que es a "él" a quien le pasa algo. Si antes el bebé al llorar no sabía de las ventajas que tenía dicha situación, ahora lo hace con premeditación. La madre, pantalla o espejo en donde se puede saber de uno mismo que ya es otro, es el lugar donde el infans encontrará y construirá la representación de su yo. Allí es donde se recibirá una imagen, aunque alienada a la de ese Otro, el infans será eso que la madre desea, es decir, el deseo de su deseo. Al respondernos ¿qué es lo que desea esa madre? estamos prácticamente acudiendo al primer tiempo del Edipo lacaniano. Ella desea la completud al igual que su pequeño, y ha simbolizado a éste como parte que llenará su vida, que le ofrecerá la felicidad plena. Y no es para menos cuando se encuentra ante un bebé que irremediamente la necesita,

frente a un incondicional servidor que se coloca en ese lugar que la completa, a costa de ser únicamente eso, lo que le falta. Desde el lugar del infans, que ha recibido una imagen por cierto de perfección, se apodera de esta representación y desde allí cae en esa lógica, sintiéndose precisamente aquello que halaga tanto a la madre. Se sabe por tanto, poseedor de la felicidad de ella, gracias a él la madre se sabe complacida. Hablar de esta plenitud recíproca, de estas miradas cómplices que confirman un paradisiaco momento, significa acercarnos al llamado "ternario imaginario", en tanto que se juegan en este primer tiempo lógico tres elementos básicos, la madre, el infans y el falo que los reúne en amoroso engaño. Ahora bien, ¿qué debemos entender por falo? Generalmente se confunde a éste con el pene, sin embargo, desde el psicoanálisis el término se piensa desde otra perspectiva (9). Para Lacan el falo es el significante de la falta y en tanto significante, el falo nos remite a la presencia de la ausencia. Si el infans se presenta ante la madre como falo, si ella lo mira así, quiere decir que en esa relación el niño representa aquello que le falta y que supuestamente la completará (niño = falo). Aun cuando sabemos que un significante remite a otro significante, en esta relación madre-hijo que parte de una lógica imaginaria y de ilusión, la significación se encuentra coagulada o petrificada. El infans es el falo y nada más, en tanto que desde el registro imaginario algo es en sí mismo. Por tanto, en esta relación narcisística, el niño es el falo imaginario, él es la perfección (yo ideal), aunque a ciencia cierta no sea más que un indefenso, prematuro y sujetado sujeto, supeditado al deseo de la madre-fálica:

"Puede decirse que en esta fase, el niño, identificándose con el objeto del deseo del otro, pasivamente sujeto a la servidumbre maternal, no es un "sujeto", sino una carencia: el cero absoluto por cuanto no se sitúa o localiza en la red simbólica. Se confunde con el objeto del deseo del otro, y en una fusión indistinta con su madre, se postula como una nadería, un blanco".

El primer tiempo del Edipo, como podemos observar, introduce al infans en la naturaleza paradójica del deseo. Es gracias al Otro que aparece el deseo en tanto que éste le demanda que exista, aunque sea deseando el deseo que ese gran orden Simbólico le dicta. Por otro lado, si no fuera por la alienación del deseo del Otro en la que ingresa el infans, éste se quedaría en una mortífera situación que lo ubicaría en la falta-de-ser. Si el infans cae en la lógica de ser el falo esto quiere decir que ya está siendo algo, desea ser, y que mejor lugar que el de un yo ideal que la madre ha construido para él, lugar de la exquisita perfección en donde al niño no le falta nada, nada necesita más que ser deseado, y esto quiere decir sin embargo, que ya existe una demanda por parte de él, quiere ser el que taponea la incompletud.

Cuando la situación de fusión-confusión que se crea entre la madre y el hijo se ve interrumpida, en tanto que la omnipotencia que allí reinaba se pone en entredicho, estamos acudiendo prácticamente al **segundo tiempo lógico del Edipo**. Si anteriormente la madre se presentaba como un ser pleno y absoluto, ahora resulta ser que esa atmosfera comfortable no es tan eterna. La coyuntura bajo la cual se torna frágil la falocidad (de falo y felicidad) de la madre y el infans coincide con una serie de circunstancias importantes. En lo que corresponde a la madre, en su momento tuvo que transitar por los senderos edípicos, lo cual permitió el acceso a la subjetividad, ingresar al campo del deseo. De esta manera, la constitución de esta madre como sujeto-del-deseo la condena a ser vigilada por un orden Simbólico, en términos de recordarle su condición de incompletud que la colocará en una situación de búsqueda infatigable. Recordando un poco a Freud, él comentaba que en el caso de la mujer, nunca logra resolver del todo la falta de pene y por consiguiente se ve sometida a una incompletud que la acompaña durante el resto de su existencia. Si a esto agregamos que las equivalencias simbólicas permutan el pene por hijo, es posible comprender la importancia que tiene para una mujer el arribo de un bebé en su vida. Ya en el primer tiempo del Edipo fuimos testigos de las condiciones, bajo las cuales, se construye la relación de completud narcisística madre-hijo. Si ella toma al bebé como falo que la completa, quiere decir que estamos frente a un ser incompleto. De esta manera, se mira al hijo inconscientemente como posi-

bilidad de realizar su vida, en términos de saciar la sed de ser Otro. Sin embargo, el tránsito por el Edipo marca al sujeto como deseante del deseo vía la castración simbólica, momento inaugural que priva a la madre del lugar de omnipotencia que en un primer momento se le otorgó. Así, llega un momento durante el cual la madre-fálica pasa a ser una madre en falta, una mujer que tiene un hijo el cual forma parte, "entre otras cosas", de su vida. Esta situación, sin duda, no pasa desapercibida por el niño-falo. La madre, como hemos visto, no se colma con él, ella ha sido parte del engaño en donde se planteó un edén que resultó utópico. En lo que respecta al niño, este se despojará del papel que el falo le concede (recubrir la incompletud) cuando coincidan dos momentos importantes: por un lado, se hace necesario que el niño alcance un grado de maduración neurológica tal, que le permita distinguir la presencia de otras personas. Ahora bien, el segundo momento se relaciona estrechamente con el primero. Para que el niño pueda percibir a los otros, no sólo es indispensable ese nivel de desarrollo digamos biológico o fisiológico, ya que la madre-fálica puede echar mano de su omnipotencia para atrapar al infans, de tal suerte que éste tendría pocas posibilidades de acceder al estatuto de sujeto. Seguir siendo el falo sería tanto como ser lo que le falta a otro, por tanto allí no puede hablarse de sujeto:

"Ante una madre-Ley que aparece como un Otro absoluto incastrable, el perforado tempranamente es el hijo, quien no encuentra allí un lugar para ser".

(11)

Para el niño, la madre dejará de ser omnipotente y omnipresente cuando perciba sobre todo, su ausencia, entendiéndose por esto no sólo el alejamiento físico y real, sino también la ausencia de su autoridad que lo limita en cuanto a su deseo. Si la madre insiste en saberse fálica, el niño no deseará otra cosa que el deseo de servirle como pieza que confirme su poderío, a costa de anular la posibilidad de ser alguien.

Ahora bien, cabe preguntarnos ¿bajo qué circunstancias la madre y el hijo abandonan un lugar que ciertamente podría asegurarles la completud tan anhelada?, ¿qué es lo que ha motivado el fracaso de una situación tan añorada?, ¿no es eso, la satisfacción del deseo, lo que busca el sujeto en falta? Para justificar la desintegración de la célula narcisística, tenemos que acudir a la función paterna o Nombre-del-Padre, lugar que reorganiza los papeles del ternario imaginario, otorgandoles una nueva legalidad -legalidad que sólo podrá hacer efecto en la medida que la madre reconozca la Ley que el mismo padre promueve-. Si hablamos de función, resulta fundamental el insistir en que no se trata de ciertas acciones que desempeña el padre biológico, o en general un hombre que se presente como la pareja de la madre, por ejemplo. Se trata de la exigencia de una operación que específicamente tiene que ver con la separación, de hecho estrepitosa, entre la madre y el hijo. Más allá de un personaje determinado, la presencia de la función paterna puede hacer simbólica aparición en situaciones inherentes a la vida misma, en donde se impone una barrera entre el abrochamiento de deseos que imperaba en un tiempo anterior. Esto quiere decir que la función del padre la podemos encontrar en distintos personajes, inclusive en circunstancias que apunten precisamente a la escisión de la célula narcisística, por ejemplo, las variadas actividades que una madre realiza durante el día, y que señalan al niño una disposición "relativa" de su presencia. La madre por tanto, no puede quedarse con él todo el tiempo, hay algo que reclama su presencia en otras actividades, mensaje articulado desde el orden de lo Simbólico que la remite a su propia castración. Gracias a la presencia del Nombre-del-Padre, agente de la castración simbólica, la madre-fálica y el infans reciben cada uno un mensaje prohibidor. En cuanto a la madre, ésta debe renunciar a la supuesta omnipotencia de la cual gozaba, de tal suerte que el hijo se libera de las redes de su deseo. En lo que corresponde al infans, en el momento en que la madre deja de ser fálica, éste pierde su estatuto de falo imaginario para ingresar a una nueva lógica, la del falo simbólico, significativo que le dará el pase a la subjetividad en tanto que el falo, en vez de encarnarse en él, será más bien algo que estará representado por otra persona:

"...cuando el chico accede a la castración simbólica, accede a que ya no es el falo sino que el falo es otra cosa, o sea que hay algo que representa otra cosa, está por lo tanto toda la distancia del símbolo y lo simbolizado. Y por lo tanto el chico captaría y entraría en un tipo de construcción donde existe una simbolización, dado que una cosa remite a otra cosa, se refiere a otra cosa, está en reemplazo de otra cosa".

(12)

Si la madre no es fálica y por lógica, el niño tampoco es el falo ¿en dónde podemos localizarlo ahora? Ciertamente la función paterna, como agente de la castración simbólica ha modificado la situación, de tal suerte que en este segundo tiempo del Edipo lacaniano, es el padre quien asume ser el falo. De allí que su presencia recuerde la omnipotencia que anteriormente estaba personificada en la madre-fálica. Al separar la diada madre-hijo el padre también se-para frente a ellos recordándoles que él es la Ley. Ante tales circunstancias, en donde el niño tiene que encarar de frente a la castración o también optar por ser devorado por la madre-fálica, es fácil pensar que ingresa en una situación de angustia, encrucijada en la cual tendrá que resolver sobre una de las mencionadas alternativas. Si decide ser el falo esto implica la anulación de su deseo, por tanto hablaríamos de una falta-de-ser. Si por el contrario opta por la separación, esto significa que deja de ser el falo pero tendría la posibilidad de tenerlo. La castración simbólica, de esta manera, no remite a la castración real del pene, sino más bien nos arroja al terreno del deseo, deseo de ser o no el falo, de estar o no confortablemente completo. Aun así, al abordar la angustia de castración nos topamos ante una paradoja más: el niño realmente se atemoriza con la idea de separarse del Otro absoluto, pero al mismo tiempo desea la separación, teme enfrentarse a la falta-de-falta que lo expulsaría del campo del deseo, de allí la importancia de la función paterna en tanto que dicta la separación. Cabe señalar que el padre de este segundo tiempo del Edipo, se presenta con una cierta arrogancia que nos recuerda la

omnipotencia de la madre-fálica. Se podría decir que la categoría de padre que aparece en este momento, no está totalmente construida en términos de que podría aparecer como un Otro que dicta la Ley y por tanto no tiene por qué someterse a ella. El padre que es el falo no puede ser más que un nuevo dictador del deseo, y éste mismo echaría a perder el movimiento que la castración simbólica a motivado en la madre y el hijo. Hablaríamos de un padre simbólico constituido como tal, cuando el niño pueda historizarse como sujeto, cuando la vida se le ofresca como una posibilidad de búsqueda permanente de sus deseos, de sí mismo.

Durante el **tercer tiempo lógico del Edipo** se define el tránsito del ser (el falo) al tener (el falo), ser el deseo del deseo del Otro a tener un estatuto de sujeto deseante, condición que lo ubica como sujeto en falta, como ser que porta en su existencia un manantial de carencia, en tanto que su deseo se torna inagotable. En breve hablaríamos del acceso al orden de lo Simbólico en plenitud por parte del niño. La categoría de padre se precisa cuando el falo es objeto de un nuevo movimiento, esto es, cuando él, al igual que la madre, deja de ostentar su omnipotencia vía el falo, en su caso creyendo serlo. Si anteriormente el padre era el ser absoluto que despojaba a la madre del falo y que expulsaba al niño de su confortable con-fusión, pasa a ocupar el lugar de padre permisivo y donador. El niño no es el falo, la madre no lo tiene y ahora el padre tampoco puede jactarse de serlo. A partir de esta nueva instauración del falo, en donde nadie puede serlo sino más bien tenerlo, el padre reivindica el derecho a desearlo. Lo anterior quiere decir que el padre deja de ser la Ley para supeditarse él mismo a los mandatos que ésta marca:

"Se trata aquí, a diferencia del segundo tiempo, del padre castrado, sometido él mismo a la Ley que transmite".

(13)

La eficacia del Nombre-del-Padre, significante que garantiza en la

subjetividad del niño la castración simbólica, permite hablar del Edipo como una estructura legal, cuya ley, más que hallarse en un personaje determinado, se ubica en una instancia que define y establece un orden, gracias al cual se reacomodan una vez más los lugares ocupados por los personajes. Si en el primer tiempo del Edipo se hablaba del ternario imaginario, esta distribución de lugares sufre una transición inaugural que concluye en una estructura en la que es posible encontrar no sólo a la madre, el hijo y el falo, sino también al padre simbólico. Gracias al orden Simbólico, el infans llega a ocupar el estatuto de sujeto dentro de la familia. Con esta nueva posición, el sujeto podrá acceder a una individualidad que le permitirá ubicarse entre los otros y desde allí tomar distancia entre su deseo y el deseo del otro, de tal suerte que se despojará de un discurso que lo atrapaba en tanto que lo dejaba mudo, para así apropiarse de una palabra propia. Si bien es cierto que en este tercer tiempo el sujeto se apropia de su deseo, ocurre asimismo otro acontecimiento fundamental: ese sujeto accede a una identidad sexual. Pasa de ser una carencia, una falta que completaba, a ser un sujeto con un cuerpo sexuado. Ciertamente es que el padre aparecía como un ser absoluto y autoritario que privaba tanto a la madre como al mismo niño de una situación confortable; en este último tiempo del Edipo en cambio, se presenta como una figura que no sólo priva, también se torna permisivo en tanto que concede el derecho a la sexualidad. ¿Cómo es que ese sujeto deseante se apropia de un cuerpo sexuado? Para responder a tal cuestionamiento es necesario -como hemos visto- pensar al padre dentro de un orden Simbólico que lo denuncia en falta, de allí que sólo pueda "tener" el falo. En estas condiciones el padre aparece como un modelo al cual el futuro sujeto sexuado puede acercarse para identificarse. En vista de que al infans se le ha otorgado, gracias a la función de corte, una nueva condición en donde se sabe con un cuerpo propio, ingresará a una complicada situación al ponerse en juego la resolución de su identidad sexual:

"De objeto de la madre el niño pasa al estatuto de sujeto, pero ello ocurre en el interior de un campo pulsional

en el que preexisten las relaciones masculino-femenino. El niño se incerta en un juego dialéctico entre sexos, tomando partido a su vez por uno u otro".

(14)

Se habla de ingresar a un juego dialéctico entre sexos en tanto que el padre, al tener el falo, también inscribe la posibilidad de no tenerlo. Tener o no tenerlo es lo que el futuro sujeto sexuado se está jugando al ingresar al campo de las identificaciones. Si anteriormente creyó ser el falo, ahora lo desea, quiere obtenerlo, y mira al padre como una posibilidad para acceder a esa mítica completud. La castración simbólica es la que finalmente invita al niño y a la niña a tomar destinos diferentes, mismos que los confirman en esa situación, la de ser hombre y mujer respectivamente. Este corte fundamental siembra en ellos la duda del ser sexuado ¿soy hombre -lo tengo- o mujer - no lo tengo-? En el caso del niño el cual cuenta con un pene (órgano que simboliza el falo en tanto que "se tiene" algo valioso), al quererlo conservar opta por identificarse con el padre y así acepta plenamente el renunciar a la célula narcisística que conformaba con la madre. Para ello, el niño al identificarse con el padre construye un ideal del yo, lugar donde se congregan un conjunto de emblemas o insignias que configuran una determinada forma de ser y estar. El acceso a estos elementos significantes por parte del niño -si se trata en este caso, de las insignias del padre- traerá como resultado el acercamiento a la masculinidad, a una conducta sexual que le abra las puertas dentro del grupo de los hombres. Así, el niño irá adoptando todos aquellos rasgos que tenga el personaje que admire en tanto que tiene el falo. En el momento en que el niño, vía el ideal del yo, asume una identidad sexual, se aleja del Edipo y queda como heredero de éste el superyó, instancia cuya función tiene que ver con la prohibición del incesto. En lo que respecta a la niña, al saber que no lo tiene, culpa a la madre y la abandona para dirigirse al padre. En vista de que el padre porta un pene (sustituto simbólico que la completaría), deposita sus esperanzas en conseguirlo al identificarse con él, sin embargo, al aceptar que el padre tampoco

se lo dará, emprende un regreso a la madre y desde allí confecciona un ideal del yo que le abrirá las puertas a la feminidad. Renuncia sí, a lo prohibido, pero este ideal del yo que le aporta los emblemas y rasgos del ser mujer le ofrecen una nueva forma -digamos "permitida"- de acercarse a esa deseada completud. Si es una mujer, podrá buscar el falo en otro hombre, la completud y satisfacción podrán concretarse en este caso en la maternidad (hijo- pene-falo-completud). Tanto para el niño como para la niña, la declinación del Edipo deja a su paso la instancia superyó, cuyas funciones tienen que ver con la restricción y prohibición. Aun cuando esta instancia psíquica prohíbe determinante-mente cohabitar con el objeto mítico amoroso, no se generaliza este impedimento a los otros. Recordemos la función de ideal que habita en el superyó, de allí que la permisión dada por la función del padre posibilite y propicie las relaciones sexuales en el sujeto (no con X pero sí con Y). Hablar por tanto, de la resolución del Edipo, significa referirnos a un sujeto que finalmente se libera del discurso del Otro para adueñarse de un deseo propio, de una subjetividad que le brindará un lugar en la familia, en la sociedad misma:

"El complejo de Edipo no es un estadio o fase de la psicología genética igual a otro cualquiera. Es el instante en que el niño se humaniza al tomar conciencia de sí mismo, del mundo y de los demás".

(15)

El tránsito por el Edipo resulta ser un acontecimiento fundamental en la configuración de la subjetividad. La importancia del Edipo, es tal, que si ocurren tropiezos durante su complicado trayecto, la estructura de la personalidad podría tomar ciertos rumbos que finalmente definirían el destino psíquico del sujeto. El recorrido durante los tres tiempos del Edipo realizado anteriormente, representa un tránsito que traería como consecuencia una estructura psíquica neurótica. Durante el desenlace del Edipo, esto es, en el tercer tiempo, el niño acepta la Ley que la

metáfora Nombre-del-Padre le impone, además, reprime los deseos edípicos como efecto de la castración simbólica. Hablaríamos de una estructura perversa en el momento en que se susciten ciertas contrariedades en el segundo tiempo del Edipo. Al igual que el neurótico, el perverso acepta la castración y sabe de la Ley, sin embargo, la madre se concibe con el falo. En vista de que el padre no es el que soporta la Ley, la madre aparece manteniendo una doble legalidad, la materna y paterna. Bajo estas circunstancias en donde la madre burla la Ley del padre, el niño carece de un corte que le permita concluir la identificación que se establece con el falo que ella porta, de tal suerte que su yo utiliza como defensa -ante la castración- la renegación, en donde se acata la Ley pero al mismo tiempo se tiende a burlarse de ella. Una estructura más sería aquella en la cual, el sujeto se ubicaría en la psicosis. En este caso, el conflicto se presentaría en el primer tiempo del Edipo, en tanto que la madre no permite el acceso de la metáfora paterna. Una estructura psicótica carece de un Otro como lugar en donde es posible acceder a la palabra, se está inmerso en una atmosfera dual especular en la cual el Otro aparece más bien como impidiendo el corte que lo transite al orden Simbólico. La forclusión sería el mecanismo utilizado, en cuyo caso nada se puede reprimir, el inconsciente se queda falto de significantes (nunca llegan a habitarlo) de tal manera que éstos quedan excluidos de la cadena signifiante, cerrándose así las puertas del orden Simbólico.

Es importante señalar -vale la pena-, que la descripción anteriormente dada en cuanto a las estructuras psíquicas derivadas del Edipo, mencionadas por cierto en términos "generales", debe ser considerada con mucho tacto. Esto significa que es necesario hacer una lectura que nos permita hacer distancia en pro de concebir la conformación de dichas estructuras psíquicas como una situación sumamente compleja -el mismo Edipo lo es- y no como el resultado de recetas o sentencias teóricas que describen al pie de la letra el psiquismo. Habría que añadir, además, que una cosa es referirnos a una estructuración psíquica ya sea neurótica, perversa o psicótica, y otra cosa es hablar de la patologización del psiquismo. El hacer alusión, por ejemplo, a una estructura psíquica psicótica, no significa necesariamente que esa persona se encuentre bajo estricta

vigilancia médica. Podría ocurrir que dicha persona viva con una estructura asintomática y que quizá, en un momento de su vida, sufra una recaída que lo lleve a un cuadro clínico psicótico. Se trata, por tanto, en este caso, de una estructura psíquica psicótica, más no de una psicosis clínicamente hablando.

Ciertamente el tránsito por el Edipo se nos presenta como algo complejo y complicado, ya hemos insistido en ello, y habrá que hacerlo cuando sea necesario. De allí precisamente que ciertos autores hagan un señalamiento importante en términos de evitar considerar el Edipo como un momento psicológico. El presente capítulo y el anterior, lo han reflejado. No se trata, por tanto, de situaciones obvias de amor infantil hacia el progenitor del sexo opuesto, ni de acontecimientos y hechos que son fáciles de localizar y ubicar con "objetividad" desde el exterior. Se trata de un momento radicalmente inconsciente en donde el sujeto mismo que lo vive, difícilmente puede traerlo a la conciencia y desde allí aterrizarlo como una experiencia a describir. La trascendencia del Edipo va más allá de la trillada situación triangular en donde los afectos se entrecruzan. Al hablar del Edipo, se hace referencia a una estructura universal, a un orden Simbólico desde el cual la sociedad encuentra un soporte -las instituciones así como el lenguaje vehiculizan lo edípico- en donde a fin de cuentas es posible hablar de la historicidad humana.

V. EL NIÑO DE LA CALLE: UN A-BORDAJE RE-FLEXIVO

"Tolito tiene un dado y una paloma,
una tos y una copa llena de vino,
y unas ropas con polvo de los caminos,
caminos que jamás llevaban a Roma.
Mago de las barajas y las sonrisas,
malabarista errante de las plazuelas,
corazón que le sale por la camisa,
botas de andar sin prisa ni medias suelas.
Empieza la función, pongan atención,
el circo cabe en un asiento del vagón,
empieza la función, pongan atención,
billete de segunda próxima estación.
A no ser por el alma y por la melena,
de sus vecinos no se distinguiría,
su oficio es retorcerle el cuello a la pena,
y abrir una ventana a la fantasía.
Para dormir a pierna suelta le basta,
con tener para vino, pan y tabaco,
igual que rifa un peine que echa las cartas,
y saca el rey de bastos de tu sobaco.
Si quieres verlo ven, busca en el andén,
Tolito siempre está bajando de algún tren,
si quieres verlo ven, busca en el andén,
Tolito siempre está subiendo al primer tren.
Cada vez que se encuentran dos caminantes,
se cuentan sus andanzas y sus querellas,
le cuelgan a la noche un interrogante,
y llegan hasta el fondo de las botellas.
Luego entre cuatro muros y dos escuetos,

colchones rescatables de la miseria,
 se intercambian los trucos y los secretos,
 del arte de ir rodando de feria en feria.
 Ponos dos copas más, antes de cerrar,
 morirse debe ser dejar de caminar,
 ponos dos copas más, antes de cerrar,
 hoy bebo a tu salud, mañana dios dirá.
 (...)"

J. SABINA *

Hablar de la infancia en nuestro tiempo, en este siglo XX que está por concluir, nos remite a una idea fácil de configurar en nuestra mente: la infancia es una etapa cronológica que va del nacimiento hasta los siete u ocho años de edad aproximadamente. Se trata de un período en la vida en que el infante, poco a poco, va ganando terreno en lo que respecta a su independencia. Gracias a sus padres, que vendrían a representar la principal fuente de amor y protección, el niño supera aquellos obstáculos que la vida le presenta y que, dadas sus condiciones, difícilmente podría superar. A la naturaleza de este ser indefenso que es el niño, se asocian no sólo la dependencia, sino también otros calificativos como la inocencia, inmadurez, ternura, pureza, etc., que vendrían a completar ese ser llamado niño. Sin embargo, cometeríamos un grave error al tratar de generalizar este concepto estereotipado de la infancia a épocas anteriores.

Varios son los autores que han caído en la cuenta de un desarrollo bastante especial en lo que respecta a la historia de la infancia (1). Para Ariés, el medioevo no poseía una representación de la niñez. Lo anterior quiere decir que, hasta el s. XV, la sociedad medieval carecía de un sentimiento frente a la infancia, no se le podía representar como un momento en la vida con características específicas, más bien el niño pasaba desapercibido, inadvertido frente a los ojos de aquellos momentos. Hablar de las formas de existencia durante los últimos cuatro siglos de la Edad Media, tenía que ver con insospechadas y sorprendentes maneras

de transitar por la vida. De los s. X al XIV, existía una imprecisión en cuanto a los nombres, de allí que este se acompañara de un apellido o nombre del lugar. Si era difícil y vago hablar del nombre propio, cuanto más si se trataba de la edad. Aun cuando en los retratos pseudo-científicos se representaban las edades, el dar cuenta de la edad de cada quién era una tarea igualmente confusa. No existía mucho interés por diferenciar las etapas de la vida, y en lo que respecta a la indumentaria infantil, hacia el s. XIII se vestía al niño como adulto una vez que dejaba de utilizar el pañal, esto es, el infante aparecía como un hombre "reducido", como un ser que una vez que alcanzaba cierta independencia, se sumergía en el mundo de los adultos para aprehender desde allí todos los rincones de la vida. La escuela del s. XIV conserva una serie de características en donde encajaban perfectamente las situaciones antes descritas. Las edades de los alumnos, por ejemplo, se mezclaban sin ton ni son. Si la edad mínima aproximada para ingresar al colegio era de nueve o diez años, se podían observar escolares con esta edad, jóvenes de veinte o más años y adultos. Esto quiere decir que, además de no existir una edad específica para ingresar a la escuela, tampoco había un tiempo determinado para el estudio. Si la edad no es un dato "indispensable", poco importan los años que tenga cada quien para asistir al colegio:

"Hoy día esta promiscuidad de edades nos sorprende, cuando no nos escandaliza (...). Pero ¿podía uno acaso sentir la mezcla de edades cuando se era tan indiferente al hecho mismo de la edad?".

(2)

Ahora bien, hablar del "colegio" no significaba en lo absoluto, referirse a un espacio que en exclusividad estuviera dedicado a la "enseñanza". No existían las escuelas como inmueble, el "maestro" impartía su clase ya sea en el claustro, en el atrio de la iglesia, en una sala alquilada, esto es, cualquier rincón de la calle se podía condicionar para tales

fines. La escuela era uno de los tantos pretextos en donde niños y adultos convivían, y en aquel entonces las intenciones del colegio no eran las de "educar a la infancia", debido a que la formación moral y social se transmitía en el inmenso mar que era la colectividad. Cabe señalar que tampoco la familia se encargaba de inculcar tal formación ante la vida. Su función se limitaba a transmitir la vida, los bienes y el apellido, lo cual significa que el sentimiento de familia (moderna o conyugal) que hoy entendemos, también se encontraba ausente a finales del medioevo.

Hacia el s. XV, una vez concluida la Edad Media, la iconografía religiosa y laica comienza a mostrar representaciones más reales de la infancia, dejando atrás las imágenes de adultos con tamaño reducido. Se trata de los retratos y el putto. En el primer caso, el retrato del niño es un indicador del exilio que emprende la infancia de su natal estado de anonimato. Así, las miradas comienzan a dirigirse al niño, aunque todavía de una manera superficial, debido a que la infancia era todavía considerada como un tránsito por la vida pasajero y carente de importancia, además, si el niño moría, ya vendrían otros a ocupar ese lugar. En lo que se refiere al putto (niñito desnudo), este se convierte en un motivo decorativo de gran aceptación que también nos habla de ese paulatino interés por la infancia. Para los adultos, dicha atracción tenía que ver con el aspecto gracioso y pintoresco que los niños le despertaban, y que Ariés designa como "mimoseo". Refiriendonos ahora al juego, durante el s. XV dicha actividad convocaba de igual forma que el colegio a niños y adultos. De hecho los juguetes pertenecieron al mundo de los adultos y no a los menores, como pudiera pensarse. El juego no era una actividad que se limitaba a "divertir", se trataba de un momento importante que posibilitaba diversas formas de convivencia, cuya sede era la calle. Gracias a los artistas de ese tiempo, es posible dar cuenta de la gran actividad que se desarrollaba en las calles, y en donde la participación de niños y adultos en múltiples quehaceres diluían esa frontera de edades a la que estamos hoy en día tan acostumbrados. La calle era un espacio vital, era el escenario en que la vida hacía presencia. Ciertamente es que existía la "Casa grande", pero este espacio poco se diferenciaba de la calle ya que era un lugar público que no sólo reunía a la familia, sino a toda una población que incluía entre otros a los criados, empleados,

clérigos, recaderos, mozos de tienda, aprendices y artesanos:

"En esas casas grandes, que no eran ni palacios ni necesariamente palacetes, sino quintas, o mansiones urbanas que ocupaban solamente un piso de una casa, hallamos el ambiente de cultivo del sentimiento de la infancia y de la familia".

(3)

Las casas grandes representaban no sólo un inmueble perteneciente a la familia, las habitaciones se transformaban al mismo tiempo en despachos, comedor, dormitorio, sala, pista de baile, recibidor de visitas, habitación para trabajar, etc. En estas casas, la vida familiar y profesional no se distinguía con claridad, y poco importaba la hora en que llegaban las visitas, ya que todos eran bienvenidos en "cualquier momento". Aun cuando la casa grande es el ambiente de cultivo de los sentimientos de infancia y familia, en este s. XV ocurría un hecho que denunciaba todavía la inmadurez de tales sentimientos: una vez que el niño cumple los siete años, la familia coloca al niño (a) en otra casa como "aprendiz", realizando las labores domésticas. Independientemente de la fortuna que tenga la familia, los hijos se van de aprendices y reciben en su casa a un niño ajeno. Así, el aprendizaje se adquiría en otra familia, y el "servir como aprendiz" no se asociaba a una actividad degradante o envilecedora, servir era una forma de aprender, de iniciar la vida como hombre o mujer.

A partir del s. XVI el interés por la precisión cronológica hace acto de presencia en la vida. Vía los reformadores religiosos y civiles que exhortaban a tomar en cuenta ese detalle, las personas "procuran" estar ciertas de su edad, y decimos que procuran porque no habían fechas precisas para hablar de exactitud. Esta nueva necesidad de indagación cronológica permite, de alguna manera, vislumbrar la gestación del sentimiento de la familia: la iconografía, con un tono hogareño, representa las edades de la vida -como en siglos anteriores-, pero esta vez lo hace con miembros

de la misma familia. De esta manera, al quedar la imagen de todos los integrantes que conformaban la familia, se le daba ya una historia, quedando así su memoria y recuerdo. Ubicandonos ahora en el niño, este aparece en los calendarios de manera muy especial, esto es, "solo". Anteriormente aparecía entre la multitud, pero poco a poco se fue ganando ese lugar exclusivo en la iconografía.

A fines del s. XVI, los colegios empiezan a proliferar, y la gran población de alumnos varones -las niñas quedan sin esa posibilidad- ingresan a dichos espacios. A pesar de que se había inculcado disciplina en las escuelas, todavía no existía poder humano que evitara el juego y las apuestas (en el mismo colegio, tabernas, etc.) por parte de los niños. Algo similar ocurría respecto a la sexualidad. Si bien desde un siglo anterior se había transmitido un "orden" todavía incipiente y flexible frente a los quehaceres sexuales, la actitud frente a este aspecto, inherente al ser humano, continua haciendo presencia sin causar problemas de ninguna índole (4). Se puede decir que los niños de ese entonces eran testigos y partícipes de un sinnúmero de situaciones donde el tema de la sexualidad se tomaba como algo habitual. Los primeros tres años de vida sexual de un niño transcurrían de la siguiente forma: a manera de broma, los adultos juegan con los genitales del pequeño, y siguen de cerca los acontecimientos que se suceden en su cuerpo, como las primeras erecciones, que eran motivo de diversión. Aproximadamente a los cinco o seis años el niño deja de asumir ese rol para ser él, ahora, el que juega y se divierte con los genitales de los demás. A los siete años, cuando ya es "todo un hombrecito", el niño inicia el aprendizaje de la "desencia" en donde aprende modales y un apropiado lenguaje (discreto) frente a los temas sexuales. Alrededor de los catorce años, ya no había mucho que aprender en torno a la sexualidad, para ese entonces se sabía en carne propia sobre una relación sexual. Los matrimonios se llevaban a cabo entre los trece y catorce años de edad. Como se puede observar, la actitud frente a la sexualidad era otra, muy distinta a nuestra realidad:

"No solamente se aceptaba sin repugnancia a los niños

en una operación sobre el sexo que era en verdad de naturaleza religiosa, sino además la gente se permitía, conservando la conciencia tranquila y públicamente, gestos, caricias que se prohibían en cuanto el niño entraba en la pubertad; es decir, poco más o menos en el mundo de los adultos. Eso por dos razones. En primer lugar, porque se creía que el niño impúber permanecía ajeno e indiferente a la sexualidad. Así, los gestos y las alusiones no le traían ninguna consecuencia, se convertían en actos gratuitos y perdían, neutralizándose, su carácter específico... Además, porque no existía aún el sentimiento de que las referencias a la sexualidad, incluso despojadas prácticamente de segunda intención, pudieran mancillar la inocencia de la niñez, en la realidad o en la opinión que se hacía la gente, y a nadie se le ocurría pensar que esa inocencia existiera realmente".

(5)

Difícilmente se podía despertar culpabilidad y vergüenza en los niños frente al tema de la sexualidad, si el sentimiento de la infancia todavía no aparecía con plenitud. Es cierto que a finales del s. XVI se crean una serie de textos en cuyo contenido se podían apreciar observaciones de Psicología infantil, pero todavía no provocan el gran interés que se despertará años más tarde.

En el transcurso del s. XVII, se suceden un gran número de acontecimientos que definen de manera más clara el sentimiento de la infancia. En lo que respecta a los retratos, la moda que surgió entre los pintores era la de representar al niño solo. Ese era el tema principal. Dentro de las familias, surge la necesidad de conservar retratos de los niños durante su niñez. De hecho, el retrato del niño muerto (el cual tiene en la mano una cruz y es más pequeño) viene a despertar una conciencia en términos de conservar su muerte como una pérdida irreparable. Aun cuando el infanticidio era un acto todavía admitido y tolerado, el niño aparece como un ser que, de manera paulatina, va ocupando un lugar,

de allí que se "insista" en el parecido físico que se encuentra entre padres e hijos. Quizá uno de los acontecimientos que fortalecieron el valor que de infancia tenemos, es la creciente importancia que la escuela fue adquiriendo en la vida cotidiana. En la medida en que la escuela se apropia de la educación -que antes se "mamaba" en el aprendizaje junto con los adultos- la configuración de lo que es un niño comienza a concretarse. Gracias a todo un movimiento pedagógico, en donde también se incluían aspectos morales y religiosos, el sentimiento hacia la infancia se va cristalizando, a tal punto que una de las cosas más importantes que se debían realizar en ese tiempo (s. XVII) es "educar a los niños". De esta manera, la llamada educación a la infancia se traducía a lo siguiente: a) Evitar que los niños estén solos, hay que vigilarlos para prevenir la promiscuidad en los colegios. b) Transmitir una disciplina prematura de tal suerte que se deje de mimar al niño. c) Fomentar la discreción, es decir, impedir que varios niños duerman en la misma cama, aunque sean del mismo sexo y d) No incurrir en el tuteo, ante todo está el respeto. Este es el contexto bajo el cual progresa y se extiende una corriente literaria pedagógica dirigida a los padres, en donde se insiste sobre las "responsabilidades" y "obligaciones" que los padres tienen frente a los hijos. Como se puede observar, la familia comienza a ser una fuente de atención que se dirigía a los hijos, interés que se va convirtiendo en una realidad, de allí que se insista en la primera comunión y se festeje a San Nicolás, celebración "intima" en donde se obsequiaban juguetes a los niños. Si bien es cierto que a estas alturas se podría considerar a la familia del s. XVII como la "familia moderna" y la valorización del niño como la representación que hoy en día tenemos de la infancia, cabe señalar que aún existían situaciones que de alguna manera evitaban esa conclusión precipitada. Tal es el caso de una corriente hostil hacia los "cuidados" y "atenciones" que reciben los niños, y una corriente más, que no ve con buenos ojos las acciones que la escuela comenzaba a desempeñar:

Montaigne: "No puedo aceptar esta pasión que consiste en abrazar a los niños recién nacidos, cuya alma no tiene

movimiento y cuyo cuerpo carece de forma reconocible, que los haga dignos de ser estimados, y tampoco aguanto de buen grado que se los críe en mi presencia".

Grenaille: "El principal defecto del colegio es el aislamiento de los niños, que los separa de su medio social natural. El niño tiene necesidad de saber desde temprana edad cómo tiene que actuar en el comercio, en el bufete, cosa que no puede aprender en un lugar donde se piensa más en vivir con los muertos que con los vivos; es decir, con los libros más que con los hombres".

(6)

La educación de los niños durante el s. XVII partía no sólo de la escuela, sino también -todavía- de la vida compartida con los adultos. El sentimiento de la infancia se descubre en este siglo, pero dicho hallazgo toma un perfil que no beneficiará del todo al niño. Cierto, la niñez a salido del "anonimato", pero el precio es asociar este momento de la vida con la debilidad, inocencia, dependencia, imbecilidad, etc.

A partir del s. XVIII y prácticamente hasta nuestros días, la familia emprende la retirada de la vida en colectividad y se instala en un nuevo espacio -la casa moderna- que le proporciona la tan "deseada" intimidad hogareña. Lógicamente, dicho alejamiento se realiza con los niños, de tal suerte que ya no es posible hablar de familia sin mencionar a los hijos y viceversa. La escuela es otra institución que se encarga de atrapar al niño para despojarlo de la vida en el mundo adulto. Para estas fechas, la disciplina en el colegio es un hecho evidente, sumandose a la educación de los hijos nuevas y sofisticadas preocupaciones que van, desde el interés por su salud e higiene, hasta la creación de ciencias cuyo objetivo consiste en abarcar los problemas de la infancia.

El niño de nuestro tiempo, aparece como un ser frágil, como una bendición que la familia debe valorar, proteger y, claro está, amar. La nueva configuración de la infancia en este fin de milenio, imagen y representación que las Instituciones morales, científicas y sociales certifican

y legalizan, cuenta con un espacio plenamente delimitado para que desde allí desarrolle el papel asignado. Hoy en día no hay duda de lo que un niño "es", se sabe perfectamente "lo que hace" y existen diversos métodos para "rectificar" y "corregir" aquellas inesperadas situaciones que pongan en peligro el discurso que los presupone y determina. Sin embargo, esta configuración que tenemos del niño -históricamente inquieta- en una sociedad igualmente compleja y diversa, sufre ciertas modificaciones inherentes a los cambios que la humanidad va padeciendo. Esto quiere decir que, en esta insospechada transformación de la sociedad, la imagen del niño va adquiriendo un rostro innovador. Ahora bien, si echamos un vistazo a la situación mundial que vive la infancia hoy en día, es fácil advertir que se trata de una condición delicada: UNICEF señala, por ejemplo, que en la década de los noventas más de cien millones de niños morirán por enfermedades y desnutrición. Si nos detenemos en el caso específico de México, el panorama no deja de ser alarmante. Algunos datos que muestran y denuncian las condiciones bajo las cuales se desarrolla la niñez de nuestro país -en los últimos cinco años- son las siguientes:

1989: "A nivel nacional, de los 35 millones de infantes, 13 millones viven en condiciones infrahumanas en los sectores marginados de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey principalmente".

(7)

1990: "...3 millones de menores en el país están obligados a laborar sin ninguna protección en su salario ni en sus condiciones de trabajo con jornadas de entre 2 mil y 8 mil pesos (...)".

(8)

1991: "15 millones de niños mexicanos -casi la mitad de la población infantil en México- viven en extrema pobreza y son víctimas a diario de la marginación, maltrato,

abandono, plagio, prostitución,...".

(9)

1992: "...para obtener los artículos alimentarios indispensables en una familia obrera de 5 personas se requieren N\$17.90.ºº diarios de los cuales el salario mínimo cubre sólo dos terceras partes".

(10)

1993: "...la reducción de los salarios y el aumento del desempleo serán factores principales del progreso de la miseria (en los 90's) donde el estancamiento a ultranza del costo de la fuerza de trabajo es uno de los elementos fundamentales de la llamada modernización económica".

(11)

1994: "...no es justo que sólo 20% de la niñez latinoamericana se encuentre en buenas condiciones, mientras que un porcentaje alto esté sumido en el abandono, la pobreza y la explotación".

(12)

Este es el escenario gris que se ha reservado a la mayoría de la población infantil en un país subdesarrollado como México, es precisamente este su espacio, lugar erosionado en donde la desesperanza se transforma en la compañera fiel del existir cotidiano. Pero ¿cómo hacer para que el niño siga siendo ese ser inocente, el rey del hogar, el futuro hombre del mañana? Si bien es cierto que los rostros de la infancia a través de la historia han mostrado un sinfín de matices, y que la categoría que de niño tenemos se encuentra lo suficientemente supuesta, la situación económico-político-social por la que atraviezan la mayoría de los países del Tercer Mundo, a traído como resultado una sintomática concepción de la niñez. Así, el niño de la calle aparece como un rostro inesperado de la infancia ante Gobiernos ciegos por el poder y como un fruto sombrío

que necesariamente habría de hacer aparición. Es él quien viene a trastocar y tambalear la imagen del paraíso perdido que se dice es la niñez. Pero el niño de la calle también es un "ser que quiere ser", su presencia es una voz, y su voz es huella que historiza.

El fenómeno del niño de la calle no es una manifestación sintomal tan novedosa -como pudiera pensarse. Aun cuando el tema se convirtió en un "lugar común" los dos o tres primeros años de la década de los noventas, podemos observar su temprana presencia en obras cinematográficas como "Los olvidados" (Luis Buñuel, 1950) y novelas como "Los hijos de Sánchez" (Oscar Lewis, 1961), testimonios que ya eran portavoces de la injusticia en que vivían los sectores de la sociedad más necesitados. Ahora bien, ¿quién es ese niño que viene a perturbar la candorosa imagen de la infancia? Los diversos discursos que se articulan en torno a lo que es un niño de la calle (en medios informativos como los diarios, la TV y el radio) son abundantes, discursos que en su mayoría conservan un tono nada favorecedor para ellos. Los niños de la calle son: en su mayoría adictos a las drogas; desconfiados; agresivos y rebeldes; provienen de familias desintegradas a las que no vuelven a ver; destinan poco tiempo a su alimentación; son delincuentes en potencia; niños-adultos que se olvidan del juego; el robo es uno de sus medios para lograr la supervivencia en la calle; conservan un nivel escolar bajo; carecen de vínculos afectivos; padecen enfermedades gastrointestinales y respiratorias agudas; no son cultos pero sí astutos; sienten que no valen nada; se desarrollan en un ambiente donde priva el rencor, el odio y la venganza; crecen con ideas completamente aberrantes sobre la vida, etc., etc. Su presencia en la calle -se dice-, tiene que ver con la desintegración familiar, entre otras circunstancias. El hogar, en estos casos, es el escenario de situaciones tales como la agresión física y sexual por parte de los padres o uno de ellos, el alcoholismo, abandono y la falta de comunicación. A esta débil estructura familiar, se suman las dificultades económicas que traen como resultado el que el niño tenga que buscar a temprana edad un trabajo para cooperar en el sustento de la familia (si aún vive con los padres) o valerse por sí mismo. Siendo que la familia es la "encargada" de satisfacer las necesidades básicas de afecto, alimentación y educación, al no poder conseguir tales objetivos, las consecuen-

cias son desalentadoras. Una familia social y económicamente lesionada -se advierte-, es el ambiente de cultivo de conductas antisociales por parte de los hijos. En vista de que el niño tiene que trabajar para sobrevivir, también deja la escuela -si es que iba- y hace de la calle su espacio vital. Sin embargo, "nada" justifica que un niño trabaje, y menos en la calle que es cruel, peligrosa, negativa social y moralmente, etc., etc. Es allí, donde se le espera un prometedor calificativo de "delincuente"...

Este es un breve panorama de la caracterización que generalmente se hace del niño de la calle. Como podemos observar, ciertamente se trata de una imagen sombría. Su situación se presenta tan cruel y complicada que, los esfuerzos por "ayudarlos" no se han hecho esperar. Haciendo de nuevo un poco de historia, desde 1913 existió una preocupación por formar una asociación internacional para la protección de la infancia. En 1924 se realiza la primera declaración sobre los derechos del niño en Suecia, y la ONU la ratifica hasta el año de 1959. Veinte años después, (en 1979) se designa el "Año Internacional del Niño". Siendo que el fenómeno del niño de la calle iba haciendo alarmante presencia a nivel mundial, fue inevitable tomar cartas en el asunto. En México se implementaron algunos programas en 1983 (Manuel González en MESE y Gerónimo Leaños en el proyecto Coatzacoalcos). Más tarde, en 1989, las peticiones de Organizaciones Gubernamentales (OG) y no Gubernamentales (ONG) en torno a la protección de los derechos del niño callejero, comienzan a tener cierta resonancia, en términos de solicitar un código civil de los derechos del niño. En noviembre del mismo año, la Asamblea General de la ONU por fin aprueba -después de diez años- la "Convención de los Derechos del Niño" (CDN), en la idea de mejorar las condiciones de vida de la infancia. El año de 1990 se perfiló como un período rico en eventos que, de una u otra forma, buscaban la creación de alternativas y estrategias en pro de los niños callejeros. Se realiza en marzo el "Primer foro de evaluación de la situación actual de los derechos del menor" en donde se demandaba la creación de un marco jurídico que proteja al niño. En abril se lleva a cabo el "Primer encuentro de Niños Callejeros" cuya sede fue Argentina, y en donde se tenía como tarea principal el que los países del Tercer Mundo ratificaran su participación en la CDN.

Dos meses después, en junio, el Centro Mexicano para los Derechos de la Infancia (CEMEDIN) declara que las OG tienen demasiados vicios y que además han demostrado su incompetencia para atender "verdaderamente" a los niños callejeros. En ese mismo mes, la Asamblea de Representantes del DF (ARDF) organiza la jornada de análisis sobre "La problemática de los niños que trabajan en el DF". Los meses de agosto y septiembre se perfilaron como momentos de denuncia: ONG señalaron que en México no se cumple ni se respeta la declaración sobre la CDN que incluye, entre otros derechos básicos, el respeto, la alimentación, educación, salud, recreación, etc. CEMEDIN declara, además, que el Departamento del DF (DDF) no cuenta con un programa para atender el fenómeno del niño de la calle. El DDF crea en estos meses un Fideicomiso y organiza el "Encuentro de Instituciones que atienden a menores de la calle" con el fin de "unificar" esfuerzos y recursos para estos niños. Propone a las ONG la creación de un "Comité Consultivo de Atención Social de la Ciudad", pero es rechazada su petición por considerarse como una medida "decorativa". Durante el transcurso del 91, 92 y 93, las ONG como el CEMEDIN continuaron denunciando el incumplimiento de los acuerdos que se trataron en la CDN, y la poca cobertura que tienen las Instituciones gubernamentales.

Estamos por finalizar 1994 y todavía no existe un acuerdo sobre el número de niños que optan por fincar su vida en la calle. Pero...¿para qué queremos una fría precisión numérica?, ¿será más fácil ver porcentajes que niños durmiendo a la intemperie, frente a nuestra indiferencia? Los sorprendivos acontecimientos que han violentado a los mexicanos desde que inició el año de 1994, han colocado a los niños de la calle en un nuevo plano. Ya no son el tema de conversación que "masticábamos" con cualquier pretexto hace poco. Es cierto. Pero los niños de la calle siguen allí...sobreviviendo. Sin duda han sido abundantes las preguntas que les han hecho, en la idea de "ayudarlos" y "conocerlos" (¿tienes familia?, ¿quieres estudiar?, ¿te drogas?, ¿dónde duermes?, ¿no te da miedo estar aquí?, ¿en dónde te aseas?, etc., etc.) pero pocos nos hemos detenido a escucharlos como sujetos. Ciertamente es que el niño de la calle irrumpe como síntoma de una realidad cruel y violenta, pero no dejaremos de ser insensibles frente a su difícil condición si no se permite que

sea él quien nos hable de sí mismo. Es importante dejar de "etiquetarlos", de construirles una caracterización psicosocial que solamente los deja mudos. No olvidemos que, antes que niños de la calle, se trata de sujetos que deciden y desean, que no necesariamente les apetece lo que las personas "preocupadas" por ellos "suponen" les hace falta. Dejemos que sean ellos los que cuenten su historia, basta ya de interrumpirlos con nuestras angustiantes -y tontas- interrogantes que sólo confirman lo dicho.

La inquietud del presente trabajo, se apoya precisamente en la idea de acceder al "decir" del niño callejero, tarea sin duda compleja, pero no por ello irrealizable. Se busca, en todo caso, dar un saber al fenómeno transitando del hablar al decir, esto es, intentar la liberación de un discurso que se esconde tras el velo de lo dicho. De cimiento teórico-metodológico se parte del Psicoanálisis, gracias al cual puede afirmarse el saber en falta de los niños de la calle, de tal suerte que sea posible dar cuenta del fenómeno sin considerar ni pretender la "solución" del mismo.

Como se puede observar, el objetivo de la presente investigación se presenta, ciertamente, cargada de incertidumbre. Sin embargo, no podría ser de otro modo en tanto que lo deseado es darle un estatus a la palabra de estos niños, y para ello es necesario partir con interrogantes en los bolsillos, crear un espacio en donde su decir encuentre resonancia. Si el Psicoanálisis nos ha dado la posibilidad de acceder a la difícil tarea mediante la cual, es posible hablar de la subjetividad, de la construcción de un sujeto que se historiza, es sólo apartir de la emergencia de su discurso que podremos escuchar la construcción de su historia, la representación de su mundo,...su deseo.

VI. CONSIDERACIONES EPISTEMOLOGICAS

"¿Será posible que rebajemos la existencia a un mero ejercicio de cálculo, a un objeto de estudio de matemáticos apoltronados? "Ante todo no hay que propasarse a despojar a la existencia de su múltiple variedad; así lo exige el buen gusto, señores, y hasta el respeto debido, cosa que no cabe dentro del horizonte de ustedes. Eso de que sólo haya una interpretación del mundo con la cual estén ustedes en lo cierto, dentro de la cual pueden hacerse investigaciones científicas (¿querrán ustedes decir mecánicas?) y pueda seguirse trabajando con arreglo a los principios de ustedes: una interpretación que permita contar y calcular, pesar, mirar, tocar y nada más, es una patochada y una candidez, concediendo que no sea locura o imbecilidad. Y ¿no es, por el contrario, muy probable que lo más superficial y exterior de la conciencia, lo más aparente de ella, su costra, su materialización, sea lo que primero percibamos, quizá lo único? Una interpretación del mundo tal como ustedes la entienden podría ser, por consiguiente, una de las interpretaciones más estúpidas y de menor sentido".

F. NIETZSCHE *

La inclusión del presente apartado, resulta ser un acto ineludible

en el trabajo que se ha venido desarrollando. Tomar en consideración a la Epistemología, como un instrumento que posibilita un acercamiento al proceso de constitución de los conocimientos científicos, nos permitirá examinar y reflexionar en torno a la producción del saber. Será precisamente a partir de los cuestionamientos que la Epistemología realiza a toda disciplina científica, que se irá describiendo y descubriendo la forma de proceder en la investigación realizada, esto es, desde dónde partimos.

Una de las preguntas que toda ciencia debe responder, en la idea de evaluar la validez de sus conocimientos, es la siguiente: ¿Qué es lo que voy a conocer? Dicho cuestionamiento hace referencia al objeto de estudio, al fenómeno, a la parte de la realidad en la cual recae nuestro interés. Cada ciencia tiene un objeto de estudio muy particular y cualquier investigador necesariamente debe tener claro qué es lo que va a conocer. Podríamos decir que, en cuanto al objetivo de nuestras investigaciones y quehaceres, la realidad del niño de la calle es aquello que queremos saber. Lo anterior quiere decir que hay un interés por conocer un objeto de estudio, pero... ¿quién es ese que tiene interés de conocer? La respuesta además de sencilla resulta algo tonta: aquel que tiene el interés de conocer un objeto de estudio X es un sujeto, un ser humano, un hombre, fulano de tal. Pues bien, dicha respuesta no por ser tan obvia, cuenta necesariamente con una contestación satisfactoria. En principio podríamos decir que la ciencia generalmente forcluye precisamente a ese "sujeto", en tanto que no se pregunta la manera en que este personaje se juega en el campo del conocimiento. Quizá la ciencia hace oídos sordos a esta pregunta o la concepción que tiene de sujeto es tal, que la producción del conocimiento se realiza a pesar de él, pero... ¿no es él quien conoce? Si echamos un vistazo a las ciencias en la idea de articular una concepción de ese sujeto que conoce, es posible advertir que se trata de un ser que presupone un saber en cuanto al objeto. La posición de aquel que investiga es la de un sujeto que de antemano posee un conocimiento del fenómeno. Se trata de un hombre dotado de inteligencia y conciente de sus actos que, al estar frente a su objeto de estudio, extrae de este todo aquello que le interesa conocer.

La situación no resulta ser tan sencilla cuando ese sujeto que investiga

tiene por objeto de estudio a otro sujeto. En este punto valdría la pena preguntarnos: ¿qué pasa cuando uno empieza a sudar frío, en ese primer contacto con los niños de la calle?, ¿por qué me conmueven de mi lugar de investigador?, ¿no se supone que uno ya sabe quiénes son?, entonces... ¿por qué esa angustia? Cuando se hace "ciencia" en disciplinas que tienen que ver con el hombre, en tanto que se busca acceder a las diferentes gamas de su realidad, no es posible hablar de una relación lineal "sujeto que conoce al objeto". Es evidente que la relación que allí se establece es la de un sujeto frente a otro sujeto, sin embargo, al hablar de sujeto no podemos referirnos, en el caso del investigador, a un individuo dueño de sus actos (respaldado por un método científico excepcionalmente objetivo que le permite evitar cualquier error) y en el caso de la persona (s) que se pretende conocer, tampoco estamos hablando de un individuo (s) que permanece indiferente ante la presencia de un ser ajeno a su vida. En esta relación sujeto-sujeto se produce, de manera inevitable, la influencia de uno sobre el otro y viceversa. Cuando se está frente a los niños de la calle ¿podemos asegurar que nuestro sentir no produce algún efecto en lo que reportamos como algo "científico"? En el momento en que nos acercamos a estos niños ¿sus actitudes son las mismas?, ¿se nos presentan tal y como son?... Lo anterior podría orillarnos a pensar que el hecho de "conocer" en las ciencias humanas, es una situación más que imposible. Sin embargo las cosas no pueden ser tan pesimistas. Si nos permitimos dudar de ello se debe a los ecos y resonancias que el Psicoanálisis a dejado en el campo de la ciencia.

Esta disciplina tiene la virtud de reintroducir la dimensión del sujeto en las tierras de la científicidad. Desde la perspectiva psicoanalítica, el sujeto no es un ser autónomo, que sabe lo que hace y cuenta con decisiones plenamente conscientes que le permiten elegir de manera inteligente. Se trata más bien de un sujeto descentrado de su propio yo, cuyo inconsciente lo coloca en un lugar donde las certezas de su existir se marchan dejándolo solo, con ese otro que también es él mismo. Hablar del sujeto en Psicoanálisis no tiene que ver con un individuo predecible, armónico y completo, su concepción subversiva tiene que ver con un sujeto cuya inherente carencia lo descubre deseante, sencible ante su condición

de incompletud. Para el Psicoanálisis el inconsciente habla en el sujeto (sueños, actos fallidos, síntomas, etc.), y lo remite precisamente al cuestionamiento de sí mismo. Cuando se introduce una concepción de sujeto de esta naturaleza, que rompe con todas aquellas normas y discursos prepotentes, las ciencias no pueden dejar de preguntarse sobre ese "sujeto" que "conoce" al "objeto".

Otra de las preguntas que la Epistemología dirige a la ciencia es ¿Cómo voy a conocer? y refiere al tipo de metodología a utilizar para descifrar la realidad del fenómeno en cuestión. Si bien es cierto que no existe un método científico único y exclusivo, se da el caso de ciertas ciencias que adoptan el "método científico experimental" en la idea de acceder a resultados objetivos. Dicho proceder se enfrenta a un sinfín de dificultades cuando las disciplinas que adoptan esta metodología, tienen por objeto alguna faceta de la realidad humana, pero ¿no se supone que toda ciencia debe justificar la objetividad de su producción? En el momento en que una ciencia -cuya mirada se dirige a lo humano- adopta un método científico experimental, no sólo se está amparando con una metodología ajena, lo sorprendente de tal situación resulta ser que su objeto de estudio se adapta asimismo a dicho método. Una ciencia que recupera este procedimientó, en la idea de encontrar la tan deseada "objetividad", abandona sus verdaderos fines en tanto que el hombre queda en el olvido. Esta situación podría quedar más clara si antes nos preguntamos ¿por qué el método experimental choca con las disciplinas que abordan lo humano?

El método científico experimental es un procedimiento sistemático que permite hallar y descubrir la verdad de aquello que estudia. Entre otras cosas, dicho método hace uso de la observación de los hechos, recupera esta información en la idea de formular hipótesis, para después, certificar y corroborar su validez vía la experimentación. La confirmación de tales hipótesis permiten la creación de leyes gracias a las cuales los fenómenos pueden ser medidos, controlados, al grado de poder predecirlos. Desde esta perspectiva, el método experimental se presenta como un discurso que re-produce y repite, como un edicto que posee la verdad absoluta. El científico, en tal caso, sería el responsable de atestiguar y corroborar tales certidumbres:

"... el científico "conoce" desde el principio y sólo se trataría de purificar, al parecer, ese conocimiento para separar la ganga por un lado y obtener, por el otro, la pepita de oro del conocimiento".

(1)

A partir de lo anterior podríamos decir que la metodología experimental tiene como finalidad el reafirmar su objeto de estudio, en tanto que lo puede definir a priori y el recorrido teórico-práctico que realiza no sirve para construirlo, sino más bien para destruir su esencia. Más que "conocer", el método experimental reafirma la verdad de una realidad que ha sido congelada a partir de discursos dogmáticos, empero, habría que ver si resulta tan sencillo ese acercamiento a la realidad y averiguar qué tan auténtico resulta ese conocimiento.

Cuando el investigador sale en busca de la realidad de su objeto de estudio, se topa con una serie de representaciones y percepciones del mismo. La manera en que analice dicha información, nos hablará del acceso a un discurso científico o por el contrario, a un simple reconocimiento de la realidad a estudiar. En el momento en que se obtiene como resultado una confirmación o reproducción del objeto de estudio, estamos más bien hablando de conclusiones que no han podido rebasar la apariencia del fenómeno en cuestión, por tanto, más que un conocimiento científico se trata de una práctica precientífica.

Cuando se procede de una manera distinta, esto es, cuando se concibe la idea de que la realidad de nuestro objeto de estudio no se muestra de manera evidente ante nosotros, es posible hablar de un paulatino acceso al mismo. Siendo que la realidad no se presenta ante el investigador de una manera clara, es necesario emprender un rodeo, un abordaje que permita diferenciar la representación que yo, sujeto que investigo tengo de la realidad y la realidad misma. Una cosa es el concepto heredado y conformado de múltiples fuentes que me ha creado un saber sobre la niñez, la calle, un niño de la calle, y otra muy distinta es la realidad de un niño que trabaja y vive en la calle, limpiando parabrisas en la Av. México-Tacuba, en este México de 1994.

Varios son los autores que han insistido en considerar a la realidad como un todo estructurado que no deja de desarrollarse (2), se a recalcado que el objeto de estudio no se puede aprehender como algo objetivo de buenas a primeras, sin pasar necesariamente del conocimiento sensible al científico (3), entonces ¿qué caso tiene adoptar una metodología que sólo identifica pero no explica, que sólo percibe pero no comprende?, ¿podemos hablar acaso, de una metodología que no deforme la esencia de la realidad?, ¿cómo hacer para transitar de un perfil del niño de la calle, a la realidad de cada uno de los niños que hacen de la calle su mundo?

Como ya mencionabamos, el método científico experimental no representa la única forma de proceder en la ciencia, ni tampoco suele ser la mejor opción. Tratándose de las ciencias en donde se intenta acceder a uno de tantos matices del orden de lo humano, el método experimental resulta impropio y ajeno.

Una de las metodologías que permiten acceder a lo esencialmente humano es el método clínico, específicamente el psicoanalítico. El hecho de optar por un procedimiento tal tiene sus pequeñas contrariedades y sus grandes ventajas. Podríamos decir que, uno de los obstáculos a los que se puede enfrentar una ciencia que utilice el método clínico psicoanalítico es que, la producción de su saber, es el resultado del conocimiento de un caso "particular". Esta situación viene a chocar con una de tantas características que debe tener toda ciencia, esto es, la confirmación de la realidad suele generalizarse (¿todos los niños de la calle necesitan regresar a casa porque allí es donde les espera la felicidad?).

Ahora bien, si el Psicoanálisis es una ciencia de lo particular, y gracias a su método de investigación es posible acceder a la realidad del psiquismo ¿por qué habría que considerar ese saber como algo superfluo? El tomar a cada sujeto como un caso particular ¿no habla precisamente del respeto, de enaltecer la dignidad de cada quién? El Psicoanálisis no busca objetivar al sujeto, hacerlo desaparecer entre curvas de Gauss, porcentajes o diagnósticos castrantes.

Si nos detenemos brevemente en el dispositivo psicoanalítico, podemos notar de inmediato que Freud privilegió siempre la acción de la palabra en tanto que es allí, en el discurso, en donde el sujeto aparece y se

manifiesta. Para que la palabra pueda hacer acto de presencia, la situación analítica debe contar con una serie de condiciones. Una de sus reglas fundamentales es la "libre asociación" gracias a la cual, el sujeto expresa verbalmente todo aquello que se le ocurra. Si el analista permite que la palabra brote, si la libre asociación se permite, quiere decir que todo lo que se diga tiene valor, inclusive aquello que aparece como un **mal decir**, como **palabra que hace ruido**. Ahora bien, es gracias a la "atención flotante" que el analista puede asumir una actitud neutral frente a ese discurso, en términos de no prestar más atención a un decir que a otro. Su atención debe privilegiar a todo el discurso, es su escucha la que le da estatus a la palabra. El analista vendría a presentarse como un sujeto-supuesto-saber, en tanto que se cree que es él quien sabe lo que al sujeto le sucede. Gracias a la formación que recibe el analista (conocimientos teóricos, análisis personal y asesoramiento de sus propios casos), su lugar no impide que la palabra del analizado haga presencia, en tanto que su deseo es que el otro pueda desear. Más que una recopilación de datos, la meta del Psicoanálisis es la de reconstruir la historia del sujeto, no en el sentido de acudir al pasado para rectificar y objetivar el decir, sino más bien para desatar a la palabra de las amarras del pasado que no han sido resueltas en tanto que aún viven en el presente.

Si bien es cierto que el Psicoanálisis posibilita la emergencia del inconsciente, ya sea en actos, palabras o producciones imaginarias como sueños, fantasías, etc., es igualmente cierto que su utilización puede traspasar el dispositivo analítico, esto es, como método de investigación puede ser utilizado en otras disciplinas en donde, de igual manera, se quiera privilegiar el discurso del sujeto. Aun sin utilizar las reglas fundamentales del dispositivo, sin la pretensión de realizar un "análisis" propiamente dicho, el Psicoanálisis puede recuperarse como un método de investigación en las ciencias que buscan un saber sobre lo humano. Si el inconsciente es una vía privilegiada en el acceso de la verdad subjetiva y se crea un ambiente en donde la palabra pueda mostrarse tal cual, sin consideraciones ni mojigatería alienante, quizá sea posible acceder a la realidad de ese sujeto. Ahora bien, ¿cómo hacer para que el niño de la calle no preexista a partir de la metodología? La respuesta

iría en el sentido de posibilitar un espacio donde el lugar de la verdad sea ocupado por el saber, es decir, ocuparnos de ese saber en falta, abandonado por los discursos omnipotentes de la ciencia. Se trata de construir momentos durante los cuales, el niño pueda decir y mal-decir, en la idea de recuperar esa materia prima y ocuparla como cimiento de su propia historia.

La última pregunta que la ciencia debe responder es la siguiente: ¿cuál es el estatus teórico de ese saber que se posee? Ya hemos visto que algunas disciplinas científicas concluyen su proceso de conocimiento en la reafirmación de los hechos. En este caso, en el que más bien habría que hablar de falsas ciencias como lo expresa Canguilhem (4), todo aquello que se certifica y corrobora tiene la virtud de no poderse desmentir. Sin embargo, en los momentos en que la ciencia se acerca con otra actitud a la realidad -que por cierto no deja de recrearse- es posible concebir a la verdad no como un dogma, sino como parte de un saber que la conforma. Desde la postura psicoanalítica, que está al servicio del saber, sus construcciones no pueden ser definitivas ni terminantes en tanto que la verdad histórica del inconsciente no deja de encontrarse

De esta manera, en la medida en que el Psicoanálisis permite al individuo ser el sujeto de su propio discurso, no puede abrochar esa palabra colocando puntos finales. Es precisamente en este sentido, que el Psicoanálisis se presenta como una ciencia "humana", en tanto que toma en cuenta la **Ética**, que no puede ser otra que la del sujeto del deseo.

VII. DE LA DESCRIPCION Y LOS PROCEDIMIENTOS

En el capítulo anterior fue posible reflexionar sobre varios aspectos que incumben a la investigación, específicamente aquella que pretende abordar el campo de lo humano dentro de la ciencia. En esta sección se desarrollarán algunos aspectos de la investigación, además de describir ciertos detalles acontecidos en el trayecto de la misma.

La idea de trabajar sobre el fenómeno del niño de la calle surge a partir de la invitación a participar en el proyecto de investigación titulado "El niño de la calle y su problemática", elaborado por docentes de la ENEP-Iztacala. Dicho proyecto transitó por una serie de dificultades y contrariedades que finalmente interrumpieron su realización. Tres de las personas incluidas en la investigación, decidimos trabajar por cuenta propia algunas líneas de análisis para abordar ciertos aspectos de la realidad del niño callejero (Adolescencia, Familia y Subjetividad y deseo en el niño de la calle).

Siendo que el interés de las tres líneas de investigación se dirigió especialmente al discurso del niño de la calle, en la idea de configurar parte de su historia, el tipo de técnicas e instrumentos a utilizar tenían que cumplir con la característica de no interferir el desarrollo de su discurso. A partir de esta concepción, se sugirieron varias técnicas, sin embargo, en base a las circunstancias que se fueron dando con los niños, las que finalmente se utilizaron fueron las siguientes: entrevistas semidirigidas; tarjetas en las que aparecían frases con preguntas completas o incompletas, en la idea de dar "cuerda" al decir del niño callejero (p. ej. "¿Cómo es mi mejor amigo?", "Lo más peligroso en la vida es..."); tarjetas con ilustraciones en donde la intención consistía en que el niño inventara una historia y la describiera. Dichas tarjetas aparecían como un pretexto para entablar con los niños una charla espontánea.

En el momento en que se logró establecer una relación de confianza,

se manejó la propuesta de utilizar una grabadora para analizar con detenimiento las conversaciones que se fueron dando.

El lugar en el que se realizaron los encuentros con los niños, está situado entre el metro Normal y San Cosme, específicamente en los cruceos que atraviezan la Avenida México-Tacuba y Ribera de San Cosme. Las charlas también se establecieron en un parque cercano a esta zona, en el cual se encuentra un Teatro al aire libre y la Capilla Británica.

El contacto con los niños de la calle tuvo una duración de ocho meses, y en ese intervalo fue posible realizar ocho sesiones de grabación. En el momento en que se daba por terminada la charla o la actividad que en ese momento se llevaba a cabo, se elaboraba un registro de lo acontecido en el Diario de Campo, instrumento cuyo fin era el recopilar información a partir de las observaciones realizadas.

Para terminar, es importante mencionar que se tuvo contacto con veinte niños y adolescentes (aproximadamente), cuyas edades oscilaron entre los trece y veinticinco años. Sólo se conservan los testimonios de aquellos que decidieron compartir sus experiencias.

VIII. VIAJEROS EN EL TIEMPO

" ¿ Y mi voz ? "

HORACIO

Para el Psicoanálisis el discurso es el lugar en donde el sujeto se manifiesta, es la materia prima gracias a la cual es posible armar y referir una historia, es allí donde habitan los significantes que han marcado su existencia.

En este sentido y cumpliendo con los propósitos del presente trabajo, en esta última parte se irán mostrando ciertos fragmentos del decir del niño callejero, con la idea de ir configurando parte de la historia que los remite como sujetos con un destino particular. Si la idea es "mostrar", significa que las "demostraciones" no tienen cabida en este quehacer, no es posible pretender corroborar la verdad del discurso, en tanto que ésta emerge en el mismo momento en que el texto del decir se hace presente.

A partir de las charlas que se entablaron con los niños, se llevó a cabo la tarea de sondear sobre aquellas temáticas en las que más se recurrió. De esta manera, fueron materia de conversación los siguientes temas: la Institución (familia, escuela y casas de asistencia), las drogas, las relaciones con el otro, la policía y la calle. Ahora bien, ¿qué es lo que los niños de la calle comentan al respecto?, ¿qué tiene que ver ese decir con su historia?, ¿cuál es el lugar que el deseo ocupa dentro del discurso?

Cierto es que no resulta nada fácil transitar el "hablar" al "decir" -situación que el Psicoanálisis permite gracias a su dispositivo y que no es el caso de la investigación como ya se ha mencionado- y que dentro

de ese intento el cuerpo es el que paga. Aun así, vale la pena correr ese riesgo, el de presentar lo que ellos comentan.

La Institución.

La familia, hoy en día, es el instituto fundamental en el que se basa la vida de toda sociedad. A lo largo del tiempo, la familia a ingresado en una serie de transformaciones, lo cual significa que no podemos concebirla, siempre, con las mismas características. El tipo de familia que nos ha heredado el devenir histórico es la "nuclear", conformada por padres e hijos. Se dice que México es uno de los países afortunados, en donde todavía se cuenta con hogares totalmente cohesionados. Es gracias a la "unión de sus miembros", que la familia conserva su fuerza y esto contribuye de manera directa, en la estabilidad y permanencia de un país libre y vigoroso.

Cuando el niño de la calle toca el tema de la familia, habla de la misma como ese espacio singular en el que se encuentra seguridad, protección, afecto y confianza. Se trata de esa morada en la que se transmite una obvia estabilidad emocional:

Cl.- Y si viniera tu papá y te reconociera y te dijera ¡vámonos!

José.- Pero pues psss... siempre y cuando, debo saber cómo está allá.

Al.- O a otro lado por ejemplo.

José.- Bueno, si está en otro lado, sí me voy... sí me voy, que **no hay nada como estar en la casa de uno y estar con su familia.**

En el caso de los progenitores, el padre y la madre vienen a ocupar el lugar de seres incondicionales a los cuales es posible recurrir en las buenas y en las malas. Si alguien se atreve a dañar al hijo, allí están los padres para ofrecerle resguardo. En el momento en que se comenta sobre el cómo debe de ser el padre -por ejemplo-, aparece esa imagen de perfección que deslumbra a la vez que compromete a cualquiera que pretenda estar a la altura de progenitor "responsable":

Miguel.- Mmm "Para ti cómo debe de ser un padre" (risas).
Emm, "... como debe ser un padre" pues... buena onda ¿no?

Al.- ¿Y cómo sería buena onda un padre?

Miguel.- Pues que no me pegue, que la llevemos bien, que me de un consejo, que me ayude, que me apoye en lo que pueda, y **que me vea como a su hijo**, nadamás.

Al.- ¿Cómo serías tú como padre?

Miguel.- Mmm pues, ¿cómo sería?, pues ¿cómo sería?, pues trataría bien a mis hijos o a mi hijo, los trataría bien, les daría lo que necesitarían, estudios, **los enseñaría a ser...** a que respeten y a que no sean groseros, y a que estudien y trabajen y que no anden en la calle, y a **darles lo que necesitan**.

Si bien es cierto que los padres se refieren como aquellas personas que tienen el don de ofrecer lo que el hijo necesita, don que los reconoce y que les da el ser, dicho discurso poco a poco va cediendo lugar a uno más que retrata una realidad, en la cual, ellos habitan. Se habla de padres que no los tocaron, de hermanos que se "manchan", de ausencias prolongadas de la madre, etc. En este sentido, es posible observar dos situaciones, una en la que los padres aparecen como figuras que solamente se vinculan con los hijos a base de agresiones, pegándoles para que se estén quietos, inmóviles:

Al.- ¿Y por qué te saliste tú?

Martina.- Bueno, ¿por qué me salí de mi casa? Bueno, me pegaban mucho, por eso me salí, ya **no soportaba yo que me pegaran**.

y una más en donde la ausencia de los padres borra la posibilidad del re-conocimiento:

Cl.- ¿No la conoces...? (A la mamá).

José.- Bueno, sí la conozco pero, nooo, ¿cómo te diré?, ahorita ya no, ya no, **ya no podría reconocerla así pase frente a mi** ya no podría re..., ni ella a mi; si ni mi papá, ahorita ya **no me reconoce**, ya no me reconoce, según me ha dicho, este,

varios, el..., ¿quién me dijo? a pus el Güero la otra vez me dijo que vino a mi papá, me vió pero no me reconoció, **pasó frente de mi y no me reconoció (...).**

Podríamos decir que los padres que no soportan a sus hijos, se encuentran tan "ausentes" como aquellos que se han separado físicamente de ellos a edades tempranas. Ahora bien, aun cuando los progenitores brillan por su ausencia, existen ciertos personajes que de alguna manera han desempeñado funciones gracias a las cuales, el niño se mantiene todavía de pie. Según sea el caso, pueden figurar como personajes vitales -en tanto que allí encuentran ese don de ser y de tener un deseo propio- los abuelos (as), tíos (as), hermanos (as) y demás individuos que se conviertan, sin saberlo, en héroes anónimos en tanto que han soportado de alguna manera la existencia del niño:

Silvestre.- (...). Luego nos correteó la patrulla cuando lo teníamos aquí guey, y me atoró guey, ayer me sacó **mi jef..., me sacó mi carnala.**

Al.- ¿Quién te cuidaba entonces?

José.- Mi abuelita.

Al.- ¿La mamá de tu papá?

José.- Aja, mi abuelita era la que me cuidaba y daba de comer, solamente mi papá llegaba entre semana y le daba el gasto, **mi abuelita me cuidaba y todo.**

Ante una familia desarticulada, en donde la difícil condición de los padres (cualquiera que ésta sea) se ve rebasada grandemente por los roles rígidos que la familia moderna le dicta, el niño huye de ese espacio idealizado a la vez que resquebrajado, en la idea de luchar por su existencia. En el momento en que estalla la familia, en que se agotan las figuras que, pese a sus esfuerzos, dejan de operar como soporte del ser (la muerte de la persona que lo cuidaba, por ejemplo la abuela), el niño se precipita en ese instante a un lugar que de alguna manera ha estado a la mano, y que poco a poco se va convirtiendo en un espacio signifi-

cativo:

José.- Yo antes, cuando me empecé a salir de mi casa, la primera vez, **nada más salía en la noche y me salía el día**, todo el día, todo todo el día me iba yo al cine, **me iba yo a divertir** por ay y y en la noche, **ya que sentía la recia** me regresaba pa mi casa. Decía a mi papá, "No papá, disculpame, que esto quel otro" y que "No lo vuelvo a hacer", pero pus, otra vez la mula al trigo, otra vez a salirme... pero con tal de no hacer quehacer me iba yo a, me iba yo y otra vez a regresarme, otra vez me regresaba **y otra vez a salirme** y otra vez me regresaba, ya cuando me agarró una vez la noche allí este, en la terminal Tapo, me agarró una vez la noche allí, me, y **me encontré con unos chavos** allí, me dijeron que, que nos fuéramos a Veracruz, le digo, "No, pus yo le voy a llegar allá", no dice, "Está chido allá" y que la fregada, "¡Orale! pus **vámonos**", nos fuimos.

Desde esta especie de trinchera que es la calle, el niño se interroga sobre su ser y su lugar que lo destina; es desde allí que arma el discurso que lo remite a un difícil papel en que se descubre como hijo no ideal, perteneciente a una familia a la cual no quisiera parecerse, empero, difícilmente podría escapar de ese modelo para resolverse de otra forma. Cabe señalar que, por muy hostil que se presente el contexto familiar, el niño de la calle sigue hablando, con cierta nostalgia de su hogar:

Martina.- (...) yo **vivo por mi casa y por una calle** (...).

Para la familia moderna, reducida a la pareja y los hijos, el niño no está preparado para la vida. Debe permanecer en el hogar, sobre todo en la infancia, para que más tarde pueda volar por sí mismo. Sin embargo, al salir a la calle, el niño comprueba que en la familia algo sucede y aun cuando se insista en que debe haber familia para largo rato, habría que ver si vale la pena ahogarse en ella o emprender precozmente el aleteo.

Otra de las Instituciones que forman parte de los pilares de la sociedad es la escuela. Se podría decir que el sistema educativo representa un segundo hogar que apoya, reafirma y complementa aquellos aspectos morales y culturales que la familia ofrece al niño. Es allí donde se transita para concluir con una posición frente a la sociedad.

Ahora bien, si ubicamos los comentarios que los niños de la calle hacen de la escuela, podríamos decir que aun cuando el tema es abordado de manera ocasional, las referencias que se hacen de ella giran en torno a concebirla como un espacio importante, que se ocupa de asistir su inmadurez, en aras de convertirlo en un "ciudadano de primera". Así, la escuela al igual que la familia, serían esos soportes que posibilitan el bienestar de la niñez:

HI.- Y ¿cómo tratarías a tus hijos?

José.- Psss dándoles, **dándoles apoyo moral...** y apoyo a, **digamos metiéndolos a una escuela**, no inducirlos a una droga, no inducirlos a vagancia (...).

En vista de lo que hemos observado en comentarios anteriores, donde la familia se muestra agotada y estallada en tanto que el niño vive en la calle, la escuela corre con una suerte similar debido a que, si bien se le idealiza como espacio importante por el que se debe pasar, es también una institución que sale sobrando en la vida de estos niños. Si el menor proviene de un hogar resquebrajado, difícilmente se le transmiten los beneficios que la educación escolar podría tener en su vida:

José.- Cuando yo iba a la tienda me pasaba allí horas, o **cuando iba yo a la escuela me portaba yo mal y me drog... me mandaban expulsar y todo eso.**

Al.- ¿Sí te andaban expulsando?, ¿por qué te expulsaban?

José.- Por peleonero.

Al.- ¿Te peleabas?, ¿qué era lo que provocaba el pleito?, ¿tú tenías la culpa?

José.- El que **me quitaban**, el que **me quitaban** mis lápices, de que **me quitaban** mis cuadernos o de que **me quitaban** mi dinero;

o de que unos chavos se pasaban de listos y yo me les ponía al brinco y todo eso, y llegaba, yo llegaba al salón y me decía el maestro, me decía el maestro "Güero, voy a hablar con tu mamá" ó "Quiero que me traigas a tu mamá". Yo les hablaba y mi papá me... mi mamá **me pegaba** enfrente de mis compañeros, **me pegaba bastante**, mi papá no, mi papá me llamaba la atención y psss hasta eso que me llavaba yo bien.

Si acudir a la escuela implica que te quiten, te despojen (¿de qué?), si esta se convierte en el escenario de humillaciones y ofensas, habría que pensar cual es su finalidad o cómo maneja este tipo de situaciones. Una escuela en la que no se instituye el respeto hacia el otro, donde no hay posibilidad de resolver los cuestionamientos que hablan de nuestro ser, donde el amor es algo ajeno a su espacio, es más bien una institución cuyo objetivo sería la educastración:

Al.- ¿Tú lees revistas?

Martina.- Yo ya ahora no sé leer. Fuí a la escuela pero... **se me borró** y... cuando llegué a mi casa oí a un niño que estaba diciendo groserías, y se me grabó eso, las groserías, **se me borraba** las letras, y ya no supe leer, por eso (...).

Desde la rigidez de la escuela, el niño que no cumple con sus expectativas, aquel que se porta mal, el que hace ruido, el que no entiende que debe quedarse quieto ni con los golpes, ni el ridículo, es el niño candidato a ser borrado como sujeto, allí precisamente tampoco hay espacio para ser. Resulta paradójico que, aun cuando nos encontramos en un siglo donde se evidencia una obsesión por abordar temas que tienen que ver con la infancia, la escuela no tome en cuenta la manera en que el pensamiento se ve influenciado por procesos afectivos. Si el aprendizaje se basa en la seguridad emocional y este, llegado un momento, se muestra incapaz de nivelarse frente a los pensamientos de los demás, habría que reflexionar sobre aquello que está acaparando la mente del niño. Desafortunadamente, el sistema educativo hace caso omiso de tal situación, pareciera ser que el "mal estudiante" es el que se ha equivocado al

considerar que la escuela, representaba un espacio en donde se podía conquistar un lugar para ser:

Miguel.- Nada más estudié la primaria.

Al.- No entraste a ningún año de secundaria.

Miguel.- No porque... ya no quise, **ya me había aburrido** y... osea me llamó también la atención osea, salirme de mi casa y venirme aquí a la calle, salirme de mi casa (...).

Los niños de la calle, en los actos, nos han recordado que la escuela se a ganado a pulso el adjetivo de aburrída, es él quien se aventura a asumir el disfraz de inadaptado escolar que, más que representar a un holgazán con futuras miras a la delincuencia, viene a ser ese signo que refleja salud ante un espacio que lo sofoca y domina. Tan es así, que el niño encuentra en la calle un espacio alternativo para aprender y desempeñar ciertas actividades que lo llenan y ofrecen la posibilidad de darse un lugar.

Para finalizar con este apartado, vamos a comentar sobre la relación que se establece entre el niño de la calle y las casas de asistencia. Cuando la familia y la escuela aparecen ante el niño como espacios que carecen de ciertas condiciones para soportarlo, la opción de la calle como una estancia para existir se torna cada vez más real. No se trata de un cambio radical de espacios en tanto que el hogar y la escuela, en cierta forma, han encaminado al niño a considerar a la calle como posibilidad de permanencia. Cuando por fin el niño se asume callejero, la sociedad siempre preocupada y atenta, crea casas de asistencia para que el niño encuentre allí ese lugar perdido y añorado:

José.- Nos vieron aquí y nos dijeron (personal de casa Ecuador) que si teníamos hambre que fuéramos allá y yo la primera vez sí me sisque ¿no?. ¡ah chinga! pus ay guey, ya por allí anda la Protección Social a pus ese día que nos carrerearon.

Silvestre.- Yo me eché a correr.

José.- ¿NO? Nos echamos a correr hasta por allá. Ya después que nos dijeron el Chaparro y todos esos que sí, que **son buena**

onda allí, que jugaron basketball, todo eso, pus dije ¡no! a las pruebas me remito. Que voy, hasta eso que sí ¡eh! Muy buena onda.

Cl.- ¿Fuiste solito?

José.- No. Vinieron por nosotros, fuimos todos, ya fuimos y pus me convencí que estaba bien y me quedé allí. Ahorita tengo ya quien, tengo ya quien me cuide y tengo más o menos, tengo un techo dónde dormir y... un pequeño hogar...

En vista de que un porcentaje importante de niños está haciendo de la calle su morada, los centros de atención para menores han tenido que aumentar para asistirlos y proporcionarles los "cuidados necesarios". Algunas casas ofrecen alojamiento, alimentación y talleres en los cuales puede participar para ganarse la vida. En otras, además de estas atenciones, se pretende restablecer los vínculos perdidos con la familia para que el niño regrese a casa. Sin embargo, el menor no sólo evita el retorno al hogar, además puede prescindir de dicha institución:

Al.- ¿Y no te gustó estar ahí adentro? (en Protección Social).

Martina.- No, se aburre uno.

Al.- ¿Por qué?

Martina.- Porque dan unos desayunitos bien chiquitos (rie). Dan dos galletas bien chiquitas, una bolsita de miel, y una leche para café... chiquita. Y más aparte más aparte te dan una torta.

Al.- Y eso no te... ¿es muy chiquito?, ¿aquí qué comes?

Martina.- Pues aquí ahorita no he comido nada; ahorita puedo conseguir haber dinero para ir a comer. Sí consigo.

Ante la sorpresa de que sólo un porcentaje mínimo de niños acude a las casas de asistencia, los programas que allí se llevan a cabo han sufrido ciertos "ajustes" en la idea de cubrir las necesidades que esta creciente población "demanda". Tan es así, que se han adoptado otras opciones como los programas de "puertas abiertas", en donde el niño puede asistir sin que se le imponga un horario rígido que termine por

expulsarlo también de allí. Con todo y puertas abiertas, lo cierto es que estas casas están carentes de algo que el niño de la calle busca y que no ha encontrado.

Si bien es cierto que en la medida de lo posible se intenta asistir a un niño que por su corta edad, "aún no es responsable de sí mismo", también resulta ser evidente que el niño de la calle rompe con ese concepto de niñez en tanto que ha demostrado que puede conseguir alimento, techo y establecer relaciones afectivas sin la ayuda de los adultos. Ahora bien, pareciera ser que las demandas que tiene son tan grandes que, al entrar en contacto con estas instituciones, lo que les ofrecen aparece ante sus ojos con un inseparable diminutivo. Prefieren pasar hambre en la calle, que alimentarse de pequeñeces. Tal parece que, en la idea de re-presentar a la familia, las casas de asistencia lo han hecho de una manera tan nítida que, aparecen frente al niño como el lugar en donde no hay vida ni amor:

Silvestre.- Luego tienen... aquí, aquí la verdad, luego, has de cuenta que tu llegas (a una casa de asistencia) y ya estas acostumbrada a dormirte a las nueve, diez ó once de la noche, y luego de levantarte a las ocho o nueve, supongamos que **ese es tu horario** de dormir para tí, ¿no?, entonces ahí te tienes que dormir cuando te dicen y luego levantándote te... bueno eso de bañarte pus está bien ¿no? y pus ahí también te dan ropa, pero ropa... un **uniforme** y entons **encerrados todo el día, la verdad, no se ve gente**, o la misma gente todo el día, bueno ves **las mismas caras**.

Si entrar a una casa de asistencia implica establecer vínculos con las paredes, si el costo es mantenerse de una sola forma sin poderte diferenciar de los otros, el niño tenderá a escapar como la ha hecho ya en otras ocasiones:

José.- (...) Pero pus eso de que me diga (personal de casa Ecuador) "Levántate a desayunar" y luego me dice "Ponte a hacer tu quehacer", la verdad a mi no me gusta y le tuve que

contestar a la maestra, le tuve que contestar ¿no,

Hi.- ¿Cómo le dijiste?

José.- No le digo, le digo, yo si le grité, entonces para que chingados me levantó si no voy a desayunar, así le dije yo, entonces la maestra agarró y me dijo, "No -dice-, si es tu forma de ser mejor te puedes, te puedes retirar". Le digo, no le digo, pus la verdad sí pus la verdad hacen enojar a uno, "No, si ya dije", órale pues. Yo voy a hablar con uno de los maestros.

Desde la posición de verticalidad de la Institución, en donde el deseo de ser representa en muchas ocasiones un obstáculo que va en contra de sus objetivos (allí se conserva el "deber ser" que la sociedad exige), el niño de la calle aparece ante ésta como el inadapado y el transgresor.

Las drogas.

La utilización de las drogas representa una problemática innegable en nuestros días. Sin exagerar, se podría decir que la mayoría de los países cargan con esa monserga y vislumbran a dicho fenómeno como algo que vendría a estropear sus posibilidades de desarrollo. Ante tal situación, cada gobierno a tomado medidas específicas en pro de eliminar su consumo, ya sea mediante programas preventivos, de rehabilitación y sancionando su distribución. Se trata de un grave problema que no respeta la clase social, el sexo, la religión ni la edad. Los niños de la calle vendrían a ser esa población que nos advierte que las drogas también pueden asociarse a la niñez y esto, en nuestra era de "progresos", es una combinación que nos escandaliza, en tanto que el deber ser de la niñez se aleja inmensamente de una actividad de esa naturaleza. Sin embargo, la realidad nos muestra que ese trecho no está tan separado. Para los niños callejeros el tema de las drogas es habitual, se asoma en su discurso tomando variados matices, ya sea involuntariamente, espontánea o deliberadamente. Sea cual fuere su tono, el niño no deja de referir el saber común que gira en torno a la droga, esto es, aparece como una sustancia que mata millones de neuronas en cada jalón que le

dan a su "mona", dejándote seco el cerebro:

José.- Para mi **las drogas son un objeto daño, daño**, da...fino a la salud humana, ya que sea el cemento, ya que la drog..., todo tipo de droga, inyecciones, pastillas, chochos, coca, heroína, esteee, activo, thiner, cemento, inyecciones, todo eso.

A partir del comentario anterior, no sólo podemos advertir que las drogas hacen daño, sino que paradójicamente "le dan algo" a ese niño que la consume. Es aquí donde entraríamos a contrastar ciertas acciones estereotipadas que se dice, realiza el niño callejero frente a las drogas, y lo que se descubrió en las charlas. Comenzaríamos indagando un poco sobre sus inicios con el "vicio". En lo que respecta a dónde comenzó a drogarse, la mayoría de los reportes que tocan el punto señalan que el niño inicia el contacto con los inhalantes en la calle. Es este espacio el que le presenta esa alternativa, además, no lo hacen enseguida, se trata de un proceso en el cual finalizan como adictos o farmacodependientes. Ciertamente es que en la calle los inhalantes están a la mano de cualquiera, pero ésta no representa el único lugar:

José.- Como mi papá es tapicero, **llevaba mi papá, así latas de, de Flexo**, de puro Flex, del 5000 y este los dejaba así mi papá los **dejaba así en la mesa** y todo eso. Yo agarraba y pus de la pura tenteción, pus dije ¡ay! huele bonito ¿no? Agarraba lo empezaba a inhalar y sentía yo mareo, así y así, **sentía yo bonito así**, y fue donde **me empecé a evitarme** así mucho así así y así **ya después nada más se iba mi papá** y luego luego y sin comer ni nada (...).

La calle no siempre inaugura el contacto entre la droga y el niño. En casa, como podemos observar, el niño hace alianzas con la droga y es ella quien le ofrece un bienestar, así como también le permite "evitarse" de situaciones difíciles que muy probablemente vive. Al hacer suya la calle, algunos niños ya llevan una cierta experiencia en cuanto al

consumo de drogas, sobre todo en lo que respecta a los inhalantes, que son accesibles económicamente.

Ahora bien, podríamos pensar que el escenario donde el niño de la calle comienza a drogarse, es a fin de cuentas algo secundario. Una pregunta que tiene mucho más peso y que interesa a toda persona que aborda el tema, es el porqué se drogan los niños callejeros. Las hipótesis en torno a esta cuestión son variadas. Algunas de ellas comentan que, dado que el niño está "solo", sin la posibilidad de un poco de comprensión, dichos espacios de soledad son malos consejeros, tan es así que optan por el consumo de inhalantes. Otras opiniones explican que el niño se droga debido a las carencias de afecto, vestido, alimento e integración a un grupo que sufre en la calle. Los inhalantes vendrían a mitigar los problemas que su baja autoestima y personalidad dependiente le impide resolver. Sin embargo, sabemos que el niño muchas veces está más acompañado en la calle que en la escuela o la misma casa, además, puede cubrir por sí mismo necesidades alimenticias, de vestido, así como también establecer vínculos afectivos. El problema como se puede advertir es complejo. Si el vicio le da-al-niño como afirma José, lo cierto es que a cada uno de ellos la droga le aporta algo distinto, acorde a sus necesidades (o carencias según se vea). Lo que si es posible comentar, a un nivel digamos más general, es que los niños en el momento de drogarse suelen hacerlo con el grupo o buscando a un compañero, esto es, les permite estar con alguien:

Horacio.- Siempre nos las vendes **cuando estas enamorado del vicio.**

José.- ¡Ah bueno!, eso sí, pero cuando no tengo guey, pero cuando no tengo guey, pero cuando no tengo. ¡A poco no se las regalo!, hasta **les llamo a ustedes ¡véngan!, ¡vente guey!, échate una mona, o ¡vénte guey! vamos a hacer una mona, traigo thiner, vámos (...).**

Además de sentirse acompañados, el vicio les ofrece una sensación de omnipotencia ante los demás, sobre todo frente a aquellas personas que aparecen como rivales peligrosos, ya sea compañeros del mismo grupo,

personas que los molestan o la policía:

Hi.- No, mejor cuéntanos (que se siente cuando se drogan).

Silvestre.- Sí, osea, te pones a monear ¿no? Pus... empiezas a cotorrear con todos, ya las chavas ya... como hay chavas ¿no? Osea, es lo que siento ¿no?, acá, luego empiezo a cotorrear con ellas, **siento que me voy, acá, a la luna osea, ¿cómo te diré?, ¿cómo te lo explico?, osea no, osea sí sientes, sientes que... osea sientes que si te viene alguien a pegar la vas a hacer ¿no? Te das valor con eso, aparte de eso te sientes acá bien machín**, por lo mismo que dices "¡Cháale!", cháale con qué guey ¿no?, acá te sientes, **te sientes cabrón.**

Si una mona le ofrece la posibilidad de darse valor (¿frente a qué?), si gracias al vicio puedes sentirte no sólo superior a otro sino mejor que él, los efectos del thiner le permiten al niño de la calle ocupar otra dimensión, la de un ser que puede mantenerse de pie a pesar de las circunstancias difíciles a las que se enfrenta. Paradójicamente las drogas también le presentan al niño la otra cara de la moneda, aquella en la que aparece la muerte haciendole un guiño:

Al.- ¿La droga alimenta?

Cl.- ¿Cuál?, ¿cuál?...

José Antonio.- La marihuana, con la marihuana da mucha hambre y dan ganas de comer, sí come uno y empieza a engordar y todo eso... **y con el thiner y el cemento no, en vez de ir engordando uno enflaca.**

Al.- ¿Sabes qué pasa con el thiner?

José.- Sí. Se me secan las células del cerebro y me quedo loco.

Al.- ¿Y entonces cuál es la droga que utilizas tú?

José.- **El thiner.**

Los daños que provocan los inhalantes son variados (1): insuficiencias cardiacas y respiratorias, leucemia, trastornos hepáticos y renales,

alteraciones genéticas, úlcera gástrica, daño cerebral y desnutrición. Si bien es cierto que los niños callejeros refieren solamente los dos últimos daños, algo que también les queda claro es este vínculo tan cercano que se funda con tánatos, de tal suerte que la muerte se hace presente en sus vidas como lo haría cualquier otro acontecimiento cotidiano. Resulta llamativo el hecho de que, aun cuando el niño al drogarse navega en esa locura que le da la sensación de saciedad, de no sentir, de estar ido, existe un cierto manejo en cuanto a la dosis y la frecuencia:

Al.- ¿Cómo es el activo?

José.- Es un, es como agua... es como el thiner pero, pero, más... más fuerte.

Al.- Mmmh, osea con más poquito.

José.- Más, eso sí pero, osea que, por ejemplo, si se echan una mona pero, pero de thiner, **te necesitas echar cinco o seis monas para ponerte bien locote y con eso no, con uno o dos monitas, con eso basta para que quedes de al tiro loco, bueno, no de al tiro loco ¿no?, pero esa sí que da a uno, sí, osea que sí da como placer pues, a uno.**

Este manejo que los niños hacen de las drogas nos muestra de alguna manera que no todos son "farmacodependientes" en tanto que sus actividades no se reducen a conseguir inhalantes. Se encuentran casos en donde algunos no consumen ninguna droga, otros lo hacen pero saben hasta dónde y cada cuándo, inclusive algunos han dejado de utilizarlas. Se dice que para desintoxicarse es vital y necesario el apoyo de los demás, sin embargo, los casos en donde han dejado las drogas nos muestran que las Instituciones brillan por su ausencia.

Las ridículas medidas que la sociedad ha tomado frente al consumo de inhalantes en esta población, son las de crear un fideicomiso para quitar los efectos psicotrópicos que causan la adicción. En vista de que la venta de estos productos no se puede controlar, se intenta realizar ciertas investigaciones para evitar daños a la salud. En cuanto a las Instituciones que asisten a los niños callejeros, lo cierto es que no ofrecen un servicio en el que se pueda manejar esa relación que se esta-

blece con el "vicio":

Al.- Y cómo le hacen para, para quitarse, para quitarse del vicio, ahí los que entran (a casa Ecuador).

José.- A pus, **no los dejan salir**, no los dejan salir.

Cl.- Y tú crees que se solucione con eso, de no dejarlos salir para que no...

José.- ¡Quién sabe!, la verdad, como a **mi siempre me dejan salir**, salgo y mi desmadre aquí afuera pero **allá adentro no** y sí he llegado con... así con, cuando, así vengo pacá, sí he llegado allá con olor a, sí, a, thinner o activo, o a, a vino, ya que me dices, esteee "¡A qué hueles!", no pus... Nomás lávate para que no te huelan tus compañeros".

Las estadísticas de las Instituciones del Departamento del D. F. muestran que los niños callejeros consumen drogas en un 80%, empero, no existen espacios específicos que aborden y traten el tema de la adicción en los niños de la calle.

Si pensamos esta a-dicción como la imposibilidad de la palabra, de su emergencia, el consumo de los inhalantes estaría como un "decir" que arriba en el síntoma, discurso que deja caer su ancla en la playa del cuerpo. Qué es lo que cada niño dice al entregarse a las drogas, es una pregunta que necesariamente habría que hacernos. Ciertamente es que las drogas ingresan al niño en la dimensión del goce, en donde el deleite de la locura ofrece un descanso frente a una vida dura y llena de contradicciones. Sin embargo, invariablemente esta satisfacción se acompaña también de efectos que aniquilan:

Hi.- Podría decirse que el vicio es una manera de disfrutar la vida?

Jorge.- No, disfrutarla no, porque **se echa uno a perder también**.

José Luis.- Bueno, nosotros nos estamos dando cuenta que nos destruimos por dentro, osea así como ustedes nos ven, nos ven bien a todos, nos ven por fuera y pus sí nos ven bien, pero nos estamos destruyendo por dentro, **por dentro es donde**

se ve.

Si los moralismos y los slogan ("Di no a las drogas") están de sobra en los niños de la calle, porque saben las consecuencias de su consumo, se trata de este "decir" conciente que choca con ese otro "mal decir" del inconsciente. Lo saben pero aun así... Como señala José Luis, habría no sólo que ver por dentro, sino también "escuchar" eso que no cualquiera percibe, eso oculto que sin embargo se comenta ("por dentro es donde se ve"), como si fuera un anzuelo que nosotros tuvieramos que morder para tomarlo en cuenta y des-cubrirlo.

El otro.

Dentro de este apartado, vamos a destacar las relaciones que el niño de la calle establece con los adultos y con sus mismos compañeros.

Para iniciar podríamos decir que la vida resulta inconcebible si el (O)tro no hace presencia. Ante el nacimiento de un hijo, los padres (habría que decir "generalmente ellos") vienen a ser esas redes gracias a las cuales, el pequeño es soportado. Bajo esta atmosfera de protección, el niño se asoma a la vida, hasta el momento en que decide aprehenderla con sus propias manos. Para realizar este gran desafío, el niño no sólo se apoya en los padres, sino en otros tantos personajes que le permitirán tomar la distancia necesaria para ocupar un lugar.

Si consideramos que el infante tiene la posibilidad de existir gracias a los otros, también es cierto el hecho de que suelen ser adultos esos otros que están atentos a sus cuidados. Como ya hemos visto, el niño de la calle a establecido vínculos digamos frágiles, en espacios importantes como el hogar y la escuela. Al hacer suya la calle, el niño crea nuevas relaciones en donde los adultos vuelven a aparecer en su existencia.

Antes de trabajar la manera en que el niño se relaciona con los adultos, comentaremos brevemente algunas concepciones que los "mayores" tienen sobre el niño callejero. Se dice que es desconfiado, que siente que no vale nada, su existencia se desarrolla en un marco donde priva el rencor, el odio y la venganza, crecen con ideas completamente aberradas sobre la vida y "además" pueden ser agresivos. Ciertamente es que existen

opiniones contrarias en donde se habla de niños inteligentes, solidarios, autosuficientes, etc, pero estas declaraciones poco aportan en la reflexión de dicha problemática. Si ahora invertimos las cosas y nos percatamos de lo que el niño piensa del adulto -y la manera en que se relaciona con él-, nos encontramos con lo siguiente. En su mayoría, el adulto es aquel personaje del cual se desconfía. Si en casa y la escuela el vínculo con los mayores a estado tan endeble, la presencia de éstos en la calle suele matizarse de recelo y sospecha:

Cl.- ¿Y el señor por qué le pondrá la mano en la espalda a uno de los niños? (se comenta sobre unas tarjetas con ilustraciones).

Martina.- Pus, porque, mmm se lo quiere llevar.

Cl.- ¿Se lo quiere llevar?

Martina.- O es un hijo, podría ser.

Cl.- Y si no fuera su hijo y se lo quiere llevar, ¿a dónde lo llevaría?

Martina.- Psss a su casa, que nadie lo viera.

Al.- ¿Que nadie lo viera?, ¿por qué?

Martina.- Pss hay gentes que así roban a los niños.

El adulto ante el niño, suele presentarse como aquel que "sabe" lo que le conviene, como el que conoce lo que el menor quiere y necesita. Frente a esta actitud, el niño que concluye que ese otro no se percató de aquello que demanda (porque le da otra cosa o no le da nada), comprende que su presencia tiene que ver más bien con una cierta agresión hacia su ser. Si esto aconteció en casa, espacio dentro del cual se supone el niño posee un lugar gracias a los progenitores, no es nada gratuito que cualquier contacto que se quiera entablar con ellos, sea tomado con "pinzas" y con todas las precauciones que ameritan el cuidado de su existencia. Esta astucia que se tiene ante los mayores, habría que ubicarla en otro lugar que no sea el del niño malicioso y perverso que nos quiere "ver la cara".

En cuanto a los vínculos que el niño establece con sus compañeros, es posible advertir relaciones en donde el otro puede ser "mi carnal"

o "el valedor". Con sus compañeros es posible divertirse (realizando algún deporte como las luchas o el fut-ball, acudir al cine, etc.), enseñarse alguna actividad que les permita ganar dinero (como limpiar parabrisas), protegerse de la policía, drogarse, juntar para el Hotel y tener dónde dormir (sobre todo cuando llueve), y obtener la seguridad que grupos ajenos a ellos pretenden arrebatárles:

José.- Es como yo, cuando vienen, cuando viene el Gustavo, nel al chile, **al chile yo si le voy a dar en su pinche madre**, y no me voy a dejar. Cuando vino ¡qué!, nomás se echó patrás. Pus ahí está ¿a poco no guey?

José Antonio.- Ese día yo también, **yo le iba a hacer el paro a él**, pero de repente vi un chingo, la verdad esperaban puros morritos los que habíamos, los que habían y pus esos...

José.- Ese guey me dijo, ese guey me dijo, **"Sí, yo me voy a meter por ti"**, yo le dije nel, primero deja me la rifo yo y si me parten la madre entons vas tú y nel, yo aferrado, aferrado, aferrado y como tenía mucho más coraje...

Dentro de este contexto, en donde el niño tiene que dar la cara para defenderse -contando en ocasiones con sus valedores-, es fácil comprender el porqué se identifican con aquellas imagenes o figuras que representan la fuerza y valentía; quieren ser el más chingón, el más abusado que no se deja de cualquiera. Si consideramos las agresiones a las que están expuestos, ser el más "cabrón" viene a ser el ideal que posibilita en parte, su estancia dentro de un contexto donde la Ley del más verga es lo que vale.

Sin embargo, esta relación de "carnales" -en donde se protegen efectivamente de los gandallas que los quieren golpear- no siempre opera dentro del grupo. Esto quiere decir que, además de cuidarse de los desconocidos y los ojetes con los que se parten la cara, tienen que defenderse de ciertos integrantes del mismo grupo:

José.- En eso de aquí **me linchó**, luego en esto de aquí, que me saca sangre (...) y esteee, y ya **me empezaron a pegar** y

luego me llevó el Gordo pallá, **me empezó a acicatar** también y me dijo y le dijo al Apache no pus llévate lo al terreno; me llevó al estacionamiento y allí me acicataron los dos, el Melendez, el Apache y ese guey.

Silvestre.- ¿El Melendez por qué?

José.- Nomás, ya vez... **por voltear banda**. Me quitó el guante, me quitaron mil varos y este y agarré y le dijo, ya estuvo el pedo, entonces el Apache llegó y **me acicató más**, el Melendez agarró un bote de, de... ¿cómo se llama? de siete quemado de diez litros, me lo metió en la boca, me mojaron, **me acicataron bien culero**, me andaba desmayando guey (...).

El hecho de que los agandalles se den entre ellos mismos, nos muestra que no existen reglas establecidas que posibiliten formas de convivencia siempre "humanas". Al parecer, lo que rige allí es la Ley del más fuerte, Ley de omnipotencia que impide pasar, de la verticalidad del más chingón, a una situación donde las normas permitan respetar y tolerar al otro. En este sentido, si el otro aparece, es para chingárselo, para negarlo, de tal suerte que las palabras se oxidan y pierden utilidad frente a este tipo de incidentes:

José Antonio.- El chavito andaba aquí ¿no? y la verdad también si me da coraje, yo también fui niño, **también me trataron así**, pus había dos o tres cuates que también, pus me defendían ¿no? así, luego chavos más acá pus llagaban ellos "Cálmense con éste, cabrones" y hasta ahorita luego veo dos tres chavos así y conozco y que no pus ¿qué onda? y **yo nada más es de decir**, no pus háganle un paro con tal cabrón así y así, no pus llegan estos cuates y ¡órale! Tengo primos aquí en Tepito, también ellos, **también no son de palabras sino ellos nomás llegan y luego luego** y pus por eso osea no me gusta buscar broncas tampoco, pus con nadie más bien.

Vamos a comentar ahora sobre las relaciones que el niño callejero establece con el sexo opuesto, iniciando con las mujeres. Para ellas,

la estancia en la calle resulta ser más difícil, en tanto que no es sencillo realizar una actividad que les permita ganarse su dinero. Se encuentran también en desventaja frente al hombre en el aspecto sexual, ya que son las mujeres las que salen perdiendo, vía la sexualidad. Las mismas condiciones que se dan al vivir en la calle traen como consecuencia, el que las niñas inicien sus relaciones sexuales de manera temprana, empero, esto no significa que se pueda construir una relación de pareja:

Cl.- ¿Y qué hacías con Silvestre?

Martina.- Simplemente íbamos a dar la vuelta, hablabamos... muchas cosas. Y me dice "¿No te piensas ir pa tu pueblo?", le digo no, yo **no me pienso ir**, dice "¿Por qué?", por ti le digo, dice, dice, "Nada más por un hombre ya no te quieres ir pa tu pueblo", le digo sí, dice "¡Aaah!", dice. Es que como ya tiene su novia, ya la quiere cortar... si **tenía dos novias él**, pero como la cortó con una por mi, ahora con la otra la va a cortar igual. ¡Ay!, **no sé porqué los hombres tienen varias novias** ¿verdad?

Al parecer, existe la imposibilidad de establecer una relación con otro, en tanto que todavía no se resuelven las preguntas que hablan de uno mismo. Si todavía no me reconozco, difícil es que se tenga presente a uno más. El otro, en cierta forma, aparece como alguien impersonal, en donde los límites se presentan como una marea (no sabe "porqué los hombres tienen varias novias", ni tampoco sabe qué hace allí "compartiendo" a su pareja). Si se busca estar con otro, no es para posibilitar una existencia en común, sino para no estar sola.

En lo que respecta a los hombres, existe entre ellos una concepción de la mujer muy denigrante y despreciable. Si bien es cierto que la pueden mirar como un semejante y que además hablan de un compromiso con ella, la mujer tiende a ser vista como un objeto que sólo busca el placer y que puede faltarle el respeto a su compañero fácilmente:

José.- "Cómo te gustaría que fuera tu pareja" (lee la tarjeta).

José Antonio.- Buena, bonita, **fea...**

José.- **Horrorosa, puerca...**

José Antonio.- **... horrible...**

José.- **... o como caiga.**

José Luis.- **Fea, como caiga.**

José.- **Y si es bonita guey (se rie).**

José Luis.- **No, no, fea, pus como caiga, pus la verdad.**

Cl.- **Porqué, ¿por qué como caiga?**

José Antonio.- **Osea, es que cambian los sentimientos, porque una bonita, a uno pus con cualquier cabrón que pasa luego luego, y una fea no, tiene mejores sentimientos.**

Si la mujer no es de confiar porque se puede meter con cualquiera, al hacer "pareja" con una fea lo que en cierta medida se busca es que ella sólo sea para él, y que otro no venga a estropear esa relación. Sin embargo, el hecho de que la pareja sea "horrible", no resuelve del todo su inseguridad; si no es bonita, puede pasarse también de lista en tanto que puede "aflojarlas":

Silvestre.- **Una mujer es más fácil de enredar a un hombre que un hombre a una mujer... Un hombre se tiene que fijar con qué mujer... se va uno a meter, osea, a que mujer voy a... a traer.**

Cl.- **Y ¿sí te a tocado mujeres que puedan serte fieles?, ¿o que, estén más contigo porque te quieren que porque las aflojen?**

Silvestre.- **¡No!, no es eso. Pus no me he dado cuenta. Pus, la mayoría a soltado (risas). La neta ¿no?, tengo amigas, hasta las amigas, su novia del Flaco, la Diana, él me decía "Nel, tu eres mi amigo"; un día yo le digo, la neta ora, no es que yo sea un ojete, pero la neta -le digo- tu chava quiere conmigo y ¡no sé!, yo nada más llevo y me siento.**

Ante esta situación, en donde no existe una relación de pareja que permita hablar de un reconocimiento mutuo (allí más bien te "enredas" con otro), de "ser con otro siendo", el vínculo que se crea tiende a desvanecerse, al grado de aparecer el otro como aquel al que se debe

dominar o negar. Ahí no hay límites, se vale el "todos con todos", fusión confusional en tanto que no hay posibilidad de vivir y existir con otro, se trata más bien de la recreación de una especie de simbiosis:

Cl.- Tú que opinas de eso? (que las chavas se queden junto con los hombres, en el mismo cuarto del Hotel y se dejen manosear).

Silvestre.- Que el hombre no tiene la culpa, la vieja es la que se deja. Si yo soy mujer y me pongo en un plan de que, no mano, respétame si quieres que te respete o, aguanta, así no me llevo, qué se yo ¿no?, buscar un pero. Pero pus ellas no, al contrario. Supongamos -con perdón de ustedes- **yo le agarro las, los senos ¿no?, pus ella me agarra abajo**, otra cosa. También les gusta, pinches pulcatas (...).

Como ya mencionábamos, es gracias a los otros que el sujeto encuentra un soporte y la seguridad que le permite existir. El otro es quien otorga un lugar en la vida, pero también de él surge el don de vulnerar y destruir. Para el niño callejero -como para todo sujeto-, contar para alguien más resulta ser indispensable, sin embargo, sus mismas condiciones lo meten en una lógica que impide un entendimiento de sí mismo y los demás. Esto sin duda, habla de conflictos no resueltos en la temprana infancia. De allí la dificultad de construir con una pareja nuevas formas de satisfacción y realización que rebasen esa arcaica relación con el Otro, relación por cierto, de completud.

La policía.

Uno de los personajes con los cuales suele "convivir" el niño callejero es el policía. Podríamos decir que coinciden en cuanto al espacio que ocupan: para el niño la calle es su morada; para el policía, la calle representa uno de tantos lugares que debe cuidar para garantizar el mantenimiento del orden y la seguridad de los ciudadanos.

Si el niño a hecho de la calle su hogar y los agentes policíacos se dedican a velar las calles de nuestra gran ciudad, sería hasta cierto

punto sencillo pensar que estos niños estarían "protegidos" por este cuerpo de seguridad. Sin embargo, sabemos que esto no es así y que, más que una relación armónica, el vínculo que se crea entre niño y policía es parecido al que se establece entre el agua y el aceite. Para la mayoría de los policías el niño callejero es una plaga que amenaza el bienestar de la sociedad. Por el contrario, el niño ve en el policía a uno de sus enemigos más incondicionales.

Si acudimos a la información que nos dan los diarios en cuanto a esta relación, es posible advertir que la mayoría coincide en lo mismo, esto es, el policía (sea preventivo o judicial) aparece frente al niño como aquel que lo extorsiona, lo golpea, amenaza y encierra. Ahora bien, si nos acercamos a lo que el niño expresa en cuanto a ésto, es posible observar que los periódicos no se equivocan:

Cl.- ¿No te golpearon ni nada? (los policías).

Silvestre.- Sí, **me puso una cachetada**, "Te sientes mucha pinche pieza guey". Le digo, nel jefe, pus no. "Porque le dijiste a tus compañeros, ya me la hicieron la otra vez también", le digo ¡nel!, pus yo no fui jefe, qué tiene ¿no?, ando tomado. "Sóplame", le hago (sopla), "Que me soples, ¡de frente! No hueles a nada -me dice-, de todas maneras vamos, ¿cómo te llamas?". Nel, me llamo así -no le dí mi nombre-. "¿Dónde vives?". ¡Oh!, ¿qué es un interrogatorio?, me agarró ¿no?, ya que quiere. **"Antes suelta una feria"**, me dice, nel, ando erizo no traigo nada. "¡Qué suelta!". No, no traigo nada le digo. "¿Qué?, ¡báscula!". Sí, báscula ¿cómo ve? -sí llevaba yo ¿no?-. **Ya que me atora.**

Para el niño la policía, más que poner el orden, es la representante del abuso y la corrupción. Quizá de allí que sus ideales -como ya mencionamos- tengan que ver con perecerse a un X personaje que sea igual de chingón que la Ley o más aún. Y no es para menos en tanto que de alguna manera hay que defenderse de ellos.

Si escarbamos un poco más en cuanto a la posición que el niño adopta frente a la policía, podríamos decir que el niño se burla de la Ley,

pero de una Ley omnipotente que más que instaurar el orden, lo que pretende es anularlo como sujeto. En este sentido, habría que ver si estando en una situación como esta -la de creerse más que la Ley o mofarse de ella- el niño debe pensarse como un "perverso" que rompe con las prohibiciones sociales. Al parecer, con lo que sí rompe es con la asociación que se crea entre policía y Ley:

Cl.- ¿Cómo los tratan? (los policías).

José.- Los tratan, pues, a la vez bien y a la vez mal. Los tratan groseramente, nos dicen groserías obscenas, cosas obscenas, osea que no se, **no se para que existe la Ley si no saben ni acatarla bien.**

Si la policía se presenta ante el niño callejero como la que dicta la Ley, pero que no se somete a ella, es muy difícil que éste acepte ingresar a una lógica donde el orden no opera para todos. Ante esta situación, los límites para el niño vendrían a tomar un aspecto difuso, de tal suerte que la Ley no podría ser encarnada de manera plena:

Al.- ¿Qué les dirías? (a los niños que se drogan).

José.- Simplemente, **según se portaran conmigo**, yo como policía, si digamos se portaran, si se portaran mal, simplemente no castigándolos de que pegándoles, de que acá, ni nada de eso ¿no?, **esperaba a que se les baje lo... esperaba a que se les baje lo pss, lo pss... (?) y dejarlos ir, y dejarlos ir.**

Frente al consumo de inhalantes (sustancias por cierto prohibidas), prácticamente el niño poco tiene que puntualizar, solamente hay que "dejarlos ir". Podría decirse que el niño de la calle se topa con un serio dilema: por una parte le es difícil renunciar a la satisfacción que le brinda el vicio, en tanto que es real el hecho de que le ayuda en parte a sobrevivir en un medio hostil. Si a esto agregamos que, la Ley que se lo prohíbe es castradora porque lo somete, de esta manera se cancela la posibilidad de que el niño se sienta más libre y complacido aceptando las reglas que negándolas. Y no es para menos cuando no se

ofrece otra alternativa. No hay condiciones claras que le ayuden a mirarse frente a los límites, pero eso sí, una Ley castrante que se burla de lo mismo que prohíbe, pretende decirle qué es lo bueno y lo malo. Bajo estas condiciones tan pantanosas y confusionales, el niño de la calle hace un esfuerzo por funcionar en la sociedad, no habría que perder de vista que él también quiere ser. Por tal motivo, cuando hace el intento de ponerse en el lugar de la Ley, aquella que "humaniza el deseo", se le hace difícil pensar a sus semejantes como sujetos disfuncionales cuyo objetivo es el de perturbar nuestra armonía social:

José.- **Yo si fuera la Ley no agarraría a los marihuanos, yo no, agarraría a los rateros.**

Al.- ¿A quién agarrarías?

José.- **A los asesinos, a los, este, a los rateros, a los ladrones, a los que sí entran a los bancos a robar, a los que de veras la deben, a los, a los narcotraficantes, a todos esos, esos sí los agarraría yo, pero pus unos chavos que nada más inhalan nada más a lo menso, no saben ni qué hacer.**

Después de este comentario, habría que reflexionar si en realidad los niños callejeros "deben" algo a la Ley, si están a fin de cuentas, en contra de la autoridad o el autoritarismo.

La calle.

Al abordar el tema del niño callejero, es imposible dejar a un lado el tema de la calle. Sabemos que dicho espacio, a través del tiempo, ha sido considerado de diversas maneras. Durante la Edad Media, la calle representaba aquel lugar en donde acontecía la vida. Poco a poco, esta lógica fue transformándose, de tal suerte que la calle pasó a ser una simple vía de circulación y comunicación en las poblaciones.

Si echamos un vistazo a la manera en que hoy concebimos a la calle, es posible encontrar en ella ciertos elementos subversivos. Por un lado, ésta se ha convertido en el escenario de síntomas sociales, tales como las protestas ante determinadas injusticias. A esto habría que agregar

las consecuencias del desarrollo urbano, en tanto que las calles se elaboran sin tener en cuenta al peatón. Para cerrar con broche de oro, la calle se asocia en cierta medida con el mal (sobre todo en la noche), ya que es allí donde se puede violentar nuestra seguridad, al sufrir diversas agresiones como robos, vejaciones, etc. La presencia del niño que hace de la calle su hogar, en cierta forma a venido a replantear no sólo la concepción de la calle, sino también lo que entendemos por niñez. Se podría decir que la mayoría de las opiniones coinciden en pensar a la calle como un medio inadecuado y hostil para el desarrollo integral del niño. Sin embargo, la realidad nos muestra que efectivamente (con todo y adversidades), el niño puede hacer de la calle un espacio alternativo:

Al.- ¿Qué encuentran aquí en la calle mejor que allá? (que en las casas de asistencia).

Silvestre.- Aquí, no me dan en primera una ropa que me vea yo todo uniformado, o se, ver las mismas caras del diario, ¿me entiende? y aquí ponle tú **te diviertes, andas limpiando**, te vas allá abajo, **andas cotorreando con los amigos**, se va uno a San Cosme, se va uno al cine (...).

Gracias a la calle, el niño puede darse un lugar en tanto que es allí donde puede hacer y desear. En este espacio encuentra diversión, trabajo y amigos con los cuales comparte la mayor parte del día. Para el niño la calle aparece como un lugar especial, colmado de deleites que, en cierta medida, lo llegan a deslumbrar:

Al.- ¿Qué hay de bonito aquí? ó ¿qué es lo que te gustó?

Martina.- Pues la calle, vaya **todo me gustó**. Hay a veces que vamos aaa Tepito a comprar. También allá está bonito Tepito ¿no?

Si bien es cierto que la calle permite al niño existir, paradójicamente ésta representa el escenario donde también hay lugar para el displacer y la agresión. Así, la misma realidad que pisan, respiran e idealizan

les muestra esa otra cara de la calle, aquella en donde la vida se gana a chingadazos:

Cl.- ¿Y eso te molestaba, que te pegara tu mamá?

José.- Pss cuando y, cuando yo era chico sí, pero ahora comprendo que **los golpes de la vida son más canijos** que los de mamá o los de un familiar.

Al.- ¿Como cuáles golpes de la vida?

José.- Pss de que **uno se pelea a cada rato**, de que por ejemplo **estando en la calle te la tienes que rifar** como dice el dicho y como dicen todos aquí, toda la bola de vagos, como San Juan de Abraham tienes que rifartela y todo eso (...).

Como podemos observar, la calle hace presencia ante el niño conservando diferentes matices; es allí donde placer y displacer van de la mano sin entrar en contradicción, donde vida y muerte han dejado de competir por el primer lugar.

Se dice que estando en la calle, el niño tiene más posibilidades de ganar dinero, de gozar su libertad, en fin, de "disfrutar" el momento. Aun cuando también se reconoce que ese espacio es agresivo y cruel (los 300 Educadores de la calle mejor que nadie lo saben, si es que todavía trabajan allí), las Instituciones Gubernamentales al parecer, siguen conservando la idea de que el niño se encuentra en la calle porque cargan con menos responsabilidades que si estuvieran en casa, la escuela o una institución de asistencia. Se ha llegado a proponer en sus programas -también estallados por el niño- su reincorporación en el hogar, "haciéndole saber" que la calle tiene menos atractivos que su familia. Al parecer no se han dado cuenta que el niño, con todo y riesgos, añorando ciertamente su hogar, a elegido a la calle para poder existir:

Cl.- ¿Cuándo dejaste de ser niño?

José.- A los quince años ya, **supe ser hombre** hecho y ya... bueno, **no hecho y derecho sino que ya supe valerme por mi mismo**, ¿me entiende usted?

Al.- A los quince.

José.- A los quince años... **ya me sentía...**

Al.- ¿Cuántos tienes?

José.- ... diecisiete.

Al.- Osea hace dos años.

Hi.- Ya te sentías ¿cómo?

José.- Ya me sentía, **ya me sentía yo como quien dice hombre**
¡ah! osea, que psss **me sentía yo más, más atraído por la vida,**
ya ser... ya podía yo este trabajar, ya podía yo pues sacar
mi dinero por mi mismo... ¿otra?

El niño de la calle tiene necesidad de ser, estar y tener... ¿será posible partir desde allí?

""La época histórica en la
que me hubiera gustado vivir",
¿la época histórica?, digamos
cuando vivía, digamos Cristobal
Colón, en los mares, en los
barcos, estar navegando en la
tierra y mar...".

JOSE

El niño de la calle es marinero que navega en un otro tiempo, aquel que le confiere una forma de ser y estar particular.

A través de su mito familiar, de la novela que le depara una posición subjetiva, el niño toma el timón de su destino sin dejar de tener presente, aquellas otras rutas que las generaciones pasadas recorrieron. Transitar por allí en miras de encontrar mejores rumbos sería ciertamente reconfortante, sin embargo, resolverse de esa manera no es una tarea sencilla.

Si la gratificación al momento de recorrer el Edipo, es la de ser (en la sujetación), para el niño callejero este sendero opera de manera singular. Al parecer, sus embarcaciones no se han elaborado con los mejores materiales, además, estando ya en el mar de la vida, la falta de una brújula le a complicado el arribar a ciertos muelles en donde habría la posibilidad de reconocer nuevas rutas.

Aun así, ante situaciones tempestuosas, el niño se hace a la mar, quiere "estar" navegando porque es de las cosas que siente satisfactorias. Lo a hecho a pesar de las circunstancias y del tiempo. De allí quizá, que el mar lo deslumbe con todo y sus aventuras, sorpresas y peligros. Frente a esta situación, el horizonte se le presenta sin la posibilidad de distinguir -del todo-, entre el cielo y el mar. Se percibe una línea (una cosa es ver al padre y otra descubrirlo), pero su apariencia es tenue, el sol lo llega a cegar.

Se dice que el hombre anda en busca no tanto de aquello que lo completa, sino de la carencia gracias a la cual su deseo existe. El niño de la calle se encuentra en una situación en donde principio de placer y principio de realidad forcejean. Una vez que el niño se encuentra navegando, la falta de faros le impiden en cierta forma, orientarse sobre las rutas que la realidad le ofrece para que pueda realizarse. Hablan de sentirse "atraídos por la vida", de "querer ser", pero cielo y mar se convierten en un sólo color, el azul. Si no se les ayuda a encontrar ese horizonte que solamente miran, sin poderlo concluir como algo que le pone límites, permanecerán en ese imaginario.

Como podemos notar, el niño de la calle es el protagonista de una situación difícil dentro de una sociedad igualmente compleja. En este intento de mostrar parte de su realidad, acontece algo inherente a la lógica de este trabajo: el decir no alcanza para referir lo que allí pasa. No olvidemos que "la verdad no se puede decir toda".

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Y NOTAS

I. "Edipo como mito"

* Philip Wheelwright, "En el umbral del mito".

1 Cf. Freud, S. "Animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos" en: Tótem y tabú, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, t. XIII, p. 81.

2 Wheelwright, P. "En el umbral del mito" en: Metáfora y realidad, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 138.

3 Cf. Enciclopedia Salvat, 12v. (Barcelona, Salvat, 1971), v. 9, 1971, p. 2280.

4 García, C. "Prólogo: mito y literatura" en: Mitos, viajes, héroes, Madrid, Taurus, 1985, p. 8.

5 Malinowski, B. "Conclusión" en: Estudios de psicología primitiva, España, Paidós, 1982, p. 79.

6 Lévi-Strauss, C. "La estructura de los mitos" en: Antropología estructural, España, Paidós, 1987, p. 230.

7 Cf. Enciclopedia Salvat, ob. cit. v. 8, p. 2030.

8 Cf. Bettelheim, B. "La vida vislumbrada desde el interior" en: Psicoanálisis de los cuentos de hadas, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1986, p. 39-40.

9 Cf. Wheelwright, P. "Lenguaje y concepto", "La comunicación", "El lenguaje tensivo" en: Metáfora y realidad, ob. cit. pp. 21-32, 33-45, 47-69 respectivamente.

10 Para aclarar el término de "tensivo", Wheelwright comenta: "Me ha parecido conveniente conservar el adjetivo tensivo (tensive) porque expresa a la vez la tensión, la intensidad e incluso el tender hacia". Ibid; p.56.

11 Ibid; p. 41.

12 Cf. Lévi-Strauss, C. "La estructura de los mitos" en: Antropología estructural ob. cit. p. 232.

13 Tamayo, L. "El tiempo mítico-religioso" en: La temporalidad del

psicoanálisis, México, Universidad de Guadalajara, 1989, p. 19.

14 Malinowski, B. "La función del mito en la vida" en: Estudios de psicología primitiva, ob. cit. p. 27. Los paréntesis son nuestros.

15 El autor dedica todo un capítulo para ilustrar el método gracias al cual, analiza la estructura del mito. Desmenuza todas las variantes conocidas de un mito en "unidades constitutivas" para luego ordenarlas y encontrar su función significante. Cf. Lévi-Strauss, C. "La estructura de los mitos" en: Antropología estructural, ob. cit. cap. 11, pp. 229-252.

16 Lévi-Strauss, C. "Introducción" en: Antropología estructural, ob. cit. p. 37.

17 Alvarez, A. "Evolución del mito". Semanal (México D.F. 27 de oct. de 1991) No 124, p. 36.

II. "Edipo en la tragedia"

* Carlos García, "Penteo, el cazador cazado, o las ambigüedades de dioniso".

1 Colección literaria universal. "Prólogo" en: Las siete tragedias. Sófocles, México, Editores Mexicanos Unidos, 1983, p.8.

2 Cf. Homero. "Rapsodia XI" en: La Odisea, Buenos Aires, TOR. 1942, p. 136.

3 Sin duda, Eurípides representa otro de los grandes poetas trágicos griegos, el cual, retomó y alimentó parte de su obra con el tema de Edipo. Posteriormente y en menor medida, el tema sobre Edipo sería tratado por dramaturgos latinos como Séneca, en su "Oedipus" y Estacio en "Te-baida". Varios son los comentarios que señalan a las obras antes mencionadas como verdaderos "asaltos" a las producciones trágicas realizadas por Esquilo y Sófocles, cuya perfección y belleza poética para reflejar el drama humano, difícilmente se supera.

4 Conferencia pronunciada por la Dra. Mirta Bicecci en la Casa de la Cultura Reyes Heróles el 20 de junio de 1992, dentro del ciclo de

conferencias "Clínica psicoanalítica".

5 Idem.

6 En cuanto a la veracidad "cronológica" en las obras de Sófocles, Garibay comenta que: "La cronología de sus dramas es objeto de discusiones entre los críticos. Lo mismo la calidad de los no conservados y aun de los nombres no hay completa seguridad". Cf. Garibay, A. "Introducción" en: Sófocles. Las siete tragedias, México, Porrúa, 1972, p. XVII.

7 Garibay, A. "Edipo rey" en: Sófocles. Las siete tragedias, ob. cit. p. 122.

8 Conferencia citada anteriormente, Bicecci, M., 1992.

9 Bowra, C. "La tragedia ática" en: La literatura Griega, México, F. C. E., 1948, p. 85.

10 García, C. "Penteo, el cazador cazado, o las ambigüedades de dioniso" en: Mitos, viajes, héroes, Madrid, Taurus, 1985, p. 157.

III. "Edipo y el Psicoanálisis"

* Néstor Braunstein, "Edipo vienés".

1 Cf. Rifflet-Lemaire, A. "La función del complejo de Edipo en el acceso a lo simbólico" en: Lacan, México, Hermes, 1981, p. 133.

2 Cf. "Carta a Emil Fluss, 16 de junio de 1873" en: Perres, J. "El complejo de Edipo en la obra de Freud". La Nave de los Locos (México D.F. (s. f.), 1985) No. 9, p. 13.

3 Anzieu, D. "El descubrimiento del sentido de los sueños" en: El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis, México, Siglo XXI, 1987, p. 199.

4 Por su parte, Anzieu comentará al respecto que "...en tal sentido, a mi ver, esa muerte y ese sueño han constituido una etapa necesaria para el descubrimiento del complejo de Edipo". Cf. Anzieu, D. "El descubrimiento del sentido de los sueños" en: El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis, ob. cit. p. 203.

5 Freud, S. "Fragmentos de la correspondencia con Fliess" en: Obras

completas, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 285.

6 En cuanto a este punto, Masotta comentará que "Freud descubre el Edipo muy pronto -muy tempranamente- ". Cf. Masotta, O. "Edipo, castración, perversión" en: Ensayos lacanianos, Barcelona, Anagrama, 1976, p. 158.

7 Freud, S. "Fragmentos de la correspondencia con Fliess" en: Obras completas, ob. cit. p. 296.

8 Ibid., p.307.

9 Para Anzieu, el descubrimiento que hace Freud del "Edipo rey" trae como consecuencia un movimiento triple "...subjetivo, objetivo y autofi-gurativo, que hemos visto esbozarse desde el principio de su autoanálisis. Descubrimiento de una verdad universal, descubrimiento de sí mismo, descubrimiento del descubrimiento". Cf. Anzieu, D. "El descubrimiento del complejo de Edipo" en: El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis, ob. cit. p. 277.

10 Cf. Perres, J. "El complejo de Edipo en la obra de Freud". La Nave de los Locos (México, D. F. (s. f.), 1985) No. 9, p. 11-12.

11 Freud, S. "La interpretación de los sueños" en: Obras completas ob. cit., t.IV, p. 271.

12 Vale decir que las recupera en parte, debido a que el término de complejo adquiere desde su obra un matiz diferente y una utilización propia. De hecho es poco manejado y alerta inclusive, a que no sea explotado de manera impropia y exagerada.

13 Bleichmar, H. "El complejo de Edipo y el Edipo estructural. Introducción" en: Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 12.

14 Como ya mencionábamos, Freud considera el tránsito por el Edipo de manera idéntica en el niño y la niña. El grado de olvido hacia lo femenino es tal, que no trabaja la manera en que la niña deja ese primer objeto (madre) para dirigirse al padre.

15 Freud, S. "Tres ensayos de teoría sexual" en: Obras completas, ob. cit., t. VII, p. 207.

16 Freud, S. "Análisis de la fobia de un niño de cinco años" en: Obras completas, ob. cit., t. X, p. 92.

17 Freud, S. "Pegan a un niño" en: Obras completas, ob. cit., t. XVII, p. 186.

18 Por el momento, aún no se introduce la expresión de Edipo negativo o invertido. Es importante señalar que Freud utiliza la expresión "postura edípica normal" para hablar del Edipo positivo, que es el que comúnmente maneja. Será en una de sus "Conferencias de introducción al psicoanálisis" (1916) cuando haga mención del Edipo invertido, el cual poco a poco a merecido la atención de Freud. Cf. Freud, S. "13a. conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño" en: Obras completas, ob. cit., t. XV, p. 189.

19 Freud, S. "Más allá del principio del placer" en: Obras completas, ob. cit., t. XVIII, p. 18.

20 Freud, S. "Psicología de las masas y análisis del yo" en: Obras completas, ibid., p.99.

21 Cabe señalar que, más tarde, otros autores hablarán de identificación primaria y secundaria respectivamente para referirse a los ejemplos anteriores. Freud pocas veces utilizará el término identificación primaria y menos aún el de identificación secundaria.

22 Freud, S. "El yo y el ello" en: Obras completas, ob. cit., t. XIX, p. 31.

23 Ibid., p. 35.

24 Ibidem.

25 Será precisamente en este contexto, en donde Freud trabaja las identificaciones, que aparecerá por primera vez el término superyó, aunque todavía como sinónimo de ideal del yo.

26 Ibid., p. 36.

27 Recordemos que Freud ya había manejado el interés y la importancia que los genitales tienen para los niños en el análisis que hace a las teorías sexuales infantiles. Aún cuando allí maneja por vez primera el término "complejo de castración", es hasta estos momentos que éste se va articulando con más fuerza dentro del Edipo y la fase fálica.

28 Freud, S. "La organización genital infantil" ob. cit., t. XIX, p. 146.

29 Freud señala que, aún cuando el infante va sufriendo una serie de pérdidas desde que nace, sólo es utilizado el término de "complejo de castración" cuando se trata de una representación que hace referencia a la pérdida del pene. Cf. ibid., p. 147-148, n. 6.

30 Ibid., p. 149.

31 Freud, S. "El sepultamiento del complejo de Edipo" en: Obras completas, ibid., p. 184.

32 Freud, S. "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" en: Obras completas, ibid., p. 276.

33 Freud, S. "Sobre la sexualidad femenina" en: Obras completas, ob. cit., t. XXI, p. 233.

34 Ibid., p. 230-231.

35 Ibid., p. 228. El sudrayado es nuestro.

36 Ibidem.

37 Freud, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33a. conferencia. La feminidad" en: Obras completas, ob. cit., t. XXII, p. 124.

38 Freud, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 31a. conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica" en: Obras completas, ibid., p. 62.

39 Freud, S. "Escritos breves. Conclusiones, ideas, problemas" en: Obras completas, ob. cit., t. XXIII, p. 301.

40 Cf. Freud, S. "31a. conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica" en: Obras completas, ob. cit., t. XXII, p. 58.

IV. "El Edipo estructura en Lacan"

* Bernardo Hornstein, "El complejo de Edipo en la obra de Lacan".

1 Al señalar que Freud no desarrolló la idea de un Edipo estructura-como lo hizo Lacan- no queremos decir en lo absoluto que el Edipo trabajado en la obra freudiana sea incompleto o peor aún defectuoso. La conceptualización del Edipo desde la perspectiva de Freud hace alusión sobre todo a lo que se entiende por "Edipo fase".

2 Braunstein, N. "Edipo vienes" en: El discurso del psicoanálisis, México, Siglo XXI, 1986, p. 90.

3 Cabe señalar que, en cuanto a la vida de Yocasta, poco se maneja

respecto a su vida familiar. Dentro de la obra de Sófocles sabemos que fue esposa de Layo y madre-esposa de Edipo. Los mismos datos aparecen en "La Odisea" de Homero, pero con el nombre de Epicasta, "...que cometió inconscientemente un horrible crimen casándose con su hijo. Y éste, luego de matar a su padre, la tomó por esposa. Y los Dioses revelaron estos actos a los hombres. Y Edipo, sufriendo muchos dolores en la agradable Tebas, regía a los cadmios por la funesta voluntad de los Dioses; pero Epicasta descendió hasta las moradas de Edes, de sólidas puertas, y ató, transida de dolor, una cuerda a una alta viga, legando a su hijo los innumerables infortunios que hacen sufrir las Erinias de su madre". Cf. Homero, "Rapsodia XI" en: La Odisea, Buenos Aires, TOR, 1942, p. 136.

4 Bleichmar, H. "El Edipo en Lacan - I" en: Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 24.

5 Lacan, J. "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma" en: Escritos I, México, Siglo XXI, 1987, p. 196.

6 Tamayo, L. "La concepción del tiempo en Jacques Lacan" en: La temporalidad del psicoanálisis, México, Universidad de Guadalajara, 1989, p. 71.

7 El término "infans", utilizado por varios autores, hace referencia a un futuro ser que carece de palabra. Podríamos decir que, más que un sujeto, el recién nacido es un objeto (del deseo del Otro), una indefensa carencia que definirá su porvenir en las redes del Otro. En opinión de Vallejo, "...no podemos menos que poner **infans**, puesto que si a lo que a esta teoría adviene es una antropogénesis, es decir, una justificación de la emergencia de lo humano -y lo humano queda definido por el habla- esto que aún no es humano, porque no habla, es el mudo". Cf. Vallejo, A. "De como introducirnos al mudo en escena" en: Topología de Lacan, Argentina, Helguero Editores, 1979, p. 41.

8 Lacan, J. "Las formaciones del inconsciente" en: Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976, p. 115.

9 Recordemos que Freud, al comentar sobre la fase fálica, habla de un primado del falo que va más allá de lo genital. Ciertamente es que el pene marca la diferencia anatómica, tenerlo o no-tenerlo, y el que lo

tiene es porque quiere conservar algo sumamentepreciado. Así, el pene no vale por lo que es, sino por lo que representa: marca la diferencia y se relaciona con el placer que narcisísticamente se desea conservar. El pene es un don placentero.

10 Rifflet-Lemaire, A. "La función del complejo de Edipo en el acceso a lo simbólico" en: Lacan, México, Hermes, 1981, p. 138-139.

11 Rodulfo, M. "La transferencia como garabato. Apuntes generales" en: Clínica psicoanalítica en niños y adolescentes. Una introducción, Argentina, Lugar Editorial, 1986, p. 19.

12 Bleichmar, H. "El concepto de falo en Freud y Lacan" en: Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan, ob. cit., p. 57-58.

13 D' Angelo, R. et al. "Edipo. Falo" en: Una introducción a Lacan, Argentina, Lugar Editorial, 1984, p. 91.

14 Richard, M. "Inconsciente y estructuras familiares" en: Los Dominios de la Psicología, Madrid, Istmo, 1971, p. 27.

15 Rifflet-Lemaire, A. "La función del complejo de Edipo en el acceso a lo simbólico" en: Lacan, ob. cit., p. 150. El subrayado es nuestro.

V. "El niño de la calle: un a-bordaje re-flexivo"

* Joaquín Sabina, "Balada de Tolito".

1 Cf. Ariés, Ph. El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, Madrid, Taurus, 1988 y De Mause, Ll. Historia de la infancia, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

2 Ariés, Ph. "Jóvenes y viejos escolares de la Edad Media" en: El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, ob. cit., p. 212-213.

3 Ariés, Ph. "De la familia medieval a la familia moderna" en: El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, ob. cit., p. 520.

4 Para otros autores como De Mause, los niños no vivían precisamente un acercamiento especial frente a la sexualidad en aquel tiempo. Opina que más bien se trataba de una "utilización sexual de los niños", de

un abuso por parte de los adultos. Resulta interesante analizar la historia de la infancia que construye dicho autor, historia que califica como una "pesadilla" y que a través de los años a "evolucionado" gracias a las formas de crianza que se han implementado en la niñez. De Mause no maneja la idea de un sentimiento de la infancia que paulatinamente aparece en la historia, como lo hace Ariés, de hecho se opone a las tesis que este último maneja. Cf. De Mause, Ll. Historia de la infancia, ob. cit.

5 Ariés, Ph. "Del impudor a la inocencia" en: El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, ob. cit., p. 150.

6 Ariés, Ph. "Los dos sentimientos de la infancia", "De la familia medieval a la familia moderna" en: El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen, ob. cit., p. 182 y 501 respectivamente.

7 Ruiz, D. "54 mil niños abandonados buscan sustento en las calles de la ciudad". El Día (México, DF: 14 de septiembre de 1989) p. (s. d.).

8 (s. d.) "Once millones de niños y jóvenes urbanos viven en extrema pobreza". La Jornada (México, DF: 28 de julio de 1990) p. (s. d.).

9 García, C. "Marginación y maltrato a 15 millones de infantes". Ultimas noticias (México, DF: 29 de abril de 1991) p. (s. d.).

10 CEMEDIN "Los niños trabajadores y callejeros detienen el estallido social en México". La Jornada (México, DF: 30 de abril de 1992) p. 13.

11 Barba, A. "La infancia abandonada". Boletín del IPN Investigación Hoy (México, DF: abril de 1993) Núm. 39, p. 6. El paréntesis es nuestro.

12 Valdez, S. "Demandan políticas en favor de niños en Latinoamérica". EL Herald (México, DF: 18 de septiembre de 1994) p. 8A.

VI. "Consideraciones Epistemológicas"

* Friedrich Nietzsche, La Gaya Ciencia.

1 Pasternac, M. "Introducción al problema de los métodos en Psicología" en: Psicología: Ideología y Ciencia, México, Siglo XXI, 1975, p. 123.

2 Cf. Kosik, K. "La totalidad concreta" en: Dialéctica de lo concreto, México, Grijalbo, 1967, p. 56.

3 Cf. Bachelard, G. "Objetividad científica y Psicoanálisis" en: La formación del espíritu científico, México, Siglo XXI, 1993, p. 282.

4 Cf. Canguilhem, G. "Historia de las ciencias" en: Colección Cuadernos Populares, Facultad de Filosofía y Letras, México, UNAM, 1984, p. 10. Artículo traducido por Rafael S. Farfán.

VIII. "Viajeros en el tiempo"

1 Mexicanos Unidos en la Prevención de Adicciones A. C. (M.U.P.A.A.C.) "Daños a la salud que ocasionan las drogas". Conceptos básicos sobre la farmacodependencia (México D.F. -s. f., s. a.-) p.6.